Acq. Dept., Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514

CF
OP
CO
SR

ntonio
PA3263
.S25

es griegos
Vol:

Tip. de El Cojo,

C
SR
Init:

Vendor:
oberbia

Recommended
By:

Y-LC

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PA3263
.S25

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041418368

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lostresmximosora00salu

Eugenio Méndez i Mendoza.

MARCO-ANTONIO SALUZZO

LOS TRES MAXIMOS ORADORES GRIEGOS

CARACAS
TIPOGRAFIA DE "EL COJO"
1897

Homenaje al ingenio del
laureado poeta
Sr. D. Eugenio Méndez Méndez
Su afmo. Amigo,
Marco Antonio Saluzzo

LOS TRES MAXIMOS ORADORES GRIEGOS

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL

PA 3263
.S25

MARCO-ANTONIO SALUZZO

LOS TRES MAXIMOS ORADORES GRIEGOS

CARACAS
TIPOGRAFIA DE "EL COJO"
1897

Shan.

ADVERTENCIA

La traducción que de las FILÍPICAS doy en este ESTUDIO, la he hecho de la versión francesa del eclesiástico D'Olivet; y la de las OLINTIANAS, de la versión, también francesa, de Atanasio Auger.

Cuanto al discurso de LA CORONA, he tenido á la vista la traducción francesa del ya citado Auger, revisada y corregida por el docto profesor J. Planche; no sin consultar una literal é interlinearia y otra correcta, publicadas ambas por una SOCIEDAD DE PROFESORES Y HELENISTAS FRANCESES. (PARÍS.

3238 4

LIBRERÍA DE HACHETTE Y COMPAÑÍA.—*79. Boulevard Saint Germain. 79.—1876*).

También he visto, aunque no utilizándola sino trabajosamente, la traducción de los DISCURSOS DE DEMÓSTENES Y ESQUINO, publicada para la BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA. (VERACRUZ-PUEBLA.—LIBRERÍA DE «LA ILUSTRACIÓN.»—1883).

Y digo así, porque dicha traducción no es tan completa como las francesas á que hice referencia; pues además de presentar lagunas y oscuridades en el texto, deja mucho que desear respecto del estilo.

Como mi único propósito al emprender este ESTUDIO ha sido dar á conocer en la medida de mis escasas fuerzas la oratoria griega por lo que á la política mira, ó mejor: al gobierno de la República ateniense; he tratado de presentarla en las obras que exclusivamente á aquélla se refieren.

De Pericles he considerado lo que trae Tucídides; y por lo que hace á Esquino y á Demóstenes, sólo he tenido en cuenta lo que á ambos caracteriza como hombres de Estado, y, sobre todo, sus respectivos discursos en

EL PROCESO DE LA CORONA, que resumen, puede decirse, la elocuencia de aquellos dos tribunos atenienses.

Con respecto al número de las FILÍPICAS y al de las OLINTIANAS, he seguido la clasificación que trae don Severiano Doporto en la ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA, que es la de Leo Joubert, concordante con la del eclesiástico D'Olivet y con la de Atanasio Auger.

El primero da cuatro FILÍPICAS y el segundo tres OLINTIANAS.

Mr. Weil, el sabio decano de la FACULTAD DE LETRAS de Besançon, ha publicado un volumen con el título de LAS TRES OLINTIANAS.

La edición de este ESTUDIO en forma de libro es obra exclusiva de mi apreciado amigo el señor J. M. Herrera Irigoyen, Director propietario de EL COJO ILUSTRADO, á quien doy expresivas gracias por esta nueva y bondadosa demostración para con mis pobres producciones literarias.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

Caracas: 1º de noviembre de 1897.

LOS TRES MAXIMOS ORADORES GRIEGOS

—

POR MARCO-ANTONIO SALUZZO

—

Hubo ya entre los literatos venezolanos quien, llevado de su admiración por la docta antigüedad, y deseoso de recoger para nuestra juventud *los últimos ecos de la elocuencia que resonara en la plaza pública de Atenas*, propúsose estudiar aquélla en el más célebre de los discursos de Demóstenes, cual es: el llamado de LA CORONA, aparentemente dirigido á la defensa de Tesifonte, pero en realidad á su propia defensa, y para justificación de su ministerio de orador oficial contra la invasión macedónica.

Con todo, el señor licenciado Juan Vicente González (pues me refiero á su *Estudio sobre*

Elocuencia Política publicado en la Revista Literaria, periódico que este célebre ingenio redactó en Caracas por los años de 1865 á 1866) detiénese apenas en la consideración de aquella obra maestra; ni la coteja con la de Esquino acerca del mismo, consabido asunto; cosa que parece impretermitible, pues ambas pueden considerarse como el proceso político más ruidoso de la antigüedad helénica: proceso en el cual dos de los tres oradores máximos que figuraron en los días postreros de la preponderancia ateniense, representan, el uno, el principio autonómico vinculado sucesivamente en cada hegemonía de las metrópolis griegas, y el otro, la formación del imperio que después de absorbérselas á todas, dilató su poder hasta las apartadas regiones de Asia.

Ni ¿cómo hablar de la elocuencia ática sin traer al caso á aquél que la ejercitó con aplauso y admiración de coetáneos y pósteros; al que mereció se le exaltase hasta darle puésto entre los inmortales: — á Pericles, cuya palabra no pasa, voladora, sino penetra en el alma de quien la escucha y permanece en ella dominándola?

No aspiro, ni ello me es dado, á corregir la plana del maestro; antes bien, declaro ser él quien me ha sugerido la idea de este Estudio, en cuyo plan entran, no sólo consideraciones literarias, sino también otras políticas y sociales, relativas á la época que nos ofrece el último y acaso más brillante ejemplar de la literatura ateniense.

Propóngome, pues, con tal motivo, inquirir el poderoso influjo que ejerce la oratoria tribunicia sobre los pueblos, estudiándola en los tres famosos varones, dechados de elocuencia, cuya vida fue parte integrante de la nación al amor de la cual nacieron y crecieron las ciencias especulativas y las prácticas, al propio tiempo que las bellas artes y las buenas letras.

El arte de la palabra, en lo que al intelecto se refiere, es igualmente admirable en Pericles, en Esquino y en Demóstenes; sólo sí que el hijo del vencedor en Micala y el contendor de Filipo y de Alejandro, no comerciaron con el dón que de la Providencia recibieran; mientras Esquino, después de haber deslumbrado á sus compatriotas con los tres discursos que merecieron se les llamase *Las Tres Gracias*, pu-

so al servicio de un poderoso las galas del ingenio; y no como quiera, sino contribuyendo así á esclavizar aquella patria tan grande y á quien tánto debía, y allanando á la ambición de un hombre el camino ensangrentado de la conquista.

Quiero también considerar:

En Pericles, al grande orador y al hombre de Estado que supo discernir las aspiraciones legítimas y los altos intereses de su época, para informarlos en una civilización verdaderamente democrática; pero que destruyó el fundamento mismo de la democracia, sustituyendo con su propia persona la institución que la servía de salvaguardia;

En Esquino, el poder soberano del talento ayudado por inquebrantable y decidida voluntad: poder que transforma el sér oscuro, anónimo, en personaje egregio, causante de su propia estirpe; caído, empero, de la altura de los merecimientos por haber preferido la utilidad á la justicia;

En Demóstenes, por fin, al patriota esforzado, cuya virtud levanta á un pueblo entero de la postración en que vegeta, si no para vencer, para caer con gloria, y eri-

gir con su caída imperecedero monumento á la soberanía de la patria, vinculada en la majestad del derecho y en los fueros de la justicia.

No abrigo la presunción de exponer en todo su complexo tan arduo tema.

Entra, sí, en mi propósito el deseo de ser útil, siquiera ínfimamente, á mis compatriotas, mostrándoles cómo ciertos errores de las almas nobles y generosas son tan funestos como el crimen; y que sólo el culto de la verdad y la sumisión al deber, merecen el amor de los pueblos y alcanzan los aplausos de la historia.

Mas, antes de hablar acerca del *Olímpico*, antes de describir la lucha de Esquino con Demóstenes; no creo esté de más hacer mención del campo donde se ha de combatir, del espíritu que en él domina, y de las cualidades intrínsecas de los campeones, así como de las extrínsecas circunstancias que con ellos concurren.

ATENAS

I

El medio físico en que se había desarrollado la raza griega, hubo de contribüír de algún modo, pero eficazmente, á su desenvolvimiento moral é intelectual.

"El mar, dice el mismo citado Gonzá-
"lez, rodea á Grecia, excepto por el nor-
"te, por donde la limitan la Iliria y la
"Tracia. Ella forma el extremo meridio-
"nal de una gran península, ancha en el
"norte, estrecha en el sur; irregular por
"todas partes y llena de ensenadas."

"Si, como parece, donde hoy existe el
"Mediterráneo, se extendía un valle in-
"menso como los de la India, el día en
"que el mar lo invadió distribuyéndolo en
"colinas, promontorios y montes, y en is-

"las que flotan, ó surgen y desaparecen; "ese día dibujó el pueblo más poético de la "tierra."

"Nada de llanuras monótonas, ni de "masas informes: el Peloponeso, la Mese-"nia, Arcadia, la Argólida, el Atica; todos "sus estados están divididos por ángulos tan "marcados, que Grecia, tan pequeña sobre "el mapa, llama vivamente la atención "por cierta especie de agitación febril que "la distingue de todos los pueblos." (*)

Y esta agitación pasó del suelo al hombre, quien, de esclavo que era en la India, llegó á ser señor en Grecia.

Domina la naturaleza, sújetala, domestícala, edúcala, esclavízala, y, por último, despósase con ella para producir la fuerza suprema y colectiva que se llama humanidad.

"El antropomorfismo, dice Eugenio Pelle-"tán, destronó al panteísmo. Depuso la "divinidad la figura del símbolo para vestir "exclusivamente el tipo humano."

(*) JUAN VICENTE GONZÁLEZ. *Historia Universal.*

II

Cuando los pelasgos tomaron posesión de la tierra, las primitivas, poderosas convulsiones seísmicas habían cesado ya; y de los cataclismos terráqueos simbolizados en las luchas de Minerva con Poseidón, no quedaron sino el recuerdo vago de lejanas tradiciones y el *Altar del Olvido,* amparado por el escudo de Palas-Atenea desde las alturas del Acrópolis.

Tras el dominio de la naturaleza, viene necesariamente, el imperio civil, consecuencia de la autonomía humana.

Pero como la autonomía humana supone hasta cierto punto igualdad, y el imperio civil no puede existir sin jerarquías, surgió en Atenas el gobierno democrático, que fue, puede decirse, la resultante de las fuerzas morales constitutivas de aquella dinámica social.

Concurrían, pues, todas las circunstancias para que Grecia, y sobre todo, el Atica, fuese el hogar de la civilización en que debía incubarse el progreso del mundo.

Y así sucedió.

Las industrias civiles, las artes, las cien-

cias y las letras, florecieron en aquella tierra afortunada que consagró la libertad como fundamento de gobierno, é hizo de la estética el espíritu de la religión.

Libertad y estética:—hé ahí los polos simpáticos de la civilización hélenica.

Pero para alcanzar el pináculo de aquella civilización que miramos aún como el *sumun ars* del ingenio humano, necesitóse de que el pueblo ateniense educara su alma en la escuela de lo bello y desenvolviese su inteligencia en el gimnasio de la verdad.

Multiplicábanse en Atenas los monumentos artísticos hasta el punto de tropezar, por decirlo así, con alguno de ellos cuando se transitaba por la ciudad.

Eran como símbolos que hablaban constantemente al pueblo de la virtud de los héroes ó de la omnipotencia de los dioses; y de ahí en los griegos, la constante aspiración á la inmortalidad.

El trofeo de Milcíades no dejaba dormir á Temístocles.

La historia de Atenas estaba escrita en los monumentos que la decoraban: una estatua ó un templo recordaba la hazaña de algún guerrero ó el beneficio ó la jus-

ticia de algún inmortal. Y desde el Pireo hasta el Acrópolis, desde el sepulcro de Temístocles, que proclama la existencia de la patria doquiera alienten ciudadanos, hasta la estatua de Minerva, quien, según el sentimiento religioso de los griegos, fue la única vencedora en Maratón; Atenas era escuela donde se educaba el alma por la belleza y la inteligencia por la verdad.

¡Portentosa civilización aquella que produjo á Pericles, como ordenador de la República, á Fidias y á su cohorte de escultores y de arquitectos, y á un pueblo que no concebía el heroísmo sino eternizado en las obras maestras del arte!

Mas, debe tenerse en cuenta que el arte griego era esencialmente trascendental y sujestivo, como que en él la belleza, símbolo ó manifestación de la verdad, no producía la voluptuosa concupiscencia de la carne en la inalterable quietud de estéril contemplación, sino inculcaba y sostenía en el alma el culto de las virtudes políticas, sociales y religiosas.

Basta una sola consideración para comprobar este aserto.

Cuando el mundo antiguo sólo disfruta-

ba de imperfectas culturas parciales, profesaba ya Atenas la idea del progreso; y no como quiera, sino en su más lata significación, es decir:—en la del cosmopolismo, lo que era verdaderamente fenomenal, siendo así que por todas partes imperaba la ferocidad bajo el nombre de virtudes patrióticas.

Por eso le fue dado dominar moralmente el mundo conocido y poner los fundamentos de aquella civilización que debía acomodarse más tarde al progreso humano.

Según Platón, Atenas es la bienhechora del género humano; célebrala Lucrecio por haber regalado á los mortales con los nutritivos frutos de la tierra; Sócrates la dice fundadora del culto de la piedad; y Cicerón y Quintiliano reivindican para ella el título de haber erigido altares á la misericordia.

La hospitalidad era característica de los atenienses, según Pericles, quien llegó á echarles en cára el que subordinasen en política los intereses á los afectos, y se hubiesen convertido en campeones de la justicia, amparando á los oprimidos contra los opresores.

Porque el genio ateniense supo componer la vindicta con la ley, dice un escritor contemporáneo, y de esta alianza nació la justicia.

¡Cosa rara en aquellos tiempos en que sólo hablan el interés y la fuerza!

Apiádase el derecho internacional bajo el imperio de Atenas, y el penal traspasa el recinto de la ciudad para esparcirse por el mundo, teniendo en mira, no el sér aislado que se llama hombre, sino el ente colectivo á quien decimos humanidad.

Que no en vano había sido asentada Atenas á la sombra del pacífico olivo y puesta al amparo de la diosa de la sabiduría y de la fuerza benefactora.

"Palas-Atenea es, ante todo, la Hija de "la Inteligencia; la engendrada por obra "del puro espíritu. La diosa de los pen-"samientos numerosos, que caen, en for-"ma de enjambres, sobre los mortales."

"No hay ciencia que no se derive de "su sabiduría: las artes son atributos su-"yos y las industrias sus obras vivas."

"Ella preside los consejos de la política; "dicta á las ciudades instituciones y le-"yes; y se cierne en espíritu, desde el "Acrópolis, sobre el orador y sobre el pue-

"blo, á quienes inspira, para inclinarlos á "resoluciones racionales como la propia de- "mocracia, como la democracia prudente."

"Uno de sus apellidos es el de *Odiado-* "*ra de tiranos;* y á fuero de pensamiento "vivo, la filosofía es su culto."

"Reconócela por patrona suya la arqui- "tectura; y como las vírgenes de nuestros "antiguos cuadros sagrados, podría susten- "tar al Partenón, su catedral, en la pal- "ma de la diestra."

"Represéntasela en cierto bajo-relieve, de "pies, frente á un joven escultor que ta- "lla, en bello estilo dórico, el capitel de "una columna, y al propio tiempo aconsejan- "do á algunos obreros mecánicos el modo de "ajustar las piezas de la rueda hidráulica."

"Los alfareros le son deudores del tor- "no que modela la forma de los vasos; y "algunas monedas atenienses traen á la "lechuza familiar de la diosa sobre una "ánfora volteada."

"Palas-Atenea agregó á la nave el ala de la "vela, hizo que el caballo obedeciese al freno, "lanzó por vez primera el carro provisto de "ruedas. Porque en ella la heroína es obre- "ra, la obrera por excelencia: Ergané, la "reina laboriosa de las colmenas femeninas."

"Guerrea; y sin embargo, tiene dedos de "hada; y con la misma diestra con que "blande la invencible lanza, maneja la su-"til aguja y la diligente lanzadera."

"Los hilos vaporosos que el otoño sus-"pende en el ramaje, son menos diáfanos "que la tela tejida mágicamente por los "dedos de la Diosa."

"Ella inventó el arreglo del copo de lana, "la rueca, el telar y todos los instrumen-"tos delicados del bordado y del tejido."

"Ella fue quien enseñó á la mujer el "arte de sembrar flores sobre la tela, á "imitación de las que ostenta la madre "Naturaleza en las verdes y brillantes pra-"deras, y á representar con hilos pupúreos "la gloria de los dioses y las hazañas de "los héroes."

"Festejábasela en Atenas ofreciéndole, co-"mo el mayor presente, un velo bordado "por vírgenes alimentadas en el Erectión; "velo que se ataba al mástil de un trirremo "montado sobre ruedas."

"El peplo sagrado llegaba lentamente al "Templo por la vía del Acrópolis; y los sa-"cerdotes revestían con él el ebúrneo cuer-"po de la Diosa, quien se regocijaba en su "corazón."

"La leyenda de Palas es casta como la vida "de una santa."

"Su virginidad subsiste inmaculada entre "las corrupciones de la fábula."

"Como se desprendió súbitamente de las "fuerzas elementales, y no nació de madre, y "es hija de la idea, ningún mito impúdico "ejerció influjo sobre su pura esencia."

"Así se sustrae de los fecundantes amo-"res del Cosmos, como de las ficciones obs-"cenas de los poetas eróticos; que ni el aus-"tero Hesíodo pudo ayuntarla con ningún "fenómeno en que se encarnara algún dios, "ni el frívolo Ovidio confundirla en los "escándalos galantes del Olimpo."

"Y es que los dos sexos se promiscuan en "ella con cierta especie de harmoniosa neu-"tralidad: varón por la fuerza y el inge-"nio, hembra por la destreza y la finura."

"No de otro modo sino como lo concibiera "el primitivo instinto, soñó Platón su andró-"gino ideal."

"No importa que en torno de la hija de "Júpiter se perviertan los dioses y las dio-"sas se depraven, ni que Artemisa misma "pierda su feroz inocencia."

"Sólo Palas, entre la corrupción celestial, "conserva intacta su nativa pureza, y tras-

"pasa, sin mancillarse, las orgias finales "del politeísmo, para que cuando suene la "hora fatal de los Olímpicos, el cristianis- "mo la reciba con expansión."

"Si Grecia se adoraba á sí misma en "Palas—Atenea, ¡cuánto más no adoraría á "Atenas, la hija espiritual de la sabiduría "y de la fuerza: su preferida, su desposa- "da, su amor!"

"Cuando Cécrope fundó á Atenas, dispu- "tóle Poseidón á la hija de Júpiter la hon- "ra de proteger á la incipiente ciudad; y "emulóse entre ellos sobre quién la ofren- "daría el más precioso dón."

"Golpeó con el tridente la roca el dios "marino, y el corcel indómito surgió de "las olas, que le enarcaron el cuello y "pusiéronle espuma en los labios."

"Tal fue la predestinación de Atenas á los "triunfos guerreros y á la dilatación de su "nombre por lejanos mares."

"Palas, empero, domó con la diestra el "corcel salvaje, y con la siniestra hizo bro- "tar de la tierra el olivo: el árbol de la "paz, la planta nutritiva; simple largueza que "prefirió Atenas á la deslumbradora ofrenda "de Poseidón."

"Sin duda por eso reconoció en la au-

"gusta virgen el tipo transfigurado de su "raza; la providencia de su destino."

"Porque Palas la hizo á su imagen, pen- "sadora y activa, creadora é industriosa; "tan apta para las obras del ingenio, como "para las fatigas y hazañas de la guerra."

"Y Atenas, una vez consagrada á la diosa, "se consustanció con ella."

"Erigióle el único templo perfecto que "haya ilustrado el sol; consagróle las fies- "tas más bellas que hayan regocijado á "los hombres en la tierra y á los inmor- "tales en el cielo; hízole esculpir por Fi- "dias con marfil y con oro, aquella sin "igual estatua de quien dijo un antiguo "que añadía algo al prestigio de la reli- "gión."

"Y Palas *Políada* fue la Patria misma: "la Patria divinizada, exaltada sobre el "altar." (*)

Júzguese, pues, cuál sería el culto, por decirlo así, que tributaba el ateniense á la ciudad de Minerva, y cómo se esforzaría para que ostentase siempre en la diestra el cetro del imperio.

(*) PAUL DE SAINT-VICTOR. *Estudio sobre la Orestíada de Esquilo.* (Traducción del Autor.)

Que Atenas era para el griego del Atica, lo que Jerusalén para el hebreo de Benjamín ó de Judá: un sér pensante.

La ciudad con inteligencia para discernir los verdaderos intereses de la patria común, y con brazo fuerte para ampararlos y defenderlos.

EL ORADOR

I

De cuantas manifestaciones es capaz la civilización de un pueblo, la que en mi sentir prevalece en excelencia sobre todas, es la del ministerio de la palabra en la tribuna pública,—política, civil ó religiosa, es decir: en la oratoria; y ello, porque en ésta concurren, ó deben concurrir, con imponderable harmonía, las bellas artes todas.

La estatuaria ostenta en el orador el sereno equilibrio de las formas; la pintura, la gracia de los nobles movimientos; la música, el cadencioso ritmo de la voz humana; y la poesía, la divina poesía, el ~~ritmo,~~ que transforma en canto la palabra.

A medida que las sociedades van acercándose á cierta perfección relativa, única compatible con la vida del hombre, la entidad del orador cobra mayor tamaño é importancia, hasta el punto de haberse sobrepuesto en nuestros días á la del poeta, quien, si lo precedió y superó en las civilizaciones parciales, ha tenido que cederle el puésto en el campo del progreso. Y no que el encargo del orador sea superior, ni con mucho, al del poeta, sino porque la acción del primero es más enérgica en una época dada; más eficaz, y de mayor trascendencia.

El poeta sería acaso más poderoso en lo porvenir, si llegara á imperar la idea cristiana; pero el orador lo es en lo presente, por cuanto mueve intereses reales de la época en que vive.

Por eso quien reüna en su sér las cualidades del orador y la inspiración del poeta; el que sea á un tiempo Hércules por la fuerza y Orfeo por el canto; el que someta á los monstruos con la maza y los domestique con la harmonía; ése será el semidiós de los tiempos modernos.

II

El pueblo que hasta ahora se ha acercado más á la realización de este prodigio, ha sido el ateniense.

La elocuencia era vernácula en aquella tierra clásica del ingenio y del valor, que no pocas veces aparecieron juntos en un mismo individuo, para gloria de propios y admiración de extraños; y sin contar las muestras de ella dadas ya por Homero en los discursos de todo género que pone en boca de sus héroes; y antes de que hubiese retóricos en Atenas; y primero que Córax y Gorgias y algún otro siciliano abriesen escuelas en la ciudad; ya Solón, y Pisístrato, y Temístocles, y Arístides, y Alcibíades, habían producido rasgos de elocuencia, si desnuda de aliños, arrebatadora y convincente: ya Pericles había convertido el lenguaje en irresistible poder.

Fue en Atenas la oratoria ministerio político, y el orador magistrado público, cuyo voto, confirmado por el pueblo, convertíase en ley.

Diez eran los elegidos para que discirniesen los asuntos del gobierno y de la ad-

ministración y estableciesen respecto de ellos conclusiones que se informaban en decretos.

No se llegaba, empero, de un salto al ejercicio de tan arduo ministerio, ni eran callejeras las condiciones que para él se exigían.

En primer lugar, antes de que un ciudadano obtuviese la investidura de *Orador del Estado*, pues tal era el nombramiento oficial, tenía, en fuerza de la costumbre convertida en ley, que adiestrarse en los tribunales de justicia; y cuando sobresalía en el arte del bien decir, á título de servidor de la República, encargábase de ilustrar al Senado y de conducir al pueblo.

"La profesión de Orador del Estado, dice "el eclesiástico Barthelemy, exige, además "del sacrificio de la libertad, conocimien-"tos profundos é ingenio sublime. Por-"que es poco poseer en parte la historia de "las leyes, de las necesidades y de las fuerzas "de la República, como la de las naciones "vecinas ó apartadas. Ni basta estar á la "mira de los esfuerzos rápidos ó lentos que "los estados hacen continuamente unos con-"tra otros, y de aquellos movimientos casi "imperceptibles que los van consumiendo "interiormente; ni prevenir los celos de los

"pueblos débiles y odiados; ni desconcertar "las medidas de los poderosos y enemigos; "ni inquirir, en fin, los intereses de la Pa- "tria, al través de mil combinaciones y re- "laciones."

"También es preciso hacer valer en público "las altas y trascendentales verdades de que "en particular se está imbüído; no conmover- "se con las amenazas, ni con los aplausos del "pueblo; arrostrar el odio de los ricos, so- "metiéndolos á impuestos crecidos; el de "la muchedumbre, arrancándola de los pla- "ceres ó del reposo; el de los otros ora- "dores, descubriendo sus intrigas. Responder "de los acontecimientos que no se pudieron "impedir, y de los que no se alcanzaron "á prever; pagar con la propia desgracia "los proyectos que no tengan éxito favora- "ble, y aun algunas veces padecerla por "los que lo tuvieron feliz; manifestarse "lleno de confianza, aun cuando algún in- "minente peligro difunda el terror por to- "das partes, y con inspiración subitánea "alentar las esperanzas abatidas; recorrer "las naciones vecinas; formar ligas pode- "rosas; encender con el entusiasmo de la "libertad la sed ardiente de los combates; "y después de haber cumplido los deberes

"de hombre de Estado, de orador y de "embajador, marchar al campo de batalla "para sellar con la propia sangre los con- "sejos que se han dado al pueblo desde "lo alto de la tribuna."

Tales eran las condiciones que la ley civil y las costumbres consuetudinarias requerían en los Oradores del Estado; y como quiera que el ministerio de los dichos influía sobre toda ponderación en el ánimo de los ciudadanos, no se contentaba la República con sólo aquellas, sino, además, exigía otras que, nacidas, criadas y fortalecidas en el hogar doméstico, presentaban al hombre privado como fiador irrecusable del funcionario público.

El violador de los afectos naturales; el disipado, aun cuando lo fuese con sus propios caudales; el que no estuviera radicado en el suelo de la patria; el que no tomara las armas en defensa de las instituciones; el que fuera dado á placeres vergonzosos; estaba excluído de la tribuna pública. Porque, ¿cuál confianza puede inspirar á la Nación el mal hijo, el mal esposo, el mal padre, ó el mal amigo? Ni ¿cómo esperar prudencia y economía en el manejo del tesoro público de quien no ha

sabido conservar el propio? Ni, ¿quién que no haya sembrado algo en la tierra donde reposan las cenizas de los abuelos, donde se mece la cuna de los hijos, podrá defenderla con la abnegación que inspiran los santos afectos filiales y paternales? Y ¿cuándo pudo concebirse el ejercicio de la ciudadanía sin el aliento valeroso para defender los fueros de la patria; ó tuvo derecho á predicar virtudes quien vive de asiento en los antros del vicio?

Costumbres austeras, virtudes públicas y privadas, carácter incontrastable:—hé ahí los títulos de donde derivaba el orador ateniense del Estado, la atoridad con que decidía de los destinos de la República; y acaso teniendo en cuenta tales y tan superiores condiciones, definió Catón al orador diciéndolo: *Vir bonus dicendi peritus; El hombre de bién, instrüído en la elocuencia*, frase que nos ha conservado Quintiliano.

Y añade el sabio preceptista por vía de comentario:—"Pero la primera circunstan-"cia que él puso, aun de su misma na-"turaleza, es la mejor, y la mayor; esto "es: el ser hombre de bién; no tan so-"lamente, porque si el arte de decir llega "á instrüír la malicia, ninguna cosa hay

"más perjudicial que la elocuencia, ya en "los negocios públicos, y ya en los parti- "culares; sino porque yo mismo, que en "cuanto está de mi parte me he esforza- "do á contribüír en alguna cosa á la elo- "cuencia, haría también el más grave "perjuício á la humanidad, disponiendo estas "armas, no para el soldado, sino para al- "gún ladrón."

"Pero, ¿qué digo de mí mismo? La "misma naturaleza, principalmente en aque- "llo que parece concedió al hombre, y con "lo que nos distinguió de los demás ani- "males, no hubiera sido madre, sino ma- "drastra, si nos hubiera proporcionado "la elocuencia para que fuese compañera "de los delitos, contraria á la inocencia, "y enemiga de la verdad. Porque mejor "hubiera sido nacer mudos, y carecer de "toda razón, que emplear en nuestra pro- "pia ruina los dones de la providencia. (*)

(*) INSTITUCIONES ORATORIAS. *Traducción del P*** de las Escuelas Pías.*

PERICLES

I

Es Pericles la figura más excelsa de los repúblicos griegos.

Las ciencias gubernativas y sociales eran su patrimonio, que complementaba con la estrategia, con las bellas letras y con las artes plásticas; y á no haber existido Demóstenes, la tribuna política le pertenecería exclusivamente, de hecho y de derecho, como el altar al dios.

Pocas veces se reünieron en el mismo individuo tántas y tan eximias condiciones; ni existió quien, con mayor decoro, dignidad y nobleza, recibiese y poseyera la herencia de sus mayores, para deponerla no sólo intacta, sino acrecida.

Dos estirpes, á cual más egregia por las virtudes públicas, á cual más limpia por

las prendas privadas, concurrieron en el PRIMER CIUDADANO DE LA PATRIA, cuyo sér era como la flor de selectos linajes; y no sin razón se ha tenido á Pericles como la entidad representativa del Arte griego, hija, cual éste, de la victoria; siendo así que en él emulaban el héroe de Micala, donde venció la independencia de la Patria helénica, y el restaurador de las instituciones de la República.

Excedía, empero, y con mucho, á Jantipo y á Clistenes, por cuanto á las aptitudes militares de ambos, añadía Pericles las cualidades civiles, si no tan seductoras á los ojos de las muchedumbres, más eficaces para el perfeccionamiento moral é intelectual de los pueblos.

A fin de seguir el orden establecido por la definición que del orador acabo de traer, he de considerar en Pericles, antes de todo, AL HOMBRE DE BIEN: al magistrado íntegro y valeroso que ejerció por espacio de cuarenta años la autoridad sin convertirla en poder, y ello, por medio del razonamiento, fuente de la persuación; al que se mostró inaccesible á las sujestiones del despotismo; al que después de haber exaltado á la República, y acaso á Grecia toda, al pi-

náculo de la grandeza, descendió al sepulcro, sin mancharse las manos ni con sangre ni con rapiñas, entre el duelo y la desolación de sus conciudadanos, apoteosis la más cumplida de los hombres públicos.

Como todo varón superior, acarició Pericles un ideal:—la grandeza legítima de su patria; ideal á cuya obra hizo concurrir todas las fuerzas morales é intelectuales que lo alentaban, realizándolo hasta el punto de que fuese Atenas el cerebro de Grecia, y él, Pericles, el oráculo de la victoria del derecho y de la justicia sobre la fuerza.

Aunque la literatura anecdótica de Plutarco no da idea de la grandeza moral de Pericles, límpiala, sin embargo, de las manchas que envidiosas medianías pretendieron arrojar sobre ella, ya para empañarla, ya para rebajarla de la suprema altura y traerla á plebeyo nivel.

Y ¿quiénes fueron los detractores del grande hombre?

Esas naturalezas vulgares donde se crían y fermentan todas *las tristezas del bién ajeno*, que luégo á luégo se convierten en odios; esos desgraciados para quienes es atroz supli-

cio el espectáculo de la gloria legítima: los mismos que persiguieron á Milcíades por haber vencido en Maratón; á Aristides, cansados de oírlo llamar justo; á Sócrates, porque confundiera á los sofistas: los mismos que, impacientes por dañar, aunque sea con el intento, merodean en la gloria viva, seguros como están de que la justicia tributada á la verdadera grandeza, es hija de la muerte y principia en la tumba.

Ni los Cratinos, ni los Teléclides, ni los Eupolis, han podido borrar de la conciencia humana la justa admiración tributada al repúblico que si cometió faltas, fueron aquéllas de que sólo excepcionalmente pueden sustraerse ciertas naturalezas acrisoladas en la virtud, y ¿por qué no decirlo? asistidas por la gracia de lo Alto.

La fábula y la historia están de acuerdo en presentar á la naturaleza humana débil y enfermiza; y aquél se dice perfecto entre los hombres que más se acerca á la perfección, emancipándose, cuanto es posible, de las propias flaquezas.

Una cosa, empero, es ser hombre, y otra ser monstruo; una ser Hércules ó David,

y otra Falaris ó Tiberio: una cosa es incurrir en faltas y otra deleitarse en el crimen.

No puede acusarse de éstos á Pericles, quien mereció ser exaltado por la mansedumbre y la templanza con que supo sufrir las más acerbas calumnias sin perder la serenidad del espíritu. (*)

II

Hay dos especies de caudillos: los que ponen las dotes de su espíritu al servicio del pueblo, con el fin de civilizarlo sin adularlo ni corromperlo; y los que, valiéndose del pueblo como de instrumento propicio á la ambición, lo adulan y corrompen. Amóldanse los primeros á la opinión pública para dirigirla benéficamente, encaminándola á la meta de nobles y patrióticos ideales, por cuya realización se ansía como necesidad imperiosa de cierta época; pretenden los segundos hacer una sociedad á su

(*) Véanse TUCÍDIDES. *Guerra del Peloponeso.* (*Trad. de Diego Gracián.*)

PLUTARCO. *Varones Ilustres.* (*Pericles*).

imagen y semejanza, para referirla sólo á lo que sueñan ser gloria de ellos, y que no es en fin de fines sino soberbia y rebeldía.

Pertenece Pericles á la raza de los primeros: á la raza de los civilizadores. Y ello, tan inequívoca, tan característicamente, que es, acaso, la única figura histórica, sin exceptuar á Sócrates, que haya resistido á toda adulteración.

Si se tiene en cuenta el ingenio, la ilustración y la educación del hijo de Jantipo, y el medio social donde se encontró colocado; es más admirable aún la precisión de su discernimiento respecto del encargo que le tocara cumplir y de la fidelidad con que supo cumplirlo.

Todos ó casi todos los que han escrito acerca de este varón insigne, atribuyen á estudio ó á temor la abstención que respecto de los asuntos públicos guardó durante algún tiempo; y aun añaden que no apareció en la arena, sino cuando muerto Aristides, desterrado Temístocles y confinado, por decirlo así, Cimón en el Almirantazgo de la flota ateniense, encontróse sin contrapeso en las luchas civiles.

Ello pudiera ser; mas, ¿por qué no ex-

plicar tal conducta por el apartamiento que casi siempre antecede á la acción trascendental de los grandes hombres? ¿Cómo no recogerse dentro de sí mismo y meditar honda, profundamente, antes de acometer empresas en que va á decidirse de los destinos de un pueblo y acaso también del porvenir de la humanidad?

Puédese echar la suerte como César, cuando se obedece al estímulo de la ambición personal; pero si va en ello la prosperidad ó el hundimiento de la patria, nunca estará de más la espectativa decorosa y prudente, no cobarde ni artera, que nos aconseje con acierto.

Sea lo que fuere, temor ó estudio, la época imponía á Pericles tal conducta, ya que no eran normales los tiempos que corrían, sino por todo extremo extraordinarios.

Porque las guerras medo-pérsicas, al poner en contacto dos pueblos, ó mejor: dos razas, dos civilizaciones, no pudieron dejar de influír en los intereses sociales y políticos de Grecia. Y ora fuese por tal circunstancia, ora á causa de las novedades introducidas por viajeros ilustrados y patriotas, alcanzaba la República los días

instables y transitorios en que algo nuevo pugna por realizarse: en que la civilización pide cambios; y la conciencia pública aguarda, puesta en esperanza; y sólo hace falta algún varón heroico, de inteligencia poderosa y brazo fuerte, por cuyo esfuerzo se realice lo que aparentemente es prodigio, no siendo, en realidad, sino el cumplimiento de la ley histórica.

Poseído Pericles del espíritu, de los intereses y de las tendencias de su época, no trató de hacer que á él se acomodasen éstos, sino, por el contrario, acomodóse él á ellos: asumió, ello sí, la dirección de los sucesos, pero para modificarlos en el sentido del bién general, nunca para torcerlos ó desfigurarlos; y si alcanzó la gloria de que el siglo en que viviera llevara su nombre, fue no sólo por haber sido mandatario de la opinión pública, nunca déspota, sino también, y mayormente, por haber tenido la entereza de resistir á la voluntad de sus conciudadanos cuando así lo exigieron la justicia y la conveniencia pública.

"Los principios republicanos, escribía Ale-
"jandro Hamilton en *El Federalista,* no
"exigen que nos dejemos arrastrar por
"cualquier soplo de las pasiones popula-

"res; ni que obedezcamos sin discernimien-
"to á los irreflexivos impulsos que la mu-
"chedumbre pueda recibir de quienes la
"adulan en sus caprichos para traicionarla
"en sus intereses."

"Cuando los intereses legítimos del pue-
"blo son contrarios á sus deseos, el deber
"de los guardianes de dichos intereses im-
"pone que se combata el error de que aquél
"es momentáneamente víctima, á fin de
"darle tiempo para volver sobre sí mismo
"y reconsiderar las cosas con toda re-
"flexión. Y más de una vez ha sucedido que
"el pueblo salvado por este medio de las
"fatales consecuencias de sus propios erro-
"res, se ha complacido luégo en erigir
"monumentos de gratitud á los repúblicos
"que con magnánimo valor expusiéronse
"á caer en desgracia para servir la causa
"de la patria."

Tal fue en este punto la norma de conducta de Pericles.

Guardián de la cosa pública, que no especulador con ella; servidor, no adulador del pueblo; hablaba siempre á éste el lenguaje de la verdad: interponíase entre el error de sus conciudadanos y la conveniencia ó la justicia nacional, para salvar á

la República de los extravíos populares, á pesar de la mayoría misma.

Tan impasible en los conflictos civiles como en los trances militares, no era su brazo más poderoso en éstos que su palabra en aquéllos; y ora se tratase de la guerra atizada por Esparta la temida, guerra que *veía descender á manera de torrente desde el Peloponeso;* ora de las aventuradas expediciones contra Sicilia, Cartago y Egipto; ya de mantener en obediente espectativa al pueblo y al ejército atenienses frente á frente de un enemigo poderoso en armas; ya, enardecida contra él la muchedumbre, estuviera á punto de convertir en obras homicidas las amenazadoras palabras; impertérrito y firme, disipa el temor, desbarata los proyectos de la ambición, refrena las impaciencias, desarma las iras, y concluye por aumentar en cada conflicto el prestigio de su autoridad, cuya ilimitada extensión sólo puede medirse por la grandeza que alcanzó Atenas bajo el gobierno de tan eminente hombre de Estado.

Acaso el haber ejercido por tántos años la autoridad y de manera omnímoda, dio margen á que se tildase de aristocrático su gobierno; cargo que no se compone,

por cierto, con el que también se le ha hecho *de haber seducido á la plebe con repartimientos, y pagarle espectáculos, y darle jornal*, como lo insinúa Plutarco.

Para el que juzgue desapasionadamente á tan ilustre griego, hay injusticia en lo uno y en lo otro.

Alzase Pericles entre las retrógadas preocupaciones de la oligarquía ateniense y la irreflexiva y no pocas veces mezquina volubilidad de sus compatriotas, como la razón superior entre la soberbia y la envidia: es el criterio de la patria ática el que habla por los labios del magistrado íntegro y decide las dificultades públicas en el sentido del bién y de la honra de todos.

Sin la separación en dos bandos distintos, no ya sólo políticos sino sociales, suscitada por los aristócratas, y que dividió en dos la República *é hizo que el un partido se llamara plebe y el otro oligarquía*; Pericles no hubiera tenido que optar entre el dominio de los pocos ó el gobierno de los muchos, decidiéndose al fin por éste.

No hay duda de que gobernó con el pueblo y para el pueblo, pero teniendo siempre por mira la justicia y la utilidad;

y las fiestas públicas, civiles ó religiosas, y los espectáculos en que abundaba por entonces Atenas, servían á la par que de recreo, de instrucción, suavizando los hábitos é ilustrando las inteligencias.

Fundó la democracia en la retribución de los cargos públicos, á fin de que éstos no fuesen monopolio de los ricos y de que su ejercicio sirviese de escuela á las aptitudes del ciudadano; con exponer constantemente las bellezas artísticas á los ojos del pueblo, inspiró el amor al bién, presentándolo como emanación de lo bello; humanó á los dioses en mármol y en bronce, y en bronce y en mármol resucitó los héroes, para mantener y sustentar el culto de los únos y la admiración por los ótros, fundiendo así la piedad y el heroísmo en uno solo y acendrado afecto; y, por último, previniendo futuros desastres y dilatando la fama y el poderío de la República, fundó colonias que fueron á la par como desagües de la población y centinelas avanzadas de la paz nacional.

"¡Admirable hombre, en verdad, no só-
"lo por la blandura y suavidad que guar-
"dó en tánto cúmulo de negocios y en
"medio de tales enemistades, sino por su

"gran prudencia, pues que entre sus bue-
"nas acciones reputó por la mejor el no ha-
"ber dado nada en tánto poder ni á la
"envidia ni á la ira, ni haber mirado á
"ninguno de sus enemigos como insufri-
"ble; y yo entiendo que sólo su conducta
"bondadosa, y su vida pura y sin man-
"cha en medio de tan grande autoridad,
"pudo hacer exenta de envidia y apro-
"piada rigurosamente á él la denomina-
"ción al parecer pueril y chocante que se
"le dio, llamándole *Olímpico.*" (*)

No con menos largueza que Plutarco, expone Tucídides las excelencias de Pericles.

"Y á la verdad, dice, mientras tuvo el
"gobierno durante la paz, administró la
"República con moderación; la defendió
"con toda seguridad; y la aumentó en gran
"manera. Después, cuando vino la gue-
"rra, conoció y entendió muy bien las
"fuerzas y el poder de la ciudad .....
.....
.....

"Mientras Pericles tuvo el poder, junto
"con el saber y la prudencia, no se de-
"jaba corromper por dinero: regía al pue-

(*) PLUTARCO. *Varones Ilustres.* (*Pericles*).

"blo libremente, mostrándose con él tan "amigo y compañero, como caudillo y go- "bernador. Además: no había adquirido "la autoridad por medios ilícitos, ni decía "cosa alguna por complacer á otro; sino "que, guardando su autoridad y gravedad, "cuando alguno proponía cosa inútil y fue- "ra de razón, lo contradecía libremente, "aunque por ello supiese que había de "caer en la indignación del pueblo; y "todas cuantas veces entendía que ellos "se atrevían á hacer alguna cosa fuera de "tiempo y de sazón, por locura y temeridad "antes que por razón, los detenía y re- "frenaba con su autoridad y gravedad en "el hablar. Al mismo tiempo cuando los "veía medrosos sin causa, los animaba." (*)

Después de estas afirmaciones, ¿qué valor puede asignarse á las diatribas de Eupolis, rival impotente de Pericles en la tribuna, y cómo tomar en serio la pintura que del grande ateniense nos hace el mismo detractor, cuando nos lo representa disfrazado de Júpiter grotesco con cabeza de cebolla? Ni tienen en este particular más eficacia los chistes de Aristófano, el cortesano de la

(*) TUCÍDIDES. *Guerra del Peloponeso.* (*Trad. de Diego Gracián.*)

maledicencia popular; porque de ninguna manera podía respetar nada ni á nadie, quien había atentado contra la majestad del Olimpo, degradando á los dioses, y contra la virtud de la tierra, insultando á Sócrates.

III

Excepto ciertas frases agudas ó filosóficas, de aquellas en que tánto se complacía la antigüedad, nada quedó literalmente fijado, del grande orador: bastóle á éste escribir en mármol la gloria de su patria y su propia gloria; contentóse con grabar en la conciencia pública los altísimos hechos de su magistratura; con dejar sus hazañas guerreras conmemoradas en nueve victoriosos trofeos.

Esto no obstante, mostrando Tucídides el método de los historiadores maestros, da á Pericles tres discursos, que no por ser imitación, posponen la oratoria del grande hombre de Estado; y bien se echa de ver en ellos, al través del arreglo del historiador, la alteza del tribuno: lo cual

autoriza para creer que, por lo menos, conservó aquél la armazón de la obra, las ideas capitales y no pocos pasajes al pie de la letra.

Basta comparar dichos tres discursos con el cuerpo del libro en que corren, para encontrar entre el uno y los otros diferencia de raza ideológica y aun de forma.

Tucídides estudia y anota para conclüír luégo con enseñanzas que principian y terminan en su HISTORIA.

Habla Pericles con la entonación de quien asienta verdades canónicas, y como tales incontrovertibles:—con plenitud de intuición soberana. Fluye la elocuencia de sus labios á manera de río caudaloso, cuyos inagotables manantiales son desconocidos; deja caer desde tánta altura la palabra, con tal autoridad, que se le escucha cual á oráculo. Y como está por cima de todas las pasiones, de todos los intereses mezquinos y transitorios; como sólo se inspira en la gloria de la República y en la dicha de sus conciudadanos; cada pensamiento suyo es un dogma, cada discurso un código de sabiduría.

Hay en ellos más ideas que palabras; más enseñanzas en lo que se sugiere que en lo que se dice.

Pericles no se escucha á sí mismo como los habladores gárrulos; el lenguaje no es para él instrumento melópico que arrulla y adormece, ni mucho menos columpio deleitoso; sino virtud poderosísima que despierta el ánimo y lo levanta á las alturas del deber y del heroísmo.

Su elocuencia no estriba en el estilo ni en la acción, sino en algo inefable que respira, que vive, aun en la letra muerta llegada hasta nosotros bajo la forma de imitaciones y traducciones.

Breve y parco de palabras; de inmóvil y sereno continente, que realzaba con ropaje de gracia decorosa; preséntase aquel hombre extraordinario á los ojos de sus coetáneos mismos y á los de la posteridad, como el Júpiter de Fidias, expresándose en el idioma de Sócrates.

Y no en vano dijo alguno de sus rivales ser el único entre los oradores que introducía la palabra á modo de aguijón, en el alma de cuantos lo escuchaban; y ótro nos lo muestra como el Saturnio, descogiendo desde la tribuna fragorosos rayos que conmueven y estremecen á Grecia. (*)

(*) **Eupolis y Aristófano.**

De ahí el dicho de que la persuación moraba en sus labios; de ahí el que se le apellidase el *Olímpico.*

IV

Cada uno de los tres discursos que en boca de Pericles pone Túcidides, puede graduarse de obra maestra en su género.

Porque si constituye señalado triunfo haber disipado el natural temor que inspiraba á los atenienses el poderío y la dureza de Esparta, y concertado en uno solo los diversos pareceres, para resguardo de la República; si el elogio de los buenos, muertos heroicamente en defensa de las instituciones patrias, abunda en pasajes donde la verdad luce como piedra preciosa montada sobre el oro de la belleza; el que un ciudadano, antes poderoso, caído ahora en odio y en desgracia, arrostre la furia de todo un pueblo, y haciendo su propia apología, convenza de injusticia á los contrarios y los traiga al terreno de la razón y de la conveniencia pública, cual era entonces para los ate-

nienses: la continuación de la guerra contra un enemigo á quien estimaban no sólo incontrastable sino invencible; es clara muestra de suprema elocuencia que sólo puede producir quien á la fuerza poderosa del ingenio añada la plena posesión de la verdad.

Sin embargo: cuantos han expuesto parecer acerca de los referidos tres discursos, dan la palma al pronunciado en loor de los muertos en la guerra del Peloponeso; á lo que se me alcanza, porque sobre ser más artístico en la forma y celebrar las virtudes de los que concurrieran á la salvación y engrandecimiento de la República ofrendando la vida en aras de ella; las circunstancias del momento, ingeniosamente aprovechadas por el orador, y la distribución de la pieza, impusieron aquel juicio.

En efecto: todo contribüía á solemnizar el acto grandioso en que héroes *invisibles*, pero no *ausentes*, tomaban posesión de la inmortalidad.

El *cadalso*, como llama Tucídides el catafalco sobre el cual colocaban los huesos de los fenecidos en la reciente campaña, las ofrendas que en él despositaban los

parientes y amigos de aquéllos; la urna de ciprés dispuesta por cada tribu para contener los restos mortales de sus coterráneos, y aquella otra vacía destinada á rememorar los guerreros cuyos cadáveres no pudieron haberse; el concurso de gentes de todas clases y condiciones; el solar sagrado dispuesto para sepultar á los que habían merecido bien de la patria; la presencia de Minerva, que presidía la apoteosis desde lo alto del Acrópolis; el puerto del Pireo, que, como quien dice, recibía la palabra del orador para dilatar en las lontananzas de los mares el espíritu remunerador del Atica; todo, todo ponía de resalto la solemnidad con que el pueblo ateniense sabía recompensar las hazañas de sus defensores y santificar á los héroes en la religión del patriotismo.

Necesítase, en verdad, tal escenario y semejantes circunstancias, para posponer al último los otros dos discursos, que no le ceden, por cierto, ni en la naturalidad estética, característica de la elocuencia de Pericles; ni en el vigor de las ideas, ni en lo arduo y trascendental del asunto.

No habla, empero, Pericles, cuando elogia á los guerreros muertos, ni ante el

Senado ni ante el pueblo, sino ante la patria misma; ante el mundo y para enseñanza de las generaciones venideras: no es el orador sino el genio inspirado por el Numen de la patria; el sacerdote á cuya palabra se transforma el ciudadano en héroe y el héroe en semidiós, con altares y culto.

V

Discordes andaban los pareceres sobre si había de anularse el decreto contra los megarenses, á exigencia de los lacedemonios, ó si se mantendría en vigor.

Grave era el asunto, pues la decisión envolvía nada menos que la paz ó la guerra; y sobre grave, urgente.

En tal punto sube á la tribuna Pericles, y rompe el discurso con estas solemnísimas palabras:

"Mi parecer es y fue siempre, varones "atenienses, no conceder ni otorgar su de-"manda á los lacedemonios, ni rendirnos á "ellos, aunque sepa muy bien que los hom-"bres no hacen la guerra al final con aquella "ira y ardor de ánimo con que la empren-

"den, sino que, según los sucesos, mudan y "cambian sus voluntades y propósitos."

¡Cuánto distamos hoy de esta elocuencia varonil, franca, gallarda, hija de la verdad; que nada teme cuando se trata del cumplimiento del deber y de la conservación de la honra; que no duda nunca de la victoria del derecho sobre la fuerza; que no envuelve el miedo con el ropaje de la falsa prudencia; y que antes de permanecer suspensa entre el castigo y la esclavitud, prefiere caer vencida á vivir humillada!

"Si les otorgamos esto, continúa, incon-"tinenti os demandarán otra cosa mayor, "pareciéndoles que por miedo habéis ce-"dido á su pretensión; y si les recusáis "con aspereza, vendrán replicando en igual "tono. Por tanto, me parece que debéis "determinar: ú obedecer y pactar con ellos "antes de recibir daño, ó emprender la "guerra, que es lo que juzgo por mejor, "antes que otorgarles cosa alguna grande "ni pequeña, para no tener ni gozar con "temor lo que tenemos y poseemos."

Y como si no bastase este último rasgo, que expone inequívoca y claramente la vida oprobiosa de los que renuncian, cobardes, á la defensa de su libertad, ter-

mina la consideración del punto, con esta filosófica sentencia:

"En tan gran servidumbre y sujeción "se pone el hombre obedeciendo al mandato "de sus iguales y vecinos sin tela de juicio, "en cosa pequeña como en cosa grande."

Pone de manifiesto en seguida la política artera de Esparta, su rivalidad con Atenas, sus intrigas y su inquebrantable propósito de suscitar una guerra en que el Atica toda quede vencida y humillada, cuando no destrüída.

Pero no será tal, porque Atenas, porque el Atica triunfará irrevocablemente en esta guerra; que los mismos bajeles vencedores en Salamina, vencerán nuevamente en todas partes.

El mar es campo victorioso para los atenienses, quienes no en vano afianzaron en él la independencia helénica.

Y por último, invocando recuerdos que no mueren sino con la dignidad y la honra de la patria:

"Nuestros mayores y antepasados, dijo, "cuando emprendieron la guerra contra "los medos, ni tenían tan gran señorío "como ahora tenemos, ni poseían tántos "bienes; y lo poco que tenían lo dejaron

"y aventuraron de buena gana, usando "más de consejo que de fortuna, y de es- "fuerzo y osadía, que de poder y facultad "de hacienda. Así expulsaron á los bár- "baros y aumentaron su señorío en el es- "tado en que ahora lo veis. No debemos, "pues, ser menos que ellos, sino resistir "á nuestros contrarios, defendernos por to- "das vías, y trabajar por no dejar nues- "tro señorío más ruin y menos seguro que "lo heredamos de ellos."

"Habiendo Pericles acabado su razona- "miento, dice Tucídides, los atenienses, "aprobando el consejo, determinaron seguir- "lo, y conforme á él respondieron á los la- "cedemonios." (*)

Meditad las palabras del historiador, y veréis en ellas la alabanza más cumplida del orador y del hombre de Estado.

VI

Conflictiva en extremo era la situación de Atenas al promediar el segundo año de la guerra del Peloponeso.

(*) TUCÍDIDES. *Hist. de la Guerra del Pelop.* (*Trad. de* DIEGO GRACIÁN.)

Entrado por el enemigo á sangre y destrucción el territorio del Atica hasta las cercanías de la ciudad; llena ésta con todas las gentes comarcanas, que se acogían á ella como á seguro de salvación; y para colmo, el azote de la peste; alcanzábanse días verdaderamente apocalípticos.

Pero ni el hambre, ni las privaciones de todo linaje, ni la guerra misma, era tan temerosa y horrible como el contagio que cayó entonces sobre los atenienses.

"Jamás se vio en parte alguna del mundo, "dice Tucídides, tan grande pestilencia, ni "que tánta gente matase. Los médicos "no acertaban el remedio, porque al prin-"cipio desconocían la enfermedad, y mu-"chos de ellos morían los primeros al vi-"sitar á los enfermos. No aprovechaba el "arte humano, ni los votos y plegarias en "los templos, ni adivinaciones, ni otros "medios de que usaban, porque, en efecto, "valían muy poco; y vencidos del mal, "se dejaban morir." (*)

Agobiado el pueblo bajo el peso de tamaña calamidad, movíase, inconsciente, á todo viento de impresiones, achacando á

(*) TUCÍDIDES. Obra citada.

esto ó á lo otro las desgracias que padecía; y, conforme á la previsión de Pericles cuando opinó por la resistencia contra Esparta, no hacían ya la guerra con aquella ira y ardor de ánimo con que la emprendieran, pues los sucesos infaustos habían mudado y cambiado las voluntades y los propósitos.

Todo estaba desprestigiado á causa de lo precario de la vida: el templo, donde yacían mudos los dioses; la patria, ajada, escarnecida, casi prisionera de un enemigo crüel y despiadado; los hogares, convertidos en hospedería de la muerte.

Llegó á tal punto la desesperación, que se agotaban los últimos instantes de la existencia entre liviandades y torpezas, como apuraba el antiguo sentenciado á muerte el vino de gracia con que se le asistía, para que cayese, antes que exánime, ebrio, sobre su propia deshonrada sangre.

Sólo Pericles permanece íntegro, ileso, en medio del general desorden, al modo de firmísima columna que subsiste sobre las ruinas de grandioso edificio. Sólo él es dueño de sí mismo; ni desespera de la salvación de la República.

¿Podrá, empero, dominar las iras popu-

lares, que braman en torno de su frente, como ha dominado los estragos de la guerra y los horrores de la peste?

Cuando las catástrofes proceden de lo Alto, como que traen consigo mismo al hombre aliento poderoso para resistirlas; pero cuando se forjan en el antro de las malas pasiones donde impera la envidia, piden algo así como serenidad divina para afrontarse con ellas y dominarlas.

Y la serenidad divina existe en el varón justo que da culto al deber.

No se había colmado aún la medida de las calamidades para el pueblo ateniense; y á los desastres de la guerra y de la peste, que si traen la muerte no la dan con deshonra, añadíase ahora el oprobio de solicitar la paz con un enemigo cuya soberbia no la aceptaba, sino la imponía, á fuero de conquistador.

De ahí al sometimiento no mediaba sino un paso; y habríalo dado Atenas si Pericles, investido aún con la autoridad de Caudillo y Capitán de la Armada, no hubiera reünido á los ciudadanos y exhortádolos á que tuviesen buena esperanza, procurando convertir la ira en mansedumbre y en confianza el miedo.

Lo que constituye la elocuencia de Pericles en el discurso por él pronunciado con tal motivo, no es sólo el criterio político, ni las atinadas apreciaciones acerca de la conveniencia nacional, ni el examen de los elementos victoriosos en que abunda la República, ni el llamamiento á las glorias patrias puestas ahora en trance deshonroso, ni cuanto, por decirlo así, se respira en aquella obra maestra del grande orador: la elocuencia de Pericles en esta ocasión consiste en el valor sereno, impasible, cuasi divino, con que se presenta ante aquel *pandemonium*, donde gritan y bufan y braman y ladran todas las pasiones del infierno; y se presenta no como suplicante sumiso que implora la magnanimidad del superior, sino como protector cuya autoridad se impone por obra de la ley, aun entre el poder tumultuario de la anarquía.

Ningún circunloquio cobarde, ningún eufemismo hipócrita, ninguna reticencia engañosa: allí no se rinde cuenta por el mandatario, sino se piden por el patriota á los malos ciudadanos que pretenden salvarse sacrificando á la República en las aras del Miedo.

No sorprende á Pericles el odio que contra él abrigan los atenienses; antes bien, ello confirma sus previsiones. Y por lo mismo ha querido juntarlos para quejarse de ellos y saber si desmayan; si pueden más las adversidades, sean cuales fueren, que el deber, el piadoso, pero inexorable deber para con los dioses de la patria.

Ni pára aquí la inflexible energía de Pericles.

Después de haber hablado en nombre de la salvación común é interpuesto entre las cobardías de la desesperación y los dictados de la esperanza, el decoro de la República, ha de hablar en nombre de sí mismo; ha de apelar al testimonio de su propia conciencia, que con ser una sola, pesa más en la balanza de la justicia, que la voluntad errónea, por medrosa, de todo un pueblo.

"Y os engañáis con un hombre como "yo, díceles (recordándoles ser el PRI-"MER CIUDADANO DE LA PATRIA), que á "mi parecer ninguno le lleva ventaja así en "conocer y entender lo que cumple al bién "de la República, como en ponerlo por "obra, ni en tener más amor á la patria, "ni que menos se deje vencer por dinero;

"que todas estas cosas se requieren en un "buen ciudadano. Porque el que conoce "la cosa y no la pone por obra es como "si no la entendiese. Cuando hiciese lo "uno y lo otro, si no fuere aficionado á "la República, ni dirá, ni hablará cosa "que aproveche en común. Cuando tuvie- "se lo tercero y se dejare vencer por di- "nero, todo lo venderá por esto. Por lo "cual, si conocéis que todo esto cabe en "mí más qué en ninguno de los otros, y "si en mí os confiasteis para emprender "esta guerra, no cabe duda, de que me "culpáis sin razón. Porque así como es "locura desear la guerra antes que la "paz, cuando se vive en prosperidad; así "cuando precisa obedecer á sus convecinos "y comarcanos y cumplir sus mandatos, "ó exponerse á todo peligro por la victo- "ria y la libertad, los que en tal caso re- "huyen el trabajo y riesgo son más dignos "de culpa."

"Y así como los hombres aborrecen y "odian á quien por ambición procura ad- "quirir la gloria y la honra que no le perte- "necen; así también vituperan y culpan "al que por falta de ánimo pierde la glo- "ria y la honra que tenía. Por tanto, varo-

"nes atenienses, olvidando los dolores y "pasiones particulares, debemos amparar "y defender la libertad común." (*)

Pocas veces, como en ésta, aparecen juntas la serenidad y la vehemencia: serenidad de la razón soberana que se impone por el poder de la verdad; vehemencia de la justicia inexorable, que busca, que solicita el bién supremo para las sociedades, cual es: la dignidad de la nación basada en la dignidad del ciudadano.

No omite Pericles ninguna consideración relativa al estado social y político de Atenas: considera la guerra como grave mal, pero mal inevitable en lo presente, que se trocará en bién futuro, porque engrandecerá la República levantándola sobre trofeos de nuevas y trascendentales victorias; asegura con la intuición patriótica de Temístocles, que Atenas vencerá en los espacios marinos á sus enemigos de hoy, como venció en los mismos espacios á sus enemigos de ayer; alaba la confianza que procede del consejo prudente y de la recta razón; y vitupera y escarnece la que nace de inesperada y caprichosa prosperidad.

(*) TUCÍDIDES. *Obra citada.*

Todo lo había examinado, todo lo había ya dicho: había previsto las contingencias de la guerra y señalado con índice poderoso el campo triunfal donde se pondría término á la lucha. Pero como era él, Pericles, el blanco de las malas pasiones; como por odio á él intentárase nada menos que ofrecer la patria á manera de víctima propiciatoria en los altares de un poderoso á quien de antemano se creía vencedor; por ciencia y por arte cierra Pericles el círculo de la oración volviendo á hablar de sí mismo, y no como quiera, sino esforzando la alabanza: preconizando, por decirlo así, sus propias virtudes.

"Los que carecen de mérito me tendrán "odio y envidia, lo cual no es cosa nue- "va, porque comunmente acontece á todos "los que son reputados por dignos de pre- "sidir y mandar á los otros, el ser envi- "diados. Pero el que sufre tal envidia y "malquerencia en las cosas grandes y de "importancia, puede dar mejor consejo; "pues, menospreciando el odio, adquiere "honra y reputación en el tiempo de presente "y gloria perpetua para el venidero." (*)

(*) TUCÍDIDES. *Obra citada.*

Hé ahí el retrato de Pericles hecho por él mismo.

No podemos leer estos conceptos sin que inmediatamente se nos vengan á la memoria estotros notados por Plutarco:

"Estuvo en cierta ocasión un hombre "malvado é insolente denostándole é in-"juriándole (á Pericles) todo el día; y lo "aguantó aun en la plaza, mientras tuvo "que despachar los negocios que ocurrieron: "á la tarde se retiraba tranquilo á casa, y "aquel hombre se puso á seguirle, vomi-"tando contra él toda suerte de dicterios: "llegó á casa (Pericles) cuando ya había "oscurecido, y mandó á un criado que to-"mase un hacha y fuese acompañando á "aquel hombre hasta su posada."

La magnanimidad, madre del perdón, es virtud característica del civilizador de Atenas.

VII

En los dos anteriores discursos admiramos á Pericles como hombre de Estado, cuya oratoria, copiosa en filosofía gubernativa, combate, refuta, convence, conmue-

ve, y triunfa sobre sus contrarios para honra y prez de la justicia y del bienestar de la República.

Adivínase en la diestra del orador la espada del guerrero; la espada que comunica temple á su palabra y le ciñe la frente con el nimbo deslumbrador de la victoria.

Propósitos más amplios, mayores y más trascendentales miras, una civilización local que es ya preludio de progreso cosmopolita; y sobre tan eximias cualidades, el arte llevado á la mayor cultura en el ideal y á la mayor perfección en la plástica; eso nos ofrece el discurso de Pericles en loor de los guerreros muertos.

"Esta noble harenga, dice madama Qui-
"net, debería servir de modelo á cuantos
"en lo porvenir quieran honrar al ciuda-
"dano que ha merecido bien de la patria."

Trasladémonos con la imaginación al teatro de la apoteosis; contemplemos al grande orador, que es al propio tiempo *Caudillo y Capitán de la Armada,* como lo dice Tucídides; figurémonos oír cual fluyen de sus labios los períodos rítmicos de la lengua de Homero, para caer, produciendo eléctrico estremecimiento, sobre el concurso de heroicos guerreros que absor-

tos escuchan; envolvamos la solemne escena con la irradiación espléndida de la libertad, más deslumbradora que el sol del Atica cuando se refleja en las canteras del Pentélico, ó cuando viste con áureo manto los templos de los dioses y las estatuas de los héroes; y tendremos siquiera un cuadro pálido de aquella representación cuyo asunto es el engrandecimiento de la patria por la victoria, y la glorificación del ciudadano por el cumplimiento del deber.

El sentimiento de la inmortalidad constitüía, puede decirse, el objeto principal de la vida en la patria de Sócrates y de Aristides; y ello de tal manera, que el griego, sobreponiéndose á los profundos terrores de la muerte, conviértela en maestra de virtudes sociales y domésticas. El sér débil, enfermizo, falible, desaparecerá para que sobre sus despojos se alce el héroe, á quien emancipa la muerte proclamándolo vencedor de las flaquezas humanas é hijo de la gloria.

Sobre esta idea capital gira con sublime, y, aun pudiera decirse, con patética harmonía, el discurso de Pericles, cuyo propósito en esta ocasión es levantar el

alma del ciudadano al Olimpo, donde se ostentan con majestuosa serenidad los héroes muertos; elevar cada vez más el nivel de las inteligencias; infundir en el alma la impasibilidad de la virtud; educarla en el amor de lo bello, para que por este medio se posesione y disfrute del bién.

Y ¡con cuánto arte produce todo esto!

No creáis, empero, que hablo de lo que algunos pretenden dar como arte oratorio, y que consiste en pantomimas ridículas por estudiadas, ó en modulaciones indecorosas por femeniles; ropaje abigarrado de palabras ruidosas pero vacías, más propias del teatro que de la tribuna. Ni hablo siquiera del arte de Isócrates, sofístico un tanto en el fondo y esclavo en las formas; arte fincado en la simetría de los períodos y en lo que bien pudiera llamarse cadencias casi prosódicas.

El arte oratorio de Pericles es harmonioso cual la madre Naturaleza; imponente y atractivo como ella; y como ella abundante en bellezas de perspectivas morales y docentes que las lontananzas del tiempo lejos de marchitar retocan. Arte ingénito, y como tal espontáneo, no aprendido; comparable sólo al de los profetas hebreos, porque pro-

cede del alma y se alza al cielo sobre las poderosas alas de la inspiración, aunque por caminos diversos y procedimientos distintos: arte severo y á la par apacible, que conmina y halaga, y produce el bién por obra de lo bello. Tales y tan marcadas gradaciones ostenta; divisiones tan exactas y harmoniosas; tan delicadas variedades; en suma: tal gracia, que presenta formas literarias arquitectónicas, majestuosas é imponentes, como el aspecto del templo ya consagrado al dios.

Y este arte procede, no de la inteligencia, ni de la fantasía, sino del alma, es decir: de lo divino que en la naturaleza humana existe.

Aunque se trata de la apoteosis de los héroes, no es de ellos la prez de aquel acto remunerador, sino de Atenas.

Por Atenas, por la gloria y por la fama de la ciudad de Minerva, corrieron aquéllos al combate y cayeron sobre su propia sangre, pues les parecía cosa dura sufrirse esclavos en el solar que sus mayores engrandecieron, cuando vivos, con proezas insólitas, y santificaron, muertos, con sus restos sagrados. Que tiene fundadores la fama de Atenas; y son los varones escla-

recidos, primeros habitantes de tan privilegiada región, y sus no menos ilustres, inmediatos descendientes, causantes de las generaciones actuales, quienes conservan intacto el tesoro legado por los únos y acrecido por los ótros.

Sobre las virtudes de estas generaciones descansa y subsiste la grandeza de Atenas: de Atenas, que *es escuela de doctrina, regla para toda Grecia y cuerpo bastante y suficiente para administrar y dirigir bien á muchas gentes en cualquier género de cosas.*

Tal fue y tan pura el ara donde se sacrificaron los próceres, cuya memoria, bendecida y aclamada por la voz de Pericles, del PRIMER CIUDADANO DE LA PATRIA, encúmbrase sobre merecidas alabanzas hasta el pináculo de la inmortalidad.

Dichas ya las grandezas de Atenas y preconizada la gloria de sus esforzados defensores, quedaba satisfecha la expectación pública.

Pero después del homenaje rendido á la República; después del tributo dado á los beneméritos de ella; necesario era suscitar la noble emulación del patriotismo, á fin de que tal como lo presente correspondía en nobleza á lo pasado, co-

rrespondiera del propio modo lo porvenir á lo presente, convirtiéndose así en progreso humano la civilización ática.

Y hé aquí cómo presiente y expone Pericles aquella ciudadanía universal que será la más alta expresión de la filosofía socrática:

"La tierra toda, dice, es sepultura de "los hombres famosos y señalados, cuya "memoria, no solamente se conserva por "los epitafios y letreros del sepulcro, sino "por la fama que sale y se divulga en "gentes y naciones extrañas; las cuales con-"sideran y revuelven en su entendimiento "mucho más la grandeza y magnanimidad "del corazón, que el caso y la fortuna que "depara la suerte. Estos varones os po-"nemos delante de los ojos, dignos, cierta-"mente, de ser imitados por vosotros, para "que conociendo que la libertad es felici-"dad y la felicidad libertad, no rehuyáis "los trabajos y peligros de la guerra; y "para que no penséis que los ruines y co-"bardes que no tienen esperanza de bién "ninguno, son más cuerdos en guardar la "vida, que aquéllos que por ser de mejor "condición, la aventuran y ponen á todo "riesgo. Porque al hombre sabio y pru-

"dente más le pesa y más vergüenza tie-
"ne de la cobardía que de la muerte, la
"cual no siente por su proeza y valentía
"y por la esperanza de la gloria y de la
"honra pública." (*)

Tal es el discurso de Pericles en loor de los militares fenecidos en la primera campaña de la guerra del Peloponeso: anticipado canto del cisne, testamento del grande hombre, que contiene en sumario elocuente toda una filosofía social y política ignorada aun hoy día por muchos pueblos, practicada por pocos, no superada por ninguno.

¡Qué lección para los egoístas y para los cobardes! Y al propio tiempo ¡qué recompensa para los que, puesta la mente en los ideales del patriotismo, profesan y practican la religión del deber!

Nunca fue estéril el sacrificio de los buenos, porque de él nace y por él crece la grandeza, la fuerza, la gloria de la patria; de la patria, que consagra con gratitud piadosa la memoria de aquéllos, y los inmortaliza confundiéndolos con su propia existencia.

(*) TUCÍDIDES. *Obra citada.*

VIII

"Debía Pericles á la naturaleza, dice el "eclesiástico Barthelemy, ser el más elo- "cuente de los hombres, y á la aplicación, "el primer orador de Grecia." Y en verdad: no sé si alguna vez concurrieron en el mismo individuo las dotes del ingenio y la cultura que da la educación; pero ésta tan subordinada á aquéllas, que no se la advierte; pues lo que parece ausencia completa de arte, es el propio arte llevado á la perfección suprema. Y si pudiera establecerse algún paralelo entre el lenguaje y la escultura, entre las ideas y las formas arquitectónicas; arriesgaríame á decir que en los discursos de Pericles el pensamiento se mueve con ondulaciones graciosas y apacibles como las curvas en los contornos de la estatua; al paso que la idea, á fuer de verdadera, va directamente al intento, como la línea recta al término, en la fachada de suntuoso edificio.

De ahí la brevedad de las sentencias, la harmoniosa amplitud de los períodos, el esplendor actual y las perspectivas del bién, que caracterizan la elocuencia del Olímpico

y la señalan como la severidad en la belleza.

En Pericles el guerrero complementa al hombre de Estado, cuyo pedestal es la tribuna, trono de su grandeza; que si con la espada obra milagros materiales, con el raciocinio crea toda una civilización basada en la autoridad y en el poder, en la fuerza y en la persuación. En úna palabra: produce la perfección relativa que puede alcanzar la sociedad humana en materia de gobierno.

Ni ¿quién reünió en tal grado las cualidades que constituyen el arte oratorio, desde las más sublimes hasta las más triviales; desde las más varoniles y levantadas hasta las más insinuantes y sencillas? Si, como Sócrates y Aristides, no hubiera desdeñado el reducir á escritos sus arengas; si poseyésemos siquiera en toda su integridad los tres discursos traídos por Tucídides; indudablemente que en ellos se informaría el monumento imperecedero de la elocuencia ateniense puesta al servicio de la verdad gubernativa.

Que es Pericles, aun hoy día, el representante de la democracia pura; y ello, porque supo transformarse por completo; vol-

verse hombre nuevo; deshacer todo vínculo con las opiniones muertas de su tiempo.

"Nadie menos que él, dice Quinet, se "dejó influír por el espíritu banderizo."

Comprendió las tendencias de su época, y lejos de combatirlas púsose al frente de ellas para dirigirlas en el sentido del progreso; rompió toda especie de compromiso entre la idea nueva y las antiguas rutinas. Al modo que Sócrates había desechado la añeja filosofía y Fidias la vieja escultura, él dio de mano á la política caduca que se empeñaban en conservar á todo trance hombres enmohecidos por el egoísmo.

Entendió que la idea, si ha de cantar victoria, ha menester de la fuerza; del número, pero para convertirlo en derecho; y con la autoridad del derecho, imponer la justicia.

Murió llevándose consigo á la tumba la victoria definitiva de Atenas, cuya hegemonía acaso habría hecho imposible los desatentados sueños de Alejandro y las sangrientas bacanales que pusieron término al poderío romano y prepararon las vergonzosas postrimerías del Bajo Imperio.

"Estando ya para morir, dice Plutarco, "le hacían compañía los primeros entre "los ciudadanos y los amigos que le que- "daban, y todos hablaban de su virtud y "de su poder, diciendo cuán grande ha- "bían sido; medían sus acciones, y conta- "ban sus muchos trofeos, porque eran has- "ta nueve los que, mandando y venciendo, "do, había erigido en honor de la ciudad. "Decíanse esto únos á ótros en el concep- "to de que no lo percibía, y de que ha- "bía ya perdido enteramente el conoci- "miento; mas, él lo había escuchado todo "con atención, y esforzándose á hablar les "dijo: que se maravillaba de que hubiesen "mencionado y alabado entre sus cosas aque- "llas en que tiene parte la fortuna y que "han sucedido á otros generales; y ninguno "hablase de la mayor y más excelente, que "es, dijo:—el que por mi causa ningún "ateniense ha tenido que ponerse vestido "negro."

Bien merece quien tal dijo de sí propio sin temor de quedar desmentido, ser proclamado por la historia benemérito de la humanidad.

IX

Y sin embargo: este varón egregio, grande por abolengo de patricio; mayor por sus propias, intrínsicas virtudes; máximo como repúblico; incurrió en dos gravísimas faltas: la una contra el fuero social, contra el orden político la otra. Porque después de haber tolerado que se mancillasen las buenas costumbres, permitió se minaran por su base las instituciones, y se desplomasen sobre la República, en cuyos despojos imperaron de entonces los demonios de la anarquía disfrazados de apóstoles de la democracia.

Miró, impasible, la invasión de las concupiscencias jónicas, que se estrenaron deslumbrando la juventud, y terminaron por enervarla; y casi puede asegurarse que no se dolió al ver el agostamiento de *la primavera de la patria*, como él mismo la llamara, bajo el viento de infandos placeres.

El Areópago, aquel senado olímpico donde residían juntas la sabiduría de los dioses y la justicia de los hombres, principió por padecer merma en su autoridad, cayendo á la postre en desprestigio y casi en

desuetud, bajo el gobierno de un varón cuya muerte dejaría en orfandad la República.

Por donde se prepararon aquellos días anárquicos en la vida política, escandalosos en la social, que principiaron con Cleón el carnicero y terminaron con Alcibíades el disoluto; es decir: en la más hedionda de las demagogias y en el más empalagoso refinamiento de los vicios.

Mientras vivió Pericles, descansó Atenas tranquila y casi feliz, porque la diestra poderosa que había desbaratado á sus enemigos y mantenídolos en sujeción, la cubría con victorioso escudo; porque la inteligencia privilegiada que fomentó las bellas artes y las puso al servicio de la victoria, proveía á su suerte; porque la abnegación del gobernante la mantenía en la abundancia del orden.

Pero cuando la muerte puso término á aquella existencia, paralizóse también la vida de la República; y cayeron espesas tinieblas sobre la que fuera luminar de civilización para sí propia y mantenedora de libertades para los extraños.

La anarquía en el interior y las empresas descabelladas en el exterior, aca-

rrearon la ruina de la nación que había quebrantado el imperio medo-persa y obligádolo á ser su tributario; que había resuelto anticipadamente el problema de la población por medio de sabias colonizaciones, y civilizado á la par casi toda la región del Mediterráneo; que había enfrenado la soberbia de Esparta, protegido á los pueblos débiles del Continente, poblado y engrandecido las islas del archipiélago; en una palabra:—que había sido la representante de la más alta civilización anterior al cristianismo.

La Historia registra esta catástrofe, verdaderamente trágica, no tanto para memoria de las cosas, cuanto para elocuente lección de los pueblos, cuya suerte no se afirmó nunca con el poder de ningún hombre, por grande, por prestigioso que sea, sino sobre el imperio de instituciones sabias por justas y estables por libres.

ESQUINO

La posteridad ha sido inexorable, por no decir apasionadamente injusta, con Esquino.

Sólo dos historiadores, que yo sepa (Cantú y Pierrón), sin dejar de señalar las faltas del rival de Demóstenes, le han hecho justicia, cada cual á su manera.

Entre el Esquino de Demóstenes y el de algún otro historiador (Lorent), existe el verdadero Esquino, que, sin ser heredero de la inmoralidad y la vileza, ni estar con ellas connaturalizado; sin ser el apóstol del progreso fundado en la unidad de Grecia; es el orador egregio, el sagaz político, en una palabra: el repúblico calificado, cuyo error gravísimo consistió en creer que alguna vez pueden sacrificarse impunemente á la fría utilidad los fueros sagrados é imprescriptibles de la justicia.

¿A qué echarle en cára el haber nacido de padre paupérrimo, si ya no esclavo, ó los oficios serviles de su infancia, ó las degradantes ocupaciones de su juventud, ó, caso de ser ciertas, las prostituciones de su madre? Tanto valdría decir que Sixto V, uno de los Máximos Pontífices del catolicismo, trocó el burdo cayado del porquerizo por el báculo del Jerarca, y pudo levantarse desde la pocilga hasta la Sede del Sucesor de Pedro.

Corrió la juventud de Esquino entre las irritantes privaciones de la miseria; y no apareció en la arena sino á los cuarenta años, cuando la desgracia é indudablemente el estudio y la educación, habíanle madurado la inteligencia y preparádolo para las luchas enérgicas y laboriosas de la vida pública.

El atleta formó y fortificó al hombre de Estado. (*)

Las viles ocupaciones de sus primeros años no pudieron despojar á Esquino de los dones físicos con que la naturaleza quiso favorecerlo.

Y todos los historiadores, aun aquellos que dan entero crédito á las odiosas, por

---

(*) Se ha dicho que Esquino ejerció el oficio de atleta en su juventud.

parciales, acusaciones de Demóstenes, concuerdan en que era Esquino de bellísima, varonil presencia, modales cultamente desenvueltos y voz sonora y harmoniosa.

De la cultura de su intelecto y de la educación de su alma, dan testimonio los discursos que de él se conservan; en los cuales, no obstante la opinión de cierto escritor notabilísimo (*), descúbrense bellezas ideológicas de raza platónica y formas retóricas de la escuela de Isócrates.

"Esquino, sienta Pierrón, fue filipista "moderado; y por más que diga Demós-"tenes, uno de los caudillos honorables del "bando macedónico ateniense. No quiero "afirmar que fuera siempre modelo de vir-"tudes, ni que dejase de aceptar alguna "vez presentes de Filipo, pues todo pare-"ce probar que era hombre apasionado, "violento y aun injusto; mas, no por esto "creo merezca los calificativos de mal ciu-"dadano, traidor y alma venal, que, á "manos llenas, le han prodigado sus ene-"migos." (**)

Por singular coincidencia, así Esquino

(*) Arcadio Roda. *Los Oradores Griegos.*

(**) Pierrón. *Hist. de la literatura griega.* (*Trad. del autor*).

como Demóstenes aprendieron á socorrerse en la tribuna con el arte teatral, cuando ya la oratoria ateniense tenía no sólo que ataviarse de flores retóricas, sino también valerse con los arbitrios de Melpómene.

Aquella elocuencia severa y desnuda como las estatuas de Fidias, y cual ellas de impasibilidad heroica y expresión divina; aquella elocuencia que principió en Pisístrato, Solón, Temístocles, Aristides, Alcibíades y Sócrates con frases cuyo brillo enérgico ha sido consagrado por la admiración de los siglos, y que alcanzó la suma perfección en el sin par Pericles; vivía aún, pero santificada en la estética griega; con culto, es verdad, mas, sin imitadores y menos aún sin émulos.

La gracia de la verdad es desnuda como la de la infancia.

No hay duda de que Esquino frecuentó, á pesar de su pobreza, la escuela de Platón y la de Isócrates, donde, como antes apunté, adquirió caudal de ciencias morales y políticas que alzaron al antiguo amanuense de escribanos y jueces á la altura del jurisconsulto.

El sabe amenizar la análisis árida del

abogado con las reflexiones del filósofo y del legislador, sin hacer caso omiso del moralista y aun del poeta, sin duda para comunicar á lo verdadero el prestigio de lo divino y de lo bello.

No es Esquino uno de tántos aventureros que, armados de la palabra como de arma venal, éntranse en el campo de la política para vendimiar lo que no sembraran; sino el hombre singular en quien las circunstancias y el medio donde le tocó vivir, desenvolvieron y perfeccionaron cualidades intrínsecas de exquisita delicadeza.

Dan testimonio de la honorabilidad de este ateniense los cargos oficiales con que lo distinguió su patria, á quien representó como embajador y como pilágora, sin contar con que fue Orador del Estado y, por ende, consejero del pueblo; puésto que requería, como se ha visto, no sólo condiciones altísimas morales y científicas, sino también valor á toda prueba y carácter incontrastable é incorruptible.

Ni parece bien aceptar en absoluto la opinión de Quintiliano acerca de la oratoria de Esquino, cuando la califica *de floja, por tener*, dice, *más carne que músculos.*

Verdad que en aquél el artista, y, si se quiere, el poeta, prevalece sobre el pensador lógico y poderoso, no sin que á las veces caiga en el retórico rebuscador de figuras postizas; pero estos defectos desaparecen por completo siempre que revestido únicamente de sus armas naturales (el pensamiento y los afectos) aparece en la arena el hombre.

Entonces convence y conmueve, y cubre el razonar con la emoción, como para poner el entendimiento bajo al patrocinio del alma.

Prueba de esto el magnífico apóstrofe á los jueces con que termina la peroración de su defensa en el proceso conocido por el nombre de *La Embajada;* apóstrofe en que la piedad filial, èl amor paterno y el culto de la divinidad, confúndense con el grito airado que arranca la injusticia.

"Jueces, dice, miradme aquí rodeado de "las personas á quienes alcanzaría el ri-"gor de vuestra sentencia, y que se pre-"sentan ante vosotros para unir sus sú-"plicas á las mías."

"No desoigáis á este anciano, que tiene "en mí el único apoyo de su vejez; á "mis hermanos, que pasarían vida inquie-

"ta y deshonrada si de su lado me arran-
"caseis; ni olvidéis, sobre todo, á estos
"inocentes niños, ignorantes aún de los pe-
"ligros que á su padre amenazan, y que,
"por lo mismo, son más dignos de com-
"pasión."

"Os pido que os intereséis por su suer-
"te; que no los dejéis abandonados, como
"presa indefensa, á mis enemigos, y menos
"á un hombre que parece mujercilla por
"su cobardía y crüeles resentimientos."

"Imploro el favor de los dioses y la
"clemencia de los jueces que han de pronun-
"ciar mi sentencia."

"No me condenéis: no me sacrifiquéis á
"un traficante con palabras escritas; á un
"bárbaro, á un infame!"

"¡Oh vosotros, los que os interesáis por vues-
"tros hijos y por vuestros párbulos conciuda-
"danos! recordad quien soy yo: recordad
"soy el mismo que en la condenación de Ti-
"marco ha dejado exhortaciones indelebles á
"la virtud!..... ¡Oh! no es la muerte lo
"que me espanta, sino la deshonra y los
"ultrajes que padece el sentenciado en el su-
"plicio. Ver entonces la risa insultante
"del rostro enemigo; oír cómo se repiten
"las injurias dictadas por el rencor y la

"venganza, es el más horrible de los tor-
"mentos."

"¿Qué me importa la existencia? Educado
"entre vosotros, formado con vuestro ejem-
"plo y con vuestros principios, en los actos
"de mi vida tenéis el testimonio que ha
"de condenarme ó absolverme."

Notable á la par del discurso de *La Embajada* es el que pronunció Esquino contra *Timarco*, á quien acusó é hizo condenar, como reo de costumbres infames, á ser degradado de los privilegios cívicos, no obstante la protección de Demóstenes.

Según Pierrón, este discurso es uno de los más virulentos, crüeles y hábiles que haya resonado en la tribuna ateniense. Lástima no sea posible transcribirlo parcialmente siquiera, no obstante haberlo atenuado Esquino mismo en algunos pasajes, porque ni aun así se compone con el decoro y mucho menos con la decencia moderna.

"Si para adjudicar el cetro de la elo-
"cuencia, dice el citado Roda en su bello
"libro de Los Oradores Griegos, no tu-
"viésemos más obras á que atenernos que
"la acusación de Demóstenes y la defen-
"sa de Esquino (en el proceso de *La Em-*

"*bajada*), sería muy aventurado el conce-
"der á cualquiera de ellos la preferencia.
"¡Tan difícil me parece la elección!.....
"Pero lo que prueba el poder que estos
"oradores desplegaban en la tribuna, y lo
"que al mismo tiempo parece indicar que
"ni todas las inculpaciones del uno eran
"fundadas, ni el otro era incorruptible, es
"que el fallo de los jueces dejó indemnes
"á ambos competidores."

Concuerda Pierrón con Roda cuanto al mérito de ambos discursos, pero difiere respecto del desenlace del proceso; pues cuando afirma el segundo *que el fallo de los jueces dejó indemnes á ambos competidores*, asegura el primero que Esquino "ganó la
"causa; pero la impresión producida por
"las elocuentes inventivas de Demóstenes,
"debilitaron, según parece, desde entonces,
"y no como quiera, la autoridad moral
"de Esquino." (*)

Idomeneo, á quien cita Plutarco, asegura que Esquino fue absuelto por una mayoría de treinta votos; pero el autor de Las Vidas Paralelas, no sólo niega se pronunciase sentencia en el proceso de

---

(*) Pierrón. *Obra citada.* (*Trad. del autor.*)

La Embajada, sino, además, dice no saberse si Demóstenes pronunció el discurso que con tal motivo preparara: opinión inadmisible, puesto que sin haberse producido la acusación, Esquino no habría pronunciado el discurso de la defensa, uno de los más citados y aplaudidos por críticos é historiadores de nota.

El discurso contra *Timarco*, el de *La Embajada* y el de *La Corona*, formaron, al decir de los atenienses, un grupo literario tan acabado en belleza, que mereció se le designase con el nombre de *Las Tres Gracias* de Esquino.—"Gracias un tanto "muelles y afectadas, pero dignas, con todo, "de tal nombre", dice Pierrón.

Prevalece en Esquino la imaginación sobre el entendimiento, y por lo mismo es más impetuoso que sereno; más temible en el ataque que hábil en la defensa: descuida el escudo para esgrimir constantemente la espada.

Ni creo aventurado decir que si en la calma del gabinete traza magistralmente el plan de sus discursos, en la tribuna, llevado del ardor de la improvisación, deshace aquél, y descuidando el estrecho enlace de las partes y la conveniente elec-

ción de los argumentos, pospone el raciocinio á la emoción.

De ahí, en mi concepto, el que no obstante haber ganado algunas batallas contra su poderoso rival, fuera de éste la victoria postrera y decisiva de la guerra.

Nadie ha superado á Esquino ni en la ardiente manifestación de las pasiones, ni en el colorido del concepto, ni en el movimiento y relieve de las imágenes, ni en el brillo de los pensamientos.

Abunda en frases tan inesperadas como profundas; en figuras de tan exacto atrevimiento, que sin la fama de improvisador, antecesora de sus discursos escritos, creeríase que á fuerza de estudio y de trabajo había llegado á la expresión de afectos que estallan súbitamente como el trueno y deslumbran como el rayo.

Nunca se queda más acá de la raya que señala el término de la carrera; traspásala siempre, estimulado, si no por la verdad misma, por la verdad absoluta, por lo que él cree ser la verdad, según el dictado de la pasión.

Desconoce la sobriedad, pero su abundancia no es de palabras sino de ideas.

Es un coloso cuya grandeza no puede

medirse sino cuando yace postrado, vencido, ¿por quién?..... Por las potencias verdaderamente incontrastables de la tierra: por la dignidad y el patriotismo.

"Nada más delicado ni gracioso que su "estilo," dice el docto Planche, cuando revisa y corrige las OBRAS COMPLETAS DE DEMÓSTENES Y ESQUINO, traducidas directamente del griego por el eclesiástico francés AUGER; "sencillo, familiar, pero no-"ble é ingenioso, posee las delicadezas del "arte unidas al encanto de la naturaleza. "Castizo, puro, elegante, sin separarse, em-"pero, de la ingenua, de la simple expresión "popular."

"Harmonioso, sin caer en lo amanerado; "vivo sin ser superficial; activo é impetuoso "como quien corre sin detenerse hacia la "meta; preciso y rápido en algunos pasa-"jes, y á las veces grande y sublime."

Esquino fue el único que osó desafiar las iras tribunicias de Demóstenes; y si el MONSTRUO hubiera podido tener superior, fuéralo, sin duda, el artista literario de LAS TRES GRACIAS.

DEMOSTENES

I

Refieren cuantos han escrito minuciosamente acerca de Esquino, que, desterrado éste de Atenas á causa del proceso de La Corona, fijó su residencia en la isla de Rodas, donde fundó escuela de oratoria.

Abrió el primer curso con la lectura de la oración contra Tesifonte; y como los discípulos, después de aplaudirlo, se manifestasen sorprendidos de que con tal obra hubiera sido condenado: "Aguardad." les dijo, y leyó el discurso con que lo combatió Demóstenes en aquella ocasión.

El entusiasmo no conoció entonces límites; y Esquino mismo, contagiado con la emoción del concurso, exclamó: "Y ¡qué sería si hubieseis visto y oído al Monstruo!"

No puedo explicarme por qué el califi-

cativo de MONSTRUO en boca de Esquino y en tales circunstancias, constituye para mí el mayor elogio del contendor de Filipo y de Alejandro, y me da idea exacta del aspecto de aquél en la tribuna, donde lo veo, transfigurado y como poseído del dios de la patria; en desorden la cabellera, chispeantes los ojos, la voz tonante, imperativo el ademán.

Y hasta creo contemplar un rostro en que, por insólita alianza, se confunden las dos majestades de la naturaleza irracional, á saber:—el león y el águila.

A la fuerza del rey de los bosques, une Demóstenes la elevación de la señora de los espacios: algo así como el poderío de lo presente y la soberanía de lo porvenir.

De ahí el que se me antoje decirle cosmopolita por la conciencia y griego por el patriotismo.

Su desgracia, si tal cabe decirse del único poder que resiste á Filipo y á Alejandro en nombre de la dignidad humana, consiste en haber venido al mundo muy tarde ó muy temprano; desgracia no para Grecia, sino para Demóstenes mismo.

Como antecesor á la época en que vi-

vió, padece la nostalgia del tiempo ocasionada por los afectos que le mueven el alma; y más adelantado que sus coetáneos cuanto á los ideales del progreso vinculados en una república donde el orden se genere de la harmonía entre la justicia y la libertad, sufre el suplicio de la inercia absoluta impuesto á la soberana potencia.

Y es que se inspira en la victoria de los antepasados para aspirar á la república de lo porvenir.

Poseído del espíritu heroico de las guerras médicas, conserva el acento, prorrumpe en la voz de mando de los capitanes de Maratón, de Salamina, de Platea; y así como la sombra de Milcíades visita los insomnios de Temístocles, el ejemplo y la voz de Pericles sostienen á Demóstenes en la tribuna del Pnyx y lo empujan por los campos de Grecia para apellidar guerra en nombre de los fueros nacionales.

Mide las fuerzas de Filipo y de Alejandro como medía el *Olímpico* las de los aliados del Peloponeso; no á fin de capitular con ellas, sino para combatirlas ventajosamente: para debelarlas.

Habla en nombre de Atenas, no porque se inspire en la supremacía de un pueblo sobre los otros pueblos, ni en el dominio de una nación sobre las demás naciones; sino porque Atenas representa la Gran Patria griega: la Hélada, cuyo pabellón, roto, pero glorioso, puede ser reparado aún por la victoria.

Homero hace decir á Júpiter que aunque todos los dioses del Olimpo tirasen desde la tierra de una cadena para precipitarlo del solio supremo; él, el Saturnio, los traería á sí con un solo esfuerzo de su voluntad omnipotente.

Realiza Demóstenes la fantasía hiperbólica del cantor de Troya, cuando, al ver rodar á sus conciudadanos por la pendiente de la decadencia moral al abismo de la degradación, los detiene, los atrae, les señala el campo del honor; á él los conduce y en él los ordena para resistir al invasor extranjero que, disfrazado de libertador, pretende rematar la antigua, la sacrosanta independencia.

No importa de quien sea la victoria, ni cabrá mengua á los que sucumban en defensa del derecho: oprobio será del destino si permite el triunfo de la fuerza.

Pues así como hay hombres que avergüenzan al género humano con las apariencias de cierta grandeza impostora, hailos también que lo honran en los días calamitosos.

Prueba de esto último Demóstenes, quien, con sólo su palabra, detiene el carro triunfal de Filipo y pone turbación en el pecho de Alejandro, por más que á ambos cubra la púrpura imperial.

II

De los discursos de Demóstenes, el preferentemente y con mayor aplauso citado es el de La Corona; acaso porque, además de reseñar la historia de Atenas en sus heroicas postrimerías, presenta con todas sus faces y como reünida en un punto la vida del grande orador, en la forma del proceso más ruidoso á que asistiera Grecia, poseída de gratitud y de justicia.

Lo retrospectivo de los magnos sucesos que en él se refieren, añade vital interés á esta obra maestra de la tribuna, realzada por un veredicto que si honra á Demóstenes, hace resaltar el espíritu justiciero de Atenas,

ó por mejor decir: de la Gran Patria helénica.

Indudablemente: el discurso de La Corona es la apoteosis, y aun pudiera decirse: la *auto apoteosis* de Demóstenes; pero donde se ostenta éste en toda su grandeza, en toda su majestad oratoria, es en las Filípicas y en las Olintianas.

Con las Filípicas interpónese entre Filipo y la independencia de las naciones griegas, representada por la hegemonía de Atenas; y aunque no logra enardecer los ánimos hasta el punto que demandan el deber del ciudadano y los intereses legítimos de la patria común, pone, como quien dice, la chispa del bién en el pecho de cada ateniense, si no de cada griego, para que brille más tarde, alentado por la voz del mismo Demóstenes con las fervientes Olintianas.

Bastábanle ya los alegatos forenses á inmortalizar su nombre de orador, pues en ellos se encuentran los gérmenes, por decir lo menos, de aquella *razón apasionada* de aquella *dialéctica subyugadora* (*) que habían de ostentarse tan gallarda, tan vic-

---

(*) **Frases de Cicerón.**

toriosamente en los discursos políticos, para vivir en ellos como perpetua memoria del irresistible poder de la palabra.

Necesítase el irrecusable testimonio de la conciencia universal en la no interrumpida serie de veinte siglos, para creer, sin siquiera asomos de duda, que un hombre, un hombre solo, no asistido por la fuerza, y, más aún: combatido en el hogar mismo cuyos fueros defiende, pudiera detener, durante catorce años, al más astuto de los conquistadores: á Filipo, cuyo poder omnímodo, expresado con voluntad soberana, recibe en toda su plenitud, como debido homenaje, *il celere ubbidir* con que ponderó el poeta Manzoni la omnipotencia del último representante de la fuerza.

Denuncia Demóstenes los planes liberticidas de Filipo y sus bárbaras usurpaciones, entre el silencio complaciente, por no decir cómplice, de sus conciudadanos; y evocando recuerdos heroicos y gloriosas hazañas, insta, suplica por que se adopten resoluciones varoniles, que sean al propio tiempo expiación de pasados errores y prenda segura de victorias venideras.

Mas, como no bastasen la instancia y la súplica, impónelas con la infalible auto-

ridad de quien representa no sólo la dignidad de un pueblo, sino los fueros de la conciencia humana.

III

Resignados estaban ya los atenienses y con ellos los griegos todos, á reconocer la dominación macedónica, en vista de los triunfos de Filipo, quien, poderoso en armas, amenazaba el Atica; cuando acomete Demóstenes la empresa casi temeraria de levantar el decaído ánimo de sus compatriotas y persuadirlos á tomar resoluciones dignas de sí mismos y de sus antepasados, para salvar á Atenas, y con ella al Atica, y con el Atica á Grecia entera, del oprobio de la servidumbre.

La primera Filípica contiene las demás, que bien pueden considerarse como ampliaciones de las ideas en aquélla apuntadas, y á las que vuelve más de una vez el orador para imprimirlas profundamente en la conciencia de sus conciudadanos.

"Sí: puede vencerse á Filipo; y ¿por qué nó, cuando Filipo es menos poderoso

que Jerges, vencido por nuestros mayores?"

"Sí: puede vencerse á Filipo; y ¿por qué nó, cuando el macedonio no es más poderoso que el espartano, vencido por nosotros mismos?"

"Ya que no podamos emular lo pasado, no permitamos, á lo menos, nuestra propia infamia en lo presente, ni nos resignemos á presenciarla."

Tal es la idea capital de Demóstenes.

Después de enumerar los elementos en que abunda la República para llevar al cabo la patriótica empresa, sostiene y prueba que sin tardanza ha de acometerse; porque Atenas debe desconfiar de Filipo como de temible enemigo, siendo como es Atenas el único antemural del engrandecimiento macedónico.

Tan irresistible poder de elocuencia despliega Demóstenes en la primera FILÍPICA, que Filipo mismo, aconsejado por su natural astucia y transigiendo con las circunstancias del momento, firmó á poco un tratado de paz: tratado capcioso durante el cual si no hubo hostilidades ostensibles, húbolas encubiertas y más eficaces, pues se fió á la intriga de los malos patriotas el desacreditar sigilosamente la causa de

la República, para quien, decían, no quedaba salvación fuéra del protectorado de Filipo.

"Yo mismo," exclamó éste después de haber leído el discurso de Demóstenes; "yo mismo habría aprobado con mi voto "tal parecer, me habría declarado la gue-"rra, y nombrado á Demóstenes general "del ejército." (*)

En efecto: la primera FILÍPICA á la par que convence, conmueve: convence exponiendo razones frías, penetrantes, tangibles, dispuestas con la inflexibilidad de la lógica más rigurosa; conmueve despertando en el alma las sagradas emociones del patriotismo: de manera que el deber y el amor, las dos deidades de las almas nobles y generosas, enseñoréanse del ciudadano para inspirarle resoluciones varoniles.

Apodérase Demóstenes de la tribuna sin miramiento al derecho de los ancianos, como él mismo nos lo dice; y una vez en ella, comprende que ha de habérselas, no ya con los vencedores del persa y del

---

(*) OLIVIER. *Historia de Filipo*, citada por el eclesiástico D'OLIVET en su traducción francesa de LAS FILÍPICAS.

lacedemonio, sino con un pueblo cuasi corrompido por alguno de esos interregnos vergonzosos llamados paz, que no son en realidad sino oprobio de las naciones.

Por eso prorrumpe en el discurso diciendo:

"En primer lugar ¡oh atenienses! no os "desalentéis, por más adversas que las cir-"cunstancias actuales os parezcan; porque "de las mismas causas que han acarreado "vuestra perdición debéis sacar valor y "esperanza."

"¿Comprendéis lo que quiero deciros? "Pues quiero deciros que si es conflictiva la "situación que alcanzáis, culpa vuestra es, "ya que no obrasteis como debisteis."

"Razón tendríais para desesperar si, pre-"viniendo vuestras desgracias de hoy, hubie-"seis vanamente agotado ayer vuestros es-"fuerzos."

No insiste Demóstenes acerca de este punto, pero dice lo bastante para echarles en cára á sus compatriotas la criminal pereza que había traído la República á tan conflictiva situación.

La reticencia eufémica grita, como aquel silencio de que habla el orador romano.

"Vosotros, continúa, los que visteis con "vuestros propios ojos el poder ilimitado

"de Esparta, y vosotros, los que de fama "lo conocéis; traed á la memoria el valor "decoroso con que supisteis, no hace mucho, "armas en mano, contener aquel coloso en "los términos de la justicia."

"Y ¿á qué, me diréis, renovar en la "memoria tales hechos? Para demostraros, "atenienses; para haceros palpar que la "previsión puede precaveros de todo pe-"ligro, cuando la inercia, de seguro, os "perderá siempre."

"Ved aquí ejemplos de lo uno y de lo "otro: cuanto á la previsión, recordad que "ejerciéndola ayer, os hicisteis superiores, "con mucho, á los ejércitos lacedemonios; "al paso que la inercia os pone hoy bajo "las insolentes amenazas del macedón."

"Pero Filipo, se me dirá, al frente de "numeroso ejército y después de habernos "arrebatado tántas plazas, no puede ser "fácilmente vencido.

"Lo sé, atenienses; pero sé también que "en días no remotos fuimos señores de "Pidna, y de Potidea, y de Metona, y "de las comarcas circunvecinas; como sé "también hubo un tiempo, no lo olvide-"mos, en que la mayor parte de los pue-"blos ayer independientes y rendidos hoy

"á Filipo, mostrábanse menos celosos de "la amistad de éste que de la nuestra."

"Si en aquel entonces, Filipo, viéndose "sin aliados, hubiera temido arremeter con- "tra alguna de las repúblicas dueña de "plazas fronterizas, no habría acometido "ninguna de las empresas que ha llevado "á buen término; ni, ciertamente, alcan- "zado su poder el auge en que lo vemos. "Pero consideró dichas plazas como otros "tantos premios ofrecidos al valor de los "combatientes y destinados al vencedor; "comprendió que, según el curso ordinario "de los sucesos, los ausentes son despojados "por los presentes, y los imprevisores y "cobardes, por los que saben prevenir tra- "bajos y arrostrar peligros."

"De ahí el acrecentamiento de su po- "der; el que todo lo haya conquistado ó "atraídoselo á título de alianza."

"Porque, desgraciadamente, siempre se "abraza el partido más poderoso en activi- "dad y en fuerza."

"Si, pues, atenienses, desde hoy mismo, "ya que antes no lo hicisteis, raciocináis "del propio modo que Filipo; si cada "uno de vosotros, proveyendo á la necesi- "dad presente, quiere concurrir de buena

"voluntad al bién común en la medida "de sus fuerzas; los ricos contribuyendo "con sus caudales, los jóvenes alistándose "en el ejército; y, para decirlo todo en "una palabra: si cada cual está dispuesto "á proceder por sí mismo y para sí mis- "mo, sin esperar indolentemente en la "actividad de los demás; presto, muy presto, "atenienses, con la ayuda de los dioses, "repondréis lo perdido, que de otra manera "será imputado á vuestra negligencia; y "quedaréis vengados de Filipo."

"Ni os figuréis que la felicidad de éste "sea inmutable como la de algún dios. "Nó: que hay quiénes lo odian, y quiénes "lo temen, y quiénes lo envidian, aun "entre los mismos que parecen serle más "adictos. ¿Cómo suponer en los que lo asis- "ten la ausencia completa de las pasiones "humanas? Pero como se ven sin apoyo "no estallan. No los culpéis, pues; culpad "sí, á esa molicie, á esa inercia de que "debéis corregiros desde hoy mismo."

"Considerad, atenienses, el punto á que "ha llegado la arrogancia de Filipo."

"Este hombre no os otorga siquiera el "derecho de escoger entre la paz ó la "guerra: os amenaza, y no de cualquier

"modo, sino con altivez y con ultrajes."

"No satisfecho aún con tántas conquistas, "adelanta cada vez más y más; y mientras "vosotros temporizáis indolentes, os en- "vuelve, os asedia por todas partes."

"¿Para cuándo aplazáis el cumplimiento "de vuestros deberes públicos? ¿Esperáis, "acaso, algún acontecimiento excepcional? "¿O aguardáis que la necesidad os fuerce "á ello? Pero,..... atenienses, ¿qué extra- "ña idea os habéis formado de los sucesos "que todos presenciamos?"

"No hay más ingente necesidad para el "hombre libre, que la de borrar la ignominia "con que voluntariamente se ha cubierto."

"Y ¡qué! ¿cuánto tenéis que hacer es, "decidme, preguntaros únos á ótros cuan- "do vais de paseo por la plaza pública: "*¿Qué hay de nuevo?*"

"¡Oh! y ¿queréis mayor novedad que "la de ver al macedón enseñoreado de "Atenas é imponiendo la ley á Grecia "toda?"

—"*¿Ha muerto Filipo?*"—"*No, pero está* "*enfermo.*" ¡Quiá! Y ¿qué os importa el "que muera ó viva? El día en que Filipo "no os tiranice ya, presto, muy presto, "atenienses, os daríais ótro, si no cambiáis

"de conducta; porque Filipo ha llegado á "ser lo que es, no tanto por su propio "esfuerzo, como por negligencia vuestra".

No perdona Demóstenes ningún medio para despertar el dormido heroísmo de sus conciudadanos; y después de haber hecho vibrar intensamente la fibra patriótica con los anteriores conceptos, que bien pueden estimarse como el sumario de un código de filosofía política; enumera, según antes dije, los recursos victoriosos de Atenas; traza el itinerario de la victoria en guerra ofensiva y sin tregua; y concluye pidiendo se castiguen como traidores á los que concibieron y propusieron el Tratado de paz con Filipo.

Faltaba algo, empero, á esta obra maestra del ingenio, de la honradez, del patriotismo y sobre todo del valor civil,—corona inmarcesible del ciudadano, y sin el cual no puede existir la República.

El ateniense, entre todos los pueblos antiguos, temía más que á la muerte al ridículo, con ser la muerte la trastornadora de la infinita harmonía, informada en el universo.

El ridículo era, pues, arma poderosisíma en Atenas; arma que no desdeñaron ma-

nejar ni Sócrates el austero, ni Aristides el justo.

No podía Demóstenes dejar de esgrimir tan poderosa arma; pero cuando la esgrime, y como para hacer resaltar más y más la decadencia de sus conciudadanos, finaliza con el sarcasmo lo que principia en la piedad y en la confianza que le inspiran los dioses tutelares de Atenas, no sin rendir el debido homenaje á aquella exquisita cortesía ática; á aquel respeto por lo desconocido y arcano, que mira Cicerón como ley capital de la tribuna, y según la cual no deben proferirse jamás en ella palabras siniestras ni ominosas: *verba male ominata,* sino envolviendo tales ideas con términos oscuros y misteriosos, en gracia del propio y del ajeno decoro.

"En verdad, continúa: si en fuerza de "imprevisibles accidentes aconteciere que "la fortuna, propicia siempre más que "nosotros mismos á nuestros propios inte-"reses, quisiera, como lo deseo, terminar "su obra; todo lo podrías osar, aun entre "las turbaciones de alguna subitánea re-"vuelta, con tal de que estuvierais prepa-"rados para prevalecer en ella. Pero como "nada tenéis determinado, ni en prepara-

"tivos, ni en proyecto siquiera; ya que "las más felices circunstancias os abriesen "las puertas de Anfípolis, ...¡no entra-"ríais en Anfípolis!"

Representaos el gesto, el ademán, la figura del orador, el timbre de su voz cuando acusa de cobardía á los atenienses, y os encontraréis frente á frente de la elocuencia misma, que brota de los labios de un sér, humano por la carne, divino por el verbo.

Aquel:—"*No entraríais en Anfípolis,*" es el cauterio sobre la llaga viva.

Por más que el pueblo de Atenas durmiese en la ignominia, el sarcasmo crudelísimo ha debido producirle la impresión de las mordeduras del áspid en las entrañas del soñoliento.

Y no es de poca monta el riesgo en que se pone Demóstenes; porque si Atenas no era ya la ciudad de Minerva, los atenienses, degradados por sus propios procederes, pretendían encubrir la merecida deshonra con la gloria de sus mayores, invocándola á cada paso para profanarla, sin sacar de ella ninguna virtud regeneradora.

La soberbia ocultaba la vileza, como el verde limo las corrompidas aguas del estanque.

Pero es tan irresistible la atracción del deber, que hasta las conciencias paralíticas lo reconocen y confiesan, siquiera en silencio y con los labios, entre las torturas del remordimiento.

En este punto Demóstenes no es ya el orador del Estado, sino el justiciero nacional; su poder omnímodo, su autoridad suprema, su energía olímpica, sin atenuación de misericordia.

Es el dios que flagela á un pueblo, pero que lo flagela para despertarlo de sopor infamante.

Y ¡qué flagelo! No calla uno solo de cuantos insultos le ha escupido Filipo á la República, desde la sorpresa de Lemos y de Imbros, de donde se llevó cautivos á tántos atenienses, y el desastre de Geresta, que lo puso en posesión de inestimables presas; hasta la captura de la galera sagrada, símbolo heráldico de la victoria de Salamina.

"Procedéis, les dice por fin, en vuestras "guerras con Filipo, como el bárbaro cuando "combate, quien, al recibir un golpe lleva "la mano al punto dolorido; y así mismo "á los demás donde le pega el contrario, "sin curarse de prevenir el ataque; por-

"que como no tiene destreza para ello, ni "siquiera lo intenta."

"Así vosotros en esta guerra."

"Si oís decir que Filipo ha caído sobre "el Quersoneso, ahí enviáis socorros; si sobre "las Termópilas, ahí acudís luégo; si á "otros lugares se dirige, lo seguís á ellos; "ya á la derecha, ya á la izquierda, como "si estuvieseis á sus órdenes; sin proyecto "premeditado, sin ninguna precaución, y "en la sola espectativa de algún desastre "que os ponga en movimiento."

Derrama Demóstenes, por decirlo así, su alma en las Filípicas restantes; y como el músico que se apodera de un tema patético y lo desenvuelve, innovándolo, en inagotables variaciones; así él, siempre elocuente en la ubicuidad de su propósito, no da tregua al patriótico esfuerzo por levantar á aquel pueblo de la postración en que yace. Pero el pueblo, atento á las palabras y negligente para las obras, aplaude la voz del orador sin seguir su dictamen; complácese, deléitase en un arte estéril sin proveer á su propia suerte; y mientras con mayor claridad se le demuestra la mala fe de Filipo respecto de Atenas, y los encubiertos planes que trama

para obtener el dominio de Grecia, mayores son los embarazos públicos.

No se desalienta, empero, Demóstenes; antes bien, continúa, impasible, en su obra, puesta la conciencia en el deber y apercibida el alma al sacrificio. Diríase estarle encomendada la salvación de la honra nacional; que ha aceptado el encargo; y que lo cumplirá por sobre cuantos obstáculos pueda oponerle la cobardía de únos, la venalidad de ótros y la indiferencia de casi todos.

Fue en tal situación cuando profirió aquella frase, sencilla y á la par profunda, que ha llegado hasta nosotros como ley suprema de las circunstancias dificultosas: ACTOS, NO PALABRAS.

"Cuando se quiere reprimir á los usurpa-
"dores, ordena, lo que se necesita, atenienses,
"es poseerse de la fortaleza que inspira
"actos, no palabras."

"¿Basta, acaso, en la situación á que
"nos vemos reducidos, alegar que la jus-
"ticia está de parte nuestra?"

"Tranquilos encontráis, sea en vuestras
"propias luces, sea en nuestras arengas,
"razonamientos mejores que los de Filipo,
"según los principios de la justicia; pero
"cuando se trata de rechazar enérgica-

"mente al invasor, sólo obedecéis á vuestra "indolencia."

"De ahí (y lo uno es consecuencia ne-"cesaria de lo otro), de ahí el que vos-"otros y Filipo salgáis avante en lo que "mira al objeto del estudio; con la dife-"rencia de que Filipo triunfa en las obras "y vosotros en el razonamiento."

Toda la teoría de la Boetie sobre la servidumbre voluntaria está resumida en los párrafos últimamente citados, y no como quiera, sino con la evidente previsión del genio. Diríase á Demóstenes asistente en espíritu á las futuras caducidades de pueblos transeuntes del heroísmo á la esclavitud, como del día á la noche; de pueblos que, después de haber derrocado tiranías duras pero francas, matadoras del cuerpo, sométense voluntariamente á despotismos hipócritas, asesinos del alma.

Superior á Atenas, superior al Atica, superior á Grecia misma, el contendor de Filipo puede proclamarse á sí propio campeón de la libertad humana, justiciero inexorable de opresores y de oprimidos y *ciudadano de los siglos futuros.* (*)

(*) Frase que pone SCHILLER en boca del marqués de POSA en el drama DON CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

IV

Parece indudable que las FILÍPICAS y las OLINTIANAS fueron pronunciadas á la vez y alternativamente en un período de catorce años, es decir: desde la ocupación de Anfípolis por Filipo, hasta la toma y destrucción completa de Olinto por él mismo.

Ello es que únas y ótras constituyeron el ejército más formidable contra el poderoso macedón, no obstante el marasmo del pueblo ateniense, quien ni vio el peligro ni creyó en él, sino cuando triunfante el invasor, allanaba, no ya sólo el Atica, sino el solar mismo, resguardo de Atenas.

Prescinde Demóstenes en la primera OLINTIANA de hacer resaltar el poderío de Filipo, temeroso acaso, por una parte, de enaltecer la enemiga, amenazadora gloria, y por otra de aumentar la vergüenza de sus conciudadanos.

Porque mientras mayores fueran los triunfos del ambicioso rey, más extraordinaria aparecería su autoridad; y mientras más propicias las circunstancias por los atenienses desperdiciadas, mayor el oprobio y el vilipendio.

Relega, pues, al silencio la grandeza postiza de Filipo; indulta á los atenienses de errores que estaban á punto de expïar como crímenes; y atento sólo á la salud de la patria, advierte al pueblo de los peligros que lo rodean, y propone los medios para prevenirlos.

Con menos ardor, pero con patriotismo más reflexivo que en las FILÍPICAS, ocupa Demóstenes la tribuna para ilustrar al pueblo acerca del partido que había de adoptarse con motivo del cerco de Olinto y del socorro que una diputación de esta ciudad solicitaba de Atenas en tan grave emergencia.

No le era, empero, familiar el estilo que hoy decimos medio.

Apenas subsiste en él por algunos momentos consagrados á la confianza que debían poner los atenienses en los dioses inmortales, vistos sus flagrantes beneficios; y luégo, dando de mano á cuanto no fuera combatir directamente con Filipo, cae de nuevo sobre él para presentarlo como enemigo vulgar á quien puede vencerse con sólo quererlo varonil y enérgicamente.

Hé ahí lo que de sus conciudadanos reclama:

"No esperéis, díceles, que me extienda "en esta ocasión acerca de las conquistas "de Filipo, ni que con ello trate de reani- "mar vuestro enervado aliento. ¿A qué "fin? Tal circunstancia no cedería sino "en gloria del invasor y en oprobio vues- "tro. Sí: porque mientras más inauditos "aparezcan los triunfos de este príncipe, "más admirable se presentará él á vuestros "ojos; y, al contrario, mientras más favo- "rables las ocasiones por vosotros frustradas, "mayor ha de ser vuestra vergüenza."

"Pasaré, por tanto, en silencio cuanto mire "á la grandeza de Filipo, pues basta sólo "pensar en ella para mirar que es exclusiva- "mente obra vuestra."

No faltaban en Atenas mismo admiradores de Filipo; y aun comenzaba á pulular por todo Grecia, aquella turba, cortesana de la victoria, que para justificar sus ansias serviles, disfrazábalas con la aspiración á la unidad nacional, torpe sofisma contra el cual se alzaba, con heroicas verdades, la historia de las guerras médicas y la del Peloponeso; sofisma cobarde, que cubría de vergüenza las tumbas venerandas de los próceres atenienses, desde Milcíades hasta Pericles.

Rehusa Demóstenes así la admiración como el temor á quien se ha engrandecido trajinando por las tortuosas sendas de la traición y del crimen; y firme é ileso en medio de medrosas degradaciones, sólo adora en el altar de la patria al ídolo de la independencia.

Oigámoslo desenvolver tan nobles ideas en varoniles pensamientos.

"Erróneo sería el figurarse que Filipo, "siquiera sea dueño de tántas plazas y de "tántos puertos, y porque haya alcanzado tal "importancia y tan segura, subsista poderoso "para siempre. Verdad que cuando el poderío "se funda en el amor de los pueblos, y gue-"rrean los aliados con el mismo legítimo "interés, ningún trabajo los detiene, ningún "revés los desalienta; nada puede hacer-"los cambiar de partido."

"Pero cuando la grandeza no es obra, "como la de Filipo, sino de la ambición "y de la mala fe, el más ligero obstáculo, "el menor contratiempo basta para des-"quiciarla y abatirla. Porque no es posi-"ble, atenienses; nó, no es posible, que "el injusto, el impostor, el perjuro, viva "de asiento bajo el palio del triunfo. Po-"drá vencer alguna vez y realizar casual-

"mente parte de sus locas esperanzas; mas, "al ser conocido, no tarda en contemplar "por tierra el edificio de su falso encum-"bramiento."

"Y así como para que sea duradera "la casa, el bajel, la fábrica, en fin, deben "descansar sobre sólido fundamento; del "propio modo para ser feliz toda empresa "ha de tener por principio y por base la "verdad; y hé ahí precisamente, de lo "que carecen las de Filipo."

Ignoro si alguna vez se ha igualado (superado nunca) el arte oratorio con que expone Demóstenes la falsa posición de algún usurpador y lo precario de su poder, siempre que los tiranizados quieran derribarlo. Cobra la idea en el orador-príncipe, color, forma, vida; y aparece en el pensamiento, no ya aérea, envuelta en sonidos, sino visible y palpable como el cuadro ó la estatua.

Ahí está Filipo con su delirio de gloria, con sus bajas pasiones capitaneadas por la envidia, con sus vicios vergonzosos; ahí sus tenientes echando menos el cielo de la patria y el calor amoroso del hogar, sacrificados en aras de un déspota cuya ambición no saciarían todas las grandezas

de la tierra; ahí los estipendiarios extranjeros, que cobran en oro su tarea de exterminio; ahí, en fin, toda la locura y la corrupción toda de Filipo.

El manto del triunfo cubre ahora la lepra del vicio, porque siempre fue dado hacerlo á la prosperidad, seductora de la mayoría de las gentes; pero el imperio de la mentira es efímero y la grandeza de los déspotas el espejismo de la historia.

"Cuando se consideran las prosperidades "de Filipo, continúa Demóstenes, hay razón, "convengo en ello, para juzgarlo poderoso "enemigo; porque la próspera fortuna ejer- "ce irresistible influïencia en las cosas hu- "manas. Mas, en verdad: si se me diese "á escoger entre vuestra suerte y la de "Filipo, y os viese resueltos á cumplir, "siquiera en parte, vuestros deberes; no "vacilaría, y me declararía por vosotros, "seguro de que vosotros merecéis, antes "que él, la protección del cielo."

"Por desgracia vosotros yacéis en la "inacción, sin pensar en que la indolencia "no puede captarse el amor ni el socorro "de los hombres, y menos aún aspirar á "la protección de los dioses."

.....

"Démades, corrompido por el oro de "Filipo", dice Atanasio Auger, el elegante traductor francés de las OLINTIANAS "com-"bate enérgica, aunque inúltilmente, la opi-"nión de Demóstenes."

La patriótica arenga de éste levanta á los atenienses de la vergonzosa indolencia en que vegetan; decrétanse auxilios á Olinto, consistentes en treinta galeras y dos mil soldados; y Chares, investido con el mando de la expedición, sale, por fin, á vindicar los ultrajados fueros de la justicia.

Pero Chares, sin plena conciencia de su encargo, es uno de tántos héroes de parada que se nacen y medran en las épocas oprobiosas de las decadencias populares, y que, socorriéndose con la mentira, convierten el mando en instrumento de latrocinios.

Lejos de correr en socorro de Olinto, dirígese á Palena, donde alcanza facilísima victoria sobre unos pocos montoneros extipendiarios de Filipo; y disfrazado de vencedor regresa á Atenas, donde celebra con espléndido banquete su mentiroso triunfo.

El pueblo, eterno niño, deslumbrado con tánta magnificencia, mide por ella la magnitud de la postiza victoria, y premia con áurea corona al despreciable histrión.

Llegó á tal punto el estravío de la razón pública, que no se pensó ya sino en castigar á Filipo; y Filipo, entre tanto, adelantábase de día en día por el camino de la victoria, pasando por sobre la letra muerta de los decretos con que en su locura pensaba vencerlo el ateniense.

"Sabed, gritábales Demóstenes, que todo "decreto es inútil si no va seguido de la "voluntad firme de ejecutar sin dilación "lo que en él se ordena. Que si los de-"cretos tuviesen fuerza material para im-"poneros su ejecución, ó si pudieran por "sí mismos efectuarse; vosotros que multi-"plicáis los decretos hasta lo infinito, no "veríais andar con tal lentitud vuestros "asuntos, por no decir que no los veríais "en tal inercia.....

.....

"La palabra y la deliberación preceden, "en verdad, á la acción; pero la acción "prevalece sobre ellas por la excelencia y "por la eficacia."

....

.....

Di quel securo il fulmine
Tenea dietro al baleno.

La osadía de Filipo, movida por su desatentada ambición, ha llegado al colmo.

¿Qué se aguarda, pues, para poner por obra los medios de salvación común? ¿No se ha apoderado el invasor de las más importantes plazas, con vilipendio de sagrados pactos? ¿O se impondrá Atenas el deshonor de verlo posesionarse del Atica? Y ¿tal conducta no equivaldría á secundarlo, á ayudarlo eficazmente en sus liberticidas empresas?

Ved cómo pone de resalto Demóstenes tan patrióticas previsiones, que tienden á escudar la honra de la Gran Patria griega.

"Cuando ocurre alguna derrota, ninguno "de los fugitivos se la achaca á sí mis- "mo, sino á su general, á sus conmilitones, "ó á cualquiera otro. Y sin embargo: el "desastre no se consumó sino porque todos "huyeron; que si el acusador hubiera cum- "plido con su deber; si cada cual hubiera "hecho otro tanto, la victoria habría coro- "nado el esfuerzo común".....

Es de notarse que Demóstenes entrevera siempre en sus discursos las demostraciones lógicas con las peroraciones patrióticas, ó lo que es lo mismo: hace que á la convicción, hija del raciocinio, siga la emo-

ción, que arrebata y conmueve: llama á la inteligencia, y una vez que ésta se posesiona de la verdad, encomienda lo demás á los nobles arrebatos del alma, propulsores del heroísmo.

Por eso, agotadas las tangibles demostraciones lógicas, implora en su ayuda los sagrados recuerdos que constituyen la religión de la patria, y fía á la nobleza de los afectos la realización de los dictados del deber.

Y ¡con cuánta maestría sabe ejecutarlo!

"Vuestros padres, dice, á quienes los ora-
"dores coetáneos suyos no intentaron nunca
"lisonjear, y que, por su parte, no acaricia-
"ron jamás viles adulaciones, imperaron
"en Grecia durante largos años. Y sometíase
"Grecia de buena voluntad al imperio de
"ellos; y atesoraron más de diez mil talen-
"tos; y obedecíales el rey de Macedonia
"como el bárbaro debe obedecer á los
"griegos; y alcanzaron en mar y en tierra,
"con sus propias milicias, muchas y muy
"célebres victorias; y fueron los únicos
"entre los hombres que conquistaron con
"heroicas hazañas gloria insólita superior
"á la envidia."

Dudo mucho que algún poeta ó histo-

riador ú orador, antiguo ó moderno, haya expresado con mayor alteza la alabanza legítima de un pueblo.

Conquistar GLORIA INSÓLITA SUPERIOR A LA ENVIDIA, es llegar á la cumbre de la grandeza humana.

No hay más allá.

V

Con la tercera y última OLINTIANA penetra Demóstenes en las ignotas regiones de lo porvenir, cuyos sucesos predice, deduciéndolos de los hechos pasados y de los presentes.

En su dialéctica despunta ya una como aurora de la filosofía de la historia, movida por las auras de ultratumba, que traen consigo, según la misteriosa expresión de Eurípides, el espíritu profético de las sibilas.

Como el patriotismo es para Demóstenes religión y la patria Dios, transfórmase de orador en profeta.

Así: después de haber llamado la atención de los atenienses acerca de cómo Filipo, débil en sus principios, había llegado á ser tan poderoso, y de seguirlo paso á paso

en su carrera de triunfos desde Anfípolis hasta Pidna, y desde Potidea y Metona hasta Tesalia; después de haberlo pintado dueño y señor de Feres, y de Pegaza, y de Magnesia, y de cuanto abarca la mirada de su ambición; fulmina la criminal indolencia de los atenienses, y sin rodeos ni ambajes condénalos como aliados y colaboradores de Filipo; reos, por tanto, de lesa-patria.

En esta OLINTIANA la elocuencia de Demóstenes llega hasta llevar al ánimo de los atenienses la convicción de socorrer nuevamente á Olinto; y ello, no ya sólo con raciocinios dictados y sostenidos por la más vigorosa lógica, sino con demostraciones evidentes en que campea la seguridad de los números.

Sostener con la una mano á Olinto y guerrear con la otra en los propios dominios del rey de Macedonia,—hé ahí la táctica que, según Demóstenes, abonaría el triunfo de Atenas y consumaría la ruina de Filipo.

La idea no era original, pero sí de resultados infalibles: era la misma de Pericles en la guerra del Peloponeso, cuando proponía llevar el desconcierto á los aliados

y la victoria de Atenas en la proa de sus bajeles.

¿Qué mucho? El Olimpico y el Monstruo son genios de la misma raza; beben en la misma fuente de inspiración; y caminan directamente al mismo punto, que es: el engrandecimiento de la patria.

VI

Tarde se decidió Atenas á seguir las patrióticas indicaciones de Demóstenes; la traición previno á la justicia y á la utilidad; y Olinto, entregada por Eutícrates y Lastenes, á quienes, como á dos de sus principales hijos, confiárase la defensa de los fueros patrios, pereció bajo el ariete vengativo del vencedor, quien no indultó ni á los traidores mismos.

Reconoció Atenas la para ella infausta fortuna del invasor, ya que se apercibiese á caer anegada en su propia sangre sobre los memorables campos de Queronea, sepulcro de la grandeza y de la libertad de Grecia toda; y de aquel conflicto de tántos años, sólo quedaron, de un lado la varonil, la honrada, la incontrastable elo-

cuencia de Demóstenes; y del otro las indolencias del pueblo ateniense, que expïó en la esclavitud, como crímenes irremisibles, sus anteriores faltas.

Diga lo que quiera Plutarco, Demóstenes en el campo de batalla no fue inferior á Demóstenes en la tribuna del Pynix; y así lo comprueba el que los atenienses le absolviesen de haberse salvado en Queronea, donde combatió bajo el mando de Lisicles, general del ejército, y, por tanto, único responsable del desastre, así como habría sido el representante de la victoria entre las aclamaciones del triunfo.

Nó: no deserta Demóstenes de las banderas de la patria, sino cambia de campo de batalla: deja de combatir en Queronea para ir á luchar cuerpo á cuerpo desde la tribuna con los malos atenienses, con los traidores vendidos al oro de Filipo; y á su no igualada elocuencia, que obró en aquella ocasión el milagro de transformar á Atenas, cercada de pavor, en baluarte inexpugnable, y á fugitivos derrotados en esforzados héroes, debióse que el vencedor depusiera su sed de venganza y retrocediese, convencido de la esterilidad de su victoria, si no la cimentaba en la clemencia.

Sólo un pueblo corrompido y cobarde hace responsables de las desgracias por él mismo ocasionadas, á la inocencia y al heroísmo fatalmente vencidos.

VII

La oratoria de Demóstenes nos presenta un problema psicológico no resuelto aún, y es: si en el orador de las FILIPICAS, de las OLINTIANAS y de LA CORONA, el arte dominó y adiestró á la naturaleza; ó si ésta, de suyo, habría producido aquellos prodigios de elocuencia que han llegado á nosotros pregonados por la admiración de tantos siglos.

Sus ensayos en la oratoria tribunicia, propiamente hablando:—en la oratoria *al raso*, fueron tan desgraciados, que alguna vez hubo de resignarse á no ocupar jamás una tribuna en la que se veía pospuesto hasta á los groseros marinos del Pireo; y sólo impulsado por Eunomo de Triusta, que descubría en él cierto modo de decir muy semejante al de Pericles, y por las lecciones de declamación del cómico Sátiro, persistió en cultivar el arte oratorio.

"En cosecuencia, dice Plutarco, hizo cons-
"trüír un estudio subterráneo, que aun se
"conserva; y bajando á él se ejercitaba en
"formar y variar, tanto la acción como el
"tono de la voz; y muchas veces pasó allí
"dos y tres meses continuos, no afeitándose
"más que un solo lado de la cabeza pa-
"ra no poder salir aunque quisiera, dete-
"nido por la vergüenza."

"De donde nació la opinión, añade el
"mismo biógrafo, de que no era naturalmen-
"te facundo, sino que su habilidad y su
"fuerza se debían al trabajo; de lo cual
"parece que es también una convincente
"prueba el no haber oído nunca nadie á
"Demóstenes hablar extemporáneamente; y
"antes sucedió que estando sentado en las
"juntas, y siendo llamado del pueblo mu-
"chas veces por su nombre, no se presentó
"nunca si de antemano no estaba dispues-
"to y prevenido para hablar."

Y sin embargo: contra este parecer, que atribuye la elocuencia de Demóstenes al arte, y sólo al arte, hay opiniones de no poca cuenta.

Esquino, el más poderoso de sus rivales y competidores, gradúalo de admirable, precisamente por la soltura en el decir; Pitón

de Bizancio, cuyos discursos califica Plutarco de *torrentes de palabras*, párase detenido por alguna improvisación de Demóstenes; y como Lamaco Mirréneo leyese en los juegos Olímpicos el elogio de Filipo y de Alejandro, expresamente escrito para el caso, asumió Demóstenes la defensa de los vencidos contra los vencedores, mudando en favor de aquéllos los ánimos de cuantos componían el concurso.

Compartiendo estas opuestas opiniones, paréceme acertado creer que poseía Demóstenes lo que hoy decimos *temperamento oratorio;* no tan despierto que desde luégo se manifestase dando golpe, pero sí dócil y fácil á las enseñanzas y cultura del arte: á que se agrega el medio social y político que constitüía la civilización ateniense, tan propicia á las manifestaciones de la elocuencia oratoria.

Era, en suma, todo lo contrario de Démades, quién en el sentir de Plutarco, entregado á su propio ingenio ó llevado de él, producíase invencible; y hablando de pronto confundía el esmero y prevención de Demóstenes.

No daban exclusivamente á éste la palma de la tribuna algunos varones atenienses, insignes por el saber y por la rectitud.

Refiere Aristón de Quío que preguntado Teofastro acerca del mérito oratorio de Demóstenes, resumió su juicio diciendo:—"Es digno de la ciudad;" y como lo apurasen añadiéndole: —"¿Y Démades?"—"Sobre la ciudad;"—dijo, sin vacilar siquiera.

Polieucto de Esfecia, personaje del gobierno en Atenas, dice á Demóstenes perfectísimo, pero encontraba más vigor y energía en los discursos de Foción, como que encerraban alto y profundo sentido en breves palabras; táchalo Demetrio Faléreo de cortesano de las muchedumbres, á cuyo agrado sacrifica, añade, el antiguo decoro oratorio, descendiendo hasta femeniles coqueterías. Demóstenes mismo confirma el sentir de Polieucto acerca de la superioridad de Foción, á quien temía hasta el punto de llamarlo el hacha de sus propios discursos; y apunta Plutarco: "Que si en los asuntos que trató, al amor de la gloria y á la nobleza de los pensamientos se hubieran unido el valor militar y el haberse en todo limpiamente, habría sido digno de que en el número de los oradores se le colocara, no al lado de Mirocles, Polieucto é Hipérides, sino más arri-

ba, con Cimón, Tucídides y Pericles. (*)

No se compone, por cierto, este último juicio con el que nos da el mismo biógrafo respecto del propio Demóstenes, cuando afirma á renglón seguido: que prevaleció sobre todos los oradores de su tiempo, exceptuando á Foción; y que ninguno de sus émulos ó rivales habló con más libertad que él al pueblo ateniense, ni resistió con más energía á sus deseos, ni increpó con mayor entereza sus desaciertos; y trae en abono de tal dicho, con referencia á Teopombo: que enardecido contra Demóstenes el pueblo ateniense á causa de haber rehusado el Orador encargarse de sostener cierta acusación injusta, díjoles:—"Por "consejero me tendréis ¡oh atenienses! aun-"que no lo queráis; pero por calumniador "nunca, aunque os empeñéis en ello."

Y si se quisiere alguna otra prueba de que no fue cortesano de la fortuna ni de los caprichos de las muchedumbres, recuérdense las terribles reprehensiones, por decir lo menos, en que abundan las FILIPICAS y las OLINTIANAS; su opinión, siquiera fuese tácita, acerca de los fondos legalmente apli-

---

(*) PLUTARCO, *Varones Ilustres. Demóstenes.*

cados para ser distribüídos entre los asistentes á las asambleas públicas; el paralelo que, con mengua de sus coetáneos, establece entre éstos y los atenienses y demás griegos de las guerras médicas; y sobre todo, aquella nunca bien admirada frase; aquel: —*No entraréis en Anfípolis*, que, á manera de estigma, estampa en la frente del pueblo ateniense para despertarlo de su cobarde postración.

Y el pueblo ateniense, que, como todos los pueblos, no hacía obras malas sino instigado por los malos, y era intuitivamente justiciero y generoso como fuerte al fin, no sólo pospuso con desprecio la acusación promovida contra Demóstenes por sus enemigos, los mercenarios de Filipo, con motivo del desastre de Queronea; sino le confió nuevamente la dirección del gobierno, y reclamó de su palabra el elogio de los que cayeron en aquel campo funesto bajo los pendones de la Gran Patria griega.

Todo el peso de los victoriosos trofeos de Filipo y de Alejandro no pudo anonadarlo; y tanto á la muerte del primero, enseñoreado ya de la tierra, como á la del segundo, vencedor del Asia, intentó levantar á su antigua gloria la esclavizada Grecia.

Proscrito, errante, desdeñó refugiarse en la morada de los poderosos, y fue á caer á la sombra del santuario, ofrendando valerosamente la vida en aras de los dioses, ya que las aras de la patria estaban profanadas y rotas por los mismos á quienes se encomendara su guarda y su defensa.

VIII

Incompleta habría quedado la gloria de uno de los máximos oradores atenienses, si le hubiera faltado el ataque alevoso de la calumnia, tan bien recibido y aceptado por la maldad, pero precario y vano como el polvo que alza el viento en los caminos públicos.

La calumnia es hermana gemela de la envidia, y ambas nacieron de la soberbia, fecundada por su propia impotencia.

Como la madre que las llevó en sus entrañas, están condenadas al suplicio de la desesperación, que al fin y á la postre les inflige la verdad con sus triunfos modestos pero imponentes.

Ni en el infierno penetra la esperanza, ni la santa alegría en el corazón del soberbio.....,

Por eso una de las señales inequívocas del alma buena y justa es el aplauso que da espontáneamente á la virtud y al ingenio.

IX

El desastre de Queronea no desalentó á Demóstenes, quien, muerto Filipo, creyó que la próspera fortuna podría sentarse nuevamente bajo las banderas de la antigua Hélada; pero la tristísima suerte de Tebas, cuyas ruinas humeantes publicaban las victorias de Alejandro, advirtieron á los griegos que sólo habían cambiado de amo, y que en lugar de habérselas con el raposo, ávido de poder, tendrían que luchar con el simio, ebrio de venganzas y de lujurias.

A la muerte de Filipo, el mundo antiguo descendió de la fementida clemencia dictada por la utilidad, á las venganzas crüeles impuestas por la soberbia y llevadas al cabo por las más sucias de las concupiscencias.

Hubo, sin embargo, uno como día de sol en medio de aquella noche borrascosa de

tres lustros; y fue el espectáculo de la coronación de Demóstenes; triunfo el más espléndido que haya alcanzado ningún mortal. Porque no se coronaba sólo al ingenio y al valor cívico en la persona del orador, sino también á la abnegación en el servicio de la República; á la fe inquebrantable; al heroísmo, que armado con la palabra, obraba el milagro de resistir al poder de las armas, poniendo en fatal contingencia su victoria; á la virtud, en fin, vencida pero no deshonrada, y cuya desgracia trágica salvaba la honra de la patria.

Ello, empero, no fue obstáculo para que cayesen nuevas y mayores desgracias sobre Demóstenes.

Harpalo, gobernador que había sido en Macedonia, cargado de riquezas y cansado de sus propias abyecciones, abandonó el empleo; mas, temeroso de las cóleras del amo, corrió á ponerse bajo la protección de Atenas, cuyos oradores se propuso ganar con larguezas y dádivas, á fin de poner en salvo los mal adquiridos tesoros. Opúsose Demóstenes á la admisión de aquel huésped que atraería de nuevo las iras de Alejandro sobre la ya postrada República, en la primera asamblea que al efecto se tuvo; y co-

mo en ella quedase indeciso el asunto, y Demóstenes, en otra que próximamente y con el mismo fin se celebrara, abstuviérase de hablar por cierto impedimento físico insuperable, achacóse á ruin venalidad su conducta.

Con tal motivo constituyóse Estratocles en acusador de Demóstenes y Dinarco en sostenedor de la acusación; de donde resultó condenado el gran patriota á la multa de cincuenta talentos, que, como no pudiera pagar, le acarreó legalmente una prisión por tiempo indefinido.

El pueblo, dando al olvido los altos servicios del más constante defensor de sus libertades, ratificó con injusticia la sentencia de la envidia y del odio.

Porque Estratocles y Dinarco no eran sino calumniadores, ó mejor: los continuadores de la infame obra de Esquino, cuya acusación contra Demóstenes en el proceso de La Corona, imita ó copia servilmente el segundo.

"Demóstenes, diga lo que quiera Plutarco, "afirma el historiador francés Pierrón, nada "había recibido de Harpalo; y ello se com- "prueba con las protestas constantes de "aquél, á las que con justicia damos crédito."

"El tesorero de Harpalo, aprehendido en "Rodas por el macedonio Filoxeno, y puesto "en tortura, reveló el nombre de todos aque-"llos á quienes Harpalo cohechara, sin men-"cionar nunca á Demóstenes; y Filoxeno, "á quien no movía ninguna razón para silen-"ciar el crimen del enemigo irreconciliable "de Alejandro, tuvo la lealtad de justifi-"carlo en las cartas que escribió á los ate-"nienses con motivo de llevar á conocimien-"to de ellos lo que acababa de saber." (*)

No tardó Atenas en reparar aquella flagrante injusticia, y su primer acto al incorporarse del sueño de la esclavitud, fue rehabilitar la memoria del constante defensor de su independencia.

Sancionóse decreto por virtud del cual se le erigió á Demóstenes una estatua de bronce, en cuyo pedestal se leía el elogio del orador y del patriota.

Ofrenda propiciatoria á los manes del grande hombre; pero más que esto, reparación debida á la justicia; expiación de una falta que deslustraba las virtudes de Atenas y su culto por la verdad.

(*) Acerca de este particular, además del juicio de Pierrón en su HIST. DE LA LIT. GRIEGA, puede verse lo que trae Pausanias, citado por el español A. Roda, en su bello libro titulado LOS ORADORES GRIEGOS.

Hé aquí, según Plutarco, la inscripción referida:

"Si hubiera en tí, Demóstenes, podido
"El valor competir con el ingenio,
"No habría el Macedón mandado en Grecia." (*)

No ha sido, de seguro, el broncíneo símbolo lo que ha traído hasta nosotros el nombre de Demóstenes y eternizádolo en la historia, sino aquel verbo poderoso y fecundo consagrado á la causa de la justicia, que es la causa de la humanidad.

X

Si, como parece indudable, la más exacta comparación, por no decir la ya convencional, del orador político, es la que se establece entre éste y el hombre que movido por irresistible fuerza para llegar á determinado punto, adelántase sin cesar; y si casualmente atraviesa algún jardín, apenas respira de paso la fragancia de las flores y admira de igual manera sus gayos matices,

(*) He preferido esta inscripción por concordar con la que trae Pierrón en su HIST. DE LA LITERATURA GRIEGA. Noel en su HISTORIA ABREVIADA sobre el mismo asunto la pone en estos términos: "*A la hora de la muerte no hizo nada indigno de Atenas.*"

preocupado sólo por alcanzar el término; á nadie mejor que á Demóstenes puede, en verdad, aplicarse tal símil.

No obstante el ritmo y las imágenes poéticas que al decir de los doctos en achaques áticos, esmaltan sus discursos; ritmo é imágenes no estudiadas sino espontáneamente producidas; nótase en ellas el predominio de un propósito que, como el proyectil, partiendo de foco poderoso, va certero al blanco.

Tanto en las Filípicas como en las Olintianas, como en el discurso de La Corona, todo concurre por completo en la escena á poner de resalto al ambicioso macedón, sobre quien llueve la elocuencia de Demóstenes, para exterminarlo, como lenguas de fuego sobre el enemigo de la patria.

La retórica artificial y artificiosa no entra por nada en las arengas de aquel cíclope del lenguaje; pero en cambio, y con ventaja, brilla en ellas la oratoria propiamente hablando, es decir: la lógica secundada por la emoción y expresada en la más perfecta forma del arte.

Bien se echan de ver en Demóstenes los elementos extrínsecos que desbastaron y

pulieron, por decirlo así, la rica pero abrupta cantera de su naturaleza, hasta presentarla pulimentada y en toda su magnificencia estatuaria.

Comunicóle Platón aquella serena fantasía que se alza de la tierra, llevada por el entusiasmo, hasta perderse en la piedad suprema; dióle Isócrates la geometría de los períodos, melopeya del pensamiento; enseñóle Iseo el prestigio de la retórica, graciosa cuando parca, semejándose entonces á los florecidos arbustos que adornan las impasibles, elevadas montañas; y Tucídides, el Virgilio de la Historia, infundióle el culto por las virtudes apacibles y modestas.

"Demóstenes, dice un historiador fran-
"cés, (*) es Tucídides transformado en ora-
"dor, con las esenciales diferencias de ca-
"rácter, de ideas y también de dicción que
"requiere el tránsito de los serenos tem-
"plos de la sabiduría, al mundo tempes-
"tuoso de las pasiones y de las celosas
"rivalidades."

De nada menos se necesitaba para someter, para domesticar aquella naturaleza

---

(*) Pierrón. *Trad. del autor.*

altiva, agreste, que, como la del león cautivo en la ciudad, conservó siempre, para dejarlo oír de cuando en cuando, el poderoso rugido que denuncia la selvática omnipotencia. Porque Demóstenes en la oratoria, como Homero en la épica, como Esquilo en la dramática, como Fidias en la escultura, para hablar de los antiguos, es un espíritu antepasado en un organismo presente, que si por el corazón pertenece á Grecia, por el alma corresponde á la India; y de ahí, aquellas poderosísimas, gigantescas, abrumadoras ideas, graciosamente expresadas en la más harmoniosa de las lenguas.

Por la constante aunque aparentemente inexplicable conjunción de ciertos contrastes, la oratoria demosténica aseméjase más que ninguna otra á la de Pericles, por no decir ser ésta la única con la cual pueda comparársela, no obstante que úno y ótro se caracterizan por cualidades esencialmente distintas; pues si la sidérea serenidad constituye la fuerza y la belleza del Olímpico, los tempestuosos arrebatos informan el casi trágico poderío del Monstruo.

Mueven á ambos repúblicos la independencia de la patria y la estabilidad de sus

libertades domésticas; esfuérzanse por infundir al pueblo el valor civil, que vincula en el derecho la igualdad de los hombres; y combaten contra la soberbia y el miedo, representados, aquélla en el déspota, estotro en el siervo.

Ambos combaten por la misma causa: —por el triunfo del bién, aunque con distintas armas, según las formas que el enemigo reviste.

Pericles con el arco de Apolo contra Pithón; Demóstenes con la maza de Hércules contra la Hidra.

Porque, ¿qué es Esparta sino la guerra civil contra las libertades públicas? ¿Qué Macedonia sino la guerra extranjera contra la independencia nacional?

XI

Demóstenes ha sido en todo tiempo justamente admirado por cuantos aman el arte oratorio y se complacen en él; ello, por supuesto, con detrimento siempre del máximo Orador; porque, como dijo Esquino, era absolutamente necesario haber visto y oído al MONSTRUO para apreciar en toda

su plenitud el poder soberano de aquella especialísima elocuencia, procedente del alma, que se producía con arte al parecer no aprendido en la forma, original en el fondo, y por todas maneras avasallador.

Entre los que han extremado la alabanza para con el contendor de Filipo y de Alejandro, citaré algunos, cuyos juicios, que brillan por la imparcialidad, se imponen por el acierto.

—"Cuando leo algún discurso de Isócrates, "dice Dionisio de Halicarnaso, citado por "Cantú, (*) mi espíritu se tranquiliza y "conforta como al oír sonidos espondaicos "y dóricas melodías; pero cuando me viene "á las manos alguna oración de Demóstenes, "nuevo entusiasmo arrebata mi entendi-"miento, y me hace pasar de un afecto á "otro; desconfiar, temer, luchar, despreciar, "aborrecer, compadecer, amar, estremecerme, "envidiar; en una palabra: — excita en mí "todas las emociones que caben en el alma "humana.....

.....

"Su manera de hablar no tiene nada de "lo que se llama elocuencia en los contem-

(*) Hist. Univ.—Epoca III. Literatura Griega.

"poráneos ó en Cicerón; esto es: lo patético, "la ironía fina y ligera, las gradaciones "delicadas, la templanza de expresiones, la "magnificencia; pero posee cierto estilo na-"tural, y sin embargo escogido y harmo-"nioso; y, lo que importa más: manifiés-"tase hombre público y dotado de carác-"ter enérgico; dificultoso para conciliarse con "la flexibilidad del ingenio. Obliga á pen-"sar en las cosas que dice más bien que "en el modo como las dice; va rectamente "á un objeto, con vigor continuo, extraor-"dinario; no hay en él pasajes artificiales "ni ripios; creyérase que improvisa sus "arengas si no supiésemos, por el contra-"rio, cuanto las trabajaba; y que (cosa más "extraña aún para nosotros, y, sin embargo, "muy usada antiguamente) prepara exor-"dios en los momentos de descanso.

"Así producía aquella indefinible impre-"sión que llamamos LO SUBLIME, y probó "ser merecedor de pronunciar la ora-"ción fúnebre sobre la moribunda libertad "griega."

—Según Longino: "Reüne Demóstenes en "su persona las cualidades todas del ora-"dor que ha nacido para lo sublime y "perfeccionádose en el estudio: tono de

"grandeza y majestad, movimientos ani-
"mados, destreza, rapidez; y lo que, sobre
"todo, lo dintingue: aquella fuerza, aque-
"lla vehemencia á que nadie se ha aproxi-
"mado siquiera; cualidades raras que con-
"sidero como un presente de los dioses,
"porque no es permitido llamarlas huma-
"nas, y con las cuales hace olvidar las
"que le faltan. Demóstenes ha eclipsado
"los oradores célebres de todos los siglos;
"los ha abatido, fulminado, con los relám-
"pagos y los truenos de su elocuencia.
"Porque, ciertamente, es más fácil arros-
"trar las tempestades de lo Alto, que dis-
"cernir con impasibilidad las violentas pa-
"siones que campean tumultuariamente en
"sus arengas."

—En concepto de Cicerón no carece De-
"móstenes, de ninguna de las cualidades que
"caracterizan al orador. Cuanto puede sumi-
"nistrar la agudeza del ingenio, el artificio y
"aun la astucia, encuéntrase en las causas
"que trata. Si consideramos su estilo, nada
"más castigado en lo que piden la delica-
"deza, la precisión y la claridad; si la gran-
"deza y la vehemencia, eclipsa á todos por
"la sublimidad de las ideas, por la fuer-
"za y por la majestad de la expresión."

"Recuerdo que en mi *Bruto*, donde no
"callé ningún elogio á los oradores roma-
"nos, sea por inclinación hacia mis com-
"patriotas, sea para excitar en ellos la noble
"emulación, puse á Demóstenes por cima
"de todos. Ha alcanzado, en mi sentir,
"aquella elocuencia que admiro en idea,
"pero cuyo dechado no he encontrado aún."

—"Demóstenes, juzga Fenelón, parece des-
"entenderse de sí mismo para no tener otra
"mira sino la Patria. No inquiere lo be-
"llo, mas, lo produce sin pensarlo. La ad-
"miración misma es siempre inferior á
"este hombre que hace uso del lenguaje
"como de modesto vestido, para cubrir
"su desnudez. Truena, fulmina; es un to-
"rrente que todo lo arrolla y se lo lleva
"consigo. No podemos criticarlo porque
"nos sentimos por él subyugados; y de
"ahí el que pensemos más en lo que nos
"sugiere que en lo que nos dice."

—"En Demóstenes, considera Stievenart,
"la fuerza de la acción oratoria, es decir: la
"vida de la elocuencia, era prodigiosa.
"Como digno discípulo de Platón, había-
"se asimilado cuanto de sublime contie-
"ne la filosofía del Maestro; y si, como
"Platón mismo la define, la elocuencia es

"*la razón apasionada*, merece Demóstenes "el nombre de orador por excelencia."

—Para Berrier, á quien tiene Cormenín (Timón) por *el más grande de los oradores —franceses después de Mirabeau:* "Demóstenes "es el centro luminoso de las ideas de su "época. Su talento flexible sabía amoldar-"se á los caprichos, á las exigencias del "pueblo ateniense; de aquel pueblo más "inconstante que la rueda de la fortuna, "y más instable aún que el fugitivo so-"plo de los vientos.".....

"Con justicia ha sido considerado, con-"tinúa el mismo Berrier, como el prime-"ro de los oradores, pues nadie ha sabi-"do manejar con tanto acierto el arte de "persuadir, que es lo que constituye la "verdadera elocuencia."

—Afirma A. Noel, en su HISTORIA ABREVIADA DE LA LITERATURA GRIEGA: "Que "Demóstenes posee las cualidades oratorias "más eminentes, y en grado tal, como nadie "ha llegado á alcanzarlas. Sea cual fuere el "asunto que trata, engrandécelo natural-"mente y sin esfuerzo. Lo que en él pre-"domina es cierta lógica severa, cierta dia-"léctica vigorosa, concisa; cierto encade-"namiento inflexible: de donde resulta un

"todo compacto é indisoluble. Su dicción, "con ser nerviosa y rápida, es, sin embar- "go, periódica. Demóstenes impone la con- "vicción llevándose consigo al auditorio "completamente dominado por él."

A estos juicios que, generalmente hablando, sólo se refieren al *hombre docto en el decir*, hay que añadir para completar el retrato del orador, el del *varón honrado;* el del buen ciudadano, el del repúblico.

Y á fe que en mi sentir no creo sea más admirable el primero que el segundo; sino, al contrario: que el *perito en el decir resulta del hombre bueno*, del buen ciudadano.

El artista de la tribuna era en Demóstenes el instrumento movido por la musa de la honradez.

¿Qué es, en efecto, su elocuencia sino la obra en que, por virtud del patriotismo, alternan ó concurren con admirable harmonía, la misericordia y la justicia, la energía legal y la condescendencia decorosa, la pasión y la sabiduría, la concesión y la intransigencia, la inspiración y el raciocinio, el heroísmo que procede por medios desconocidos é impracticados y la táctica sometida á las reglas; en una pa-

labra:—el *quid obscurum* iluminado sólo por la mirada de la conciencia?

Salvar la patria sobre todo y contra todos, y salvarla por obra del valor cívico de sus hijos:—hé ahí el constante, el inmutable intento de Demóstenes.

Toda su filosofía política se resume en una sola frase:—ACTOS, NO PALABRAS.

De ahí el que las naturalezas débiles y medrosas, no le paguen tributo de admiración, sino, por el contrario, le cobren miedo y lo teman.

Demóstenes no era el orador de un pueblo, ni el de una nación, sino el caudillo—tribuno de una raza que se había impuesto con el heroísmo á las presunciones brutales de la fuerza.

No habla en nombre de Atenas, ni del Atica, sino de Grecia toda: por eso invoca el testimonio de los héroes de Maratón, de Salamina y de Platea. Hay más: habla, indudablemente, en nombre del progreso, porque Grecia representa el esfuerzo de la humanidad para conquistar irrevocablemente el imperio del derecho.

Hay dos hechos históricos en la vida de Atenas, caracterizados en sendos monumentos, que son como los términos señeros de su

hegemonía, porque marcan la gloria suprema y la honda abyección que alcanzó, sucesivamente, el pueblo helénico.

Cuando Darío puso por obra el exterminio de Grecia, ensoberbecido con lo que él creía su poder soberano, cantando de antemano victoria, mandó prevenir un trozo de mármol, y lo confió al ejército para que con aquella piedra se erigiese el trofeo imperecedero de su soñado triunfo.

Roto y vencido el persa en la llanura de Maratón, aquel trozo de mármol, botín del triunfador, ofrendóse á los dioses inmortales, y con él creó Fidias la Némesis atenea, símbolo humano de la justicia divina.

Más tarde, cuando el pueblo ateniense descendía á la noche de su historia, y la olorosa fama de los antiguos héroes era reproche para sus degenerados descendientes, unos cuantos tumultuarios decapitaron la estatua del vencedor en Salamina, coronándola luégo con la cabeza de un esclavo.

Cae Demóstenes vencido por la fatalidad sobre aquel campo histórico, cuna y sepulcro del único pueblo que ha sabido conciliar la libertad con el orden en el se-

no de una democracia á la par justiciera y misericordiosa; y cae entre la Némesis de Fidias y la mutilada estatua de Temístocles; es decir: entre el símbolo de la libertad y la picota de la esclavitud.

Continuó siempre la Diosa representando la justicia, pero sojuzgada por la fuerza, carecía de eficacia; el tronco de la estatua de Temístocles pregonaba la victoria de Salamina, pero envilecida por la cabeza del esclavo, patentizaba la degradación de todo un pueblo.

Que ha sido siempre la esclavitud crimen irremisible contra la justicia.....

....

Con Demóstenes termina la elocuencia de los tiempos antiguos. En pos de él vendrán los retóricos, los declamadores, los palabreros; los que tienen la libertad en los labios y el servilismo en el corazón; los esclavos disfrazados de ciudadanos, cuya alma abyecta, puesta siempre en almoneda, se vende al mejor postor por un mendrugo de pan empapado en infamia, que irá á parar, no muy tarde, como dice el Evangelio, á lugares inmundos.

EL PROCESO DE LA CORONA

I

La Historia tiene también su Infierno, con suplicios horrorosos como el talión, inflexibles como la justicia, implacables como la venganza, insolutivos como la Eternidad.

Demóstenes y Esquino ocupan sitio notable en el Infierno de la Historia, ligados como están indisolublemente por veredicto de la conciencia humana.

Imposible separar al uno del otro.

De ahí el que nunca haya podido explicarme por qué no los colocó el Dante en la *Tolomea* de su Infierno después del conde Ugolino y del arzobispo Ruggieri; expuestos en simbólico grupo, donde un águila atormentase con garras y pico á una serpiente.

Si el poder del ingenio ha hecho que el

Conde roa sin descanso el cráneo ensangrentado del Arzobispo traidor á la amistad, ¿por qué el orador patriota no habría de castigar al través de los siglos al retórico mercenario del invasor extranjero?

Demóstenes y Esquino no son ya dos hombres, sino dos principios; los dos principios que combaten encarnizadamente entre sí desde la fundación de las sociedades: —la libertad y la esclavitud.

La primera siempre contrastada y siempre incontrastable, siempre asistida por el derecho; la segunda postrada siempre á las plantas del poderoso, siempre en el períbolo coronada de acebo.

Diez años subsiste la última, la decisiva lucha entre aquellos dos hombres: diez años durante los cuales, Grecia, olvidada del desastre de Queronea, imcorpórase en su lecho mortuorio, y lega á cuantos vivan en los siglos futuros el testamento de su gloria, vinculada en la resistencia á la opresión, como cumplimiento de sagrado, de ineludible deber.

Y el mundo ha aprendido en el proceso de La Corona que no fue siempre del vencedor la prez de la victoria, ni cupo en todas partes infamia á los vencidos.

¡Bendito mil veces el tribunal de la conciencia humana, que remunera á cada pueblo como á cada hombre gloria ó vilipendio, no según sea feliz ó adverso el éxito de la causa que defiende, sino de acuerdo con los dictados de la justicia y del deber!

II

Vacilan algunos historiadores en decidirse entre la causa de Atenas, representada por Demóstenes, y la de Filipo, defendida por Esquino, suponiendo en el Rey macedón cierta elevación de miras, y propósitos de tal trascendencia en el progreso universal, que casi achacan á crimen la resistencia del grande Orador; puesto que, según aquéllos, tratábase nada menos que de civilizar el Asia llevando á ella la cultura helénica, para constitüír por este medio en un solo hogar dos sociedades de cuya unión habría de reportar la especie humana incalculables beneficios.

Tales suposiciones, gratuitamente optimistas, están desmentidas por la historia, según la cual, así Filipo como Alejandro, no pasan de ser dos capitanes astutos que supieron apro-

vechar en beneficio propio las circunstancias en que se encontraron colocados.

En efecto: extenuadas y empobrecidas las principales metrópolis griegas á causa las luchas sangrientas y devastadoras que hubieron de sostener durante la guerra del Peloponeso, bastábanse apenas á sí propias para vegetar en un suelo talado por las armas y esterilizado por el crimen.

Pericles se había llevado consigo á la tumba la victoria de Atenas; cúpole á Lisandro la triste, la estéril gloria de ser ministro de las venganzas de Esparta contra la ciudad de Minerva; y el testamento de Epaminondas, que imponía la paz con todos los griegos, no podía cumplirse entre los combates del odio.

Por otra parte: los excesos de una democracia turbulenta y feroz servían de poderoso incentivo al acrecentamiento del poder macedónico, quien sabía ocultar sus repugnantes vicios con cierta magnificencia imitativa de virtudes sociales.

Ello sí; pero la tarea patriótica, la tarea fecunda para el progreso humano, habría sido la reconstitución, no el aniquilamiento de las distintas autonomías que constituyeran la confederación helénica.

Rematar la independencia de cada una de las repúblicas que unidas habían vencido al persa, y junto con ella las libertades civiles y políticas; fiar al poder macedónico, evidentemente extranjero si no por la raza, por la acción del tiempo y de la distancia, la resurrección de la patria común; trocar el fundamento inconmovible de las instituciones por la escena transitoria del poder personal; hecho es que merecerá siempre la condenación de la historia.

Y tal fue la obra de Esquino y la de los que con él combatieron directa ó indirectamente los patrióticos planes de Demóstenes.

Ni da testimonio la historia en pro de los que afirman haber sido el móvil de Alejandro al emprender la expedición contra el Asia, reünir en un solo pueblo los de oriente y los de occidente para extender sobre ellos el palio de la civilización helénica.

Lo que afirma la historia, aun por boca de ministros fanatizados con la leyenda del Caudillo macedón, es: que éste, atento sólo á sus intereses personales; sin tener en cuenta los altos fueros de la ci-

vilización helénica y menos aún el decoro de sus victoriosos conmilitones; impúsoles los usos, los hábitos y hasta la indumentaria de los persas: circunstancias que dieron margen á no pocas reclamaciones de aquéllos, en cuyo mal disimulado enojo traslucíanse ya los trágicos funerales del pretenso hijo de Júpiter.

No era, por cierto, llevar al Asia la cultura helénica representada en la civilización ática, imponer á los griegos las prácticas y costumbres serviles de los esclavos persas y consagrarse á sí mismo por señor y dios de propios y extraños; ni convertir la guerra en *cacería de hombres* para ahogar entre el estruendo de las armas y los alaridos de las víctimas los gritos de una conciencia enferma; ni volver las capitulaciones de guerra, con cuyo derecho se amparaba el vencido, en actos de bárbara y cobarde venganza; ni arrasar ciudades opulentas, arándolas luégo y sembrando de sal desolados solares. (*)

(*) Son verdaderamente horribles las escenas sangrientas que al hablar de las conquistas de Alejandro en Asia traen Diodoro de Sicilia, Justino y Arrio, entre los antiguos, y Michelet entre los modernos. Plutarco mismo, fanático admirador de Alejandro,

Ni fue Alejandro quien inició las relaciones entre ambos mundos, el oriental y el occidental; pues mucho antes de que él lo intentara en provecho de su desatentada ambición, existían ya las colonias del Asia menor; y Jantipo había vencido en Micala; y Pausanias arrojado á los persas de Chipre y tomado por la fuerza á Bizancio, donde los prisioneros de guerra casi igualaron en número al ejército victorioso; y vencía Cimón en el Eurimedonte, asegurando la libertad de los griegos del Asia menor, y conquistaba á Thusos y á Eión, y sujetaba al Quersoneso, y trasladaba á Atenas los despojos mortales de Teseo; todo por ministerio de la libertad.

Y ya Jenofonte y Agesilao habían paseado triunfalmente las regiones asiáticas y puesto en evidencia cuán fácil era alcanzar victorias sobre pueblos degradados por la esclavitud.

---

dice el exterminio de los cusanos, y cómo fueron pasados á cuchillo hombres, mujeres y niños.

El biógrafo llama á este acto de barbarie: *sacrificio en los funerales de Hefestión.* Montaigne y Montesquieu no disimulan los crímenes del conquistador, y aun atenuándolos los condenan.

Compárese en sus resultados el proceso legítimo y civilizador de la libertad, con los medios puestos en práctica por el despotismo.

Una vez rechazada la onda invasora del poderío asiático por el valor griego, fuése tras ella la civilización de occidente á las regiones orientales; y así como del trozo de mármol destinado por los persas para perpetuar la que soñaran fácil victoria, nació la Némesis, trofeo de la justicia; de la bárbara invasión perso-meda apoyada en la fuerza, resultó la reacción benéfica del progreso, obra del derecho.

En contraposición á esto, y por obra de los sucesos mismos, quedó manifiesta la acción arcana y vengadora de la Providencia, cuando los restos de la invasión macedónica volvieron de rechazo sobre Europa, trayendo consigo los vicios degradantes de Asia encarnados en el implacable vencedor de Cranón.

Antes que haber alcanzado una victoria, los griegos de Alejandro perdieron una guerra; el Asia fue sepulcro de las virtudes helénicas; y los triunfadores, al regresar á sus hogares ó al radicarse en tierras conquistadas, no fueron sino los representan-

tes y continuadores del despotismo asiático.

Los que vencieron con la espada quedaron vencidos por los vicios; y la civilización griega lejos de transformarse en progreso, padeció parálisis de muerte: Grecia no se dilató hasta el Asia; antes bien, Asia cayó sobre Grecia.

Hé ahí la verdad histórica.

Alejandro, junto con la libertad de los pueblos, mató la razón y la conciencia de los individuos; y al crear el mesiazgo político, que, corrompiendo el criterio histórico, ha convertido naciones enteras en juguetes serviles de alucinados, sanguinarios ó rapaces, fundó la dinastía de los HOMBRES-DIOSES, subsistentes aun hoy día con el nombre de GENIOS.

La *orgía militar*, como califica Michelet el reinado de Alejandro, resucita las antiguas sociedades orientales, que yacían en las tinieblas de los tiempos pasados, y esboza los despotismos ejercidos en los tiempos modernos en nombre de la soberanía popular. Porque así como Dionisio ó Baco copia las desvanecidas leyendas de caducas edades, el *Hijo de Júpiter-Serpiente* sirve de modelo al *Hijo de Venus* y éste al *Hombre-Estado*, quien, á

su vez, habrá de ser imitado por el *Hombre-Revolución.* (*)

III

El Proceso de la Corona es uno de los acontecimientos notables ocurridos en Grecia, y aun pudiera graduarse de excepcional.

Los litigantes en aquel Proceso son, aparentemente, Esquino y Demóstenes:—el acusador y el acusado; pero en realidad las partes eran Filipo vencedor y Atenas vencida.

Esquino, consecuente consigo mismo, quiere que sea condenada en juicio la resistencia de Atenas contra Filipo, por la propia Atenas.

Es decir: quiere la deshonra después de la desgracia.

Demóstenes, fiel á sus deberes para con la patria, al defenderse á sí propio, defiende la independencia de la República y la causa de Grecia.

(*) Luis XIV decía: *El Estado soy yo;* Napoleón I: *La Revolución soy yo;* y úno y ótro no eran sino *el despotismo encarnado,* según la expresión de Nodier.

Es decir: quiere que el heroísmo abnegado prevalezca sobre la desgracia del vencimiento.

En aquel juicio entre el triunfador y los vencidos, el patriotismo heleno alcanza en el Pnyx lo que no pudo alcanzar en Queronea:—la reivindicación del derecho contra la fuerza.

Diez años, según los más, duró el famoso proceso, que no pudieron ahogar, aunque sí detener, las victorias de Filipo, ni las conquistas de Alejandro; y cuando se proclamó el triunfo de Demóstenes sobre Esquino, el vencedor de Darío había dejado de ser hombre para transformarse en dios y recibir como tal adoraciones y ofrendas.

En la vergonzosa postración del mundo, sólo en Grecia hubo hombres; sólo en Atenas hubo ciudadanos.

Este acontecimiento único redime á la ciudad de Minerva de todos sus errores y flaquezas, y la presenta á la admiración de las edades como campeón invencible del derecho.

Hé aquí el historial de los sucesos:

A poco de haber declarado Atenas la guerra á Filipo cediendo á los consejos y

exhortaciones de Demóstenes, temerosos los atenienses de verse atacados en sus propios hogares, confiaron á aquél la reparación de las murallas, resguardo de la ciudad; encargo que cumplió el Orador no sólo con la eficacia por el caso requerida, sino con patriótico desinterés, pues á sus costas hizo cavar dos fosos en torno del Pireo, invirtiendo así parte de su peculio en bién de la patria.

Como recompensa á tal conducta, cierto ciudadano de nombre Tesifonte, propuso al Senado se premiase al Orador con una corona de oro, efectuándose la coronación en el Teatro.

Establecía, empero, una ley que no se agraciara con tal distinción á ningún exgobernante, sin haber previamente rendido cuenta de su gobierno; y prescribía ótra que los premiados por el pueblo lo fueran en la plaza pública, y en el Senado aquéllos á quienes el Senado premiara.

Los únicos premios que se proclamaban y otorgaban en el Teatro y se hacían concurrir con las fiestas de Baco, eran los acordados por toda la Nación.

Esquino, en cuyo pecho dormía vivo aún el odio por Demóstenes á causa de

la acusación que intentara éste contra él con motivo de La Embajada, citó en juicio á Tesifonte como violador de las leyes en beneficio de alguien que ni poseía virtudes, ni había prestado servicios á la República, sino, al contrario, acarreádole graves desgracias.

"Esta causa se aparta de todas las for-
"mas de nuestro derecho, pero es gran-
"de, dice Cicerón. Hay en ella cierta in-
"terpretación de las leyes, bastante aguda
"por entrambas partes, y gravísima con-
"troversia sobre los respectivos méritos
"de aquéllas para con la República."

"El móvil á que obedeció Esquino al
"querer vengarse de Demóstenes llevando
"á juicio los actos y la fama de éste en
"la acusación contra Tesifonte, fue el ha-
"ber sido acusado él mismo capitalmente
"por Demóstenes con motivo ó so pretexto
"de mal desempeño de una embajada."

"Ni habló tánto de las cuentas que
"no se habían rendido, como de los elo-
"gios por Tesifonte tributados á un hom-
"bre que, en concepto de Esquino, no
"era óptimo sino pésimo."

"Esquino presentó esta acusación cua-
"tro años antes de la muerte de Filipo

"de Macedonia, pero el juicio no fue sen-
"tenciado sino algunos años después, cuan-
"do Alejandro estaba ya en Asia."

"Dícese que á este juicio concurrió Gre-
"cia en cuerpo."

El discurso de Esquino, considerado desde el punto de vista del arte retórico, es perfecto, absolutamente hablando.

Tiene el brillo del puñal lenta y pacientemente fabricado, y también el filo del arma homicida.

Bien se conoce que el contendor de Demóstenes, el acusador de Tesifonte, estaba poseído de dos pasiones: el odio y la venganza.

Esta escribe bajo el dictado de aquél.

En el ruidosísimo proceso hubo dos criterios: el del legista, que era el de Esquino, y el del jurisconsulto, el del hombre de Estado, que era el de Demóstenes.

El pueblo de Atenas sentenció, no aplicando la letra muerta de la ley, sino ateniéndose al espíritu justiciero de la jurisprudencia universal, tan antigua como los tiempos sociales, tan inmutable como la noción del derecho puesta por Dios en la conciencia humana.

De aquí el que Demóstenes dirigiéndose á sus jueces les dijese: "¡Atenienses! "no debéis juzgar de igual manera las "causas privadas y las causas públicas. "Los asuntos que cuotidianamente se pre-"sentan, han de resolverse según los he-"chos y las prescripciones de la ley; pe-"ro cuando se trata de los máximos in-"tereses del Estado, no debéis perder de "vista la grandeza de vuestros anteceso-"res. Al sentaros en este Tribunal para "decidir un proceso político, cada uno de "vosotros debe tener presente, á fin de "no incurrir en nada indigno de sus "mayores, que con las insignias de la "magistratura representa el genio sobera-"no de Atenas."

Pero el genio soberano de Atenas, cifrado en la belleza estable bajo todas sus formas, así en lo artístico como en lo social y en lo político, no podía inspirar á Esquino, quien miraba sólo á lo útil en un momento dado del tiempo.

Rabino estéril que invoca la letra de la ley prescindiendo de toda elevada consideración, de toda trascendencia justiciera, cuando se trata de una causa en que actúan como partes, la Patria en vindicación

de su imperio y el invasor extranjero para justificar sus propósitos liberticidas.

Ningún triunfo militar hubiera podido compararse al que habría alcanzado el macedonio con la condenación de Demóstenes, en la cual iba envuelta la propia condenación de Atenas.

¿Cómo negar, sin embargo, el poder oratorio de Esquino, siquiera prevalezcan en él los rebuscados atavíos de la más refinada retórica? Necesitábase de la poderosa palabra de Demóstenes, que vibra en defensa de la patria, por sus altares y por sus hogares, *pro aris et focis*, para combatir á aquel atleta adiestrado ahora en los combates de la tribuna, como antes en los de la arena.

¡Y con qué maestría se insinúa en el ánimo de los jueces para ponerlos de su parte! ¡Y cómo cubre con el bello colorido del lenguaje los propósitos de venganza y de odio que lo animan!

Fíngese víctima cuando no es en realidad sino victimario; invoca los fueros de las leyes, cuando conspira contra la justicia; habla de verdad, y la mentira le mueve la lengua; dícese defensor de la gloria helénica, y ha sido y es el más esforzado de sus enemigos.

Preséntase ante los jueces confiado en los dioses, númenes de las leyes; en las leyes, expresión de la justicia; en la justicia, razón de los pueblos.

Invoca á Solón el poeta de las instituciones, el jurisconsulto de la poesía; describe la edad de oro de la República, con las prácticas ya arcaicas que echa de menos en la ocasión; dice el panegírico de los gobiernos fundados en la democracia; recuerda la antigua fórmula de las asambleas en la ilustración de los problemas públicos; y todo para protestar contra la licencia de los oradores á quienes, como á Demóstenes, no reprimen ya ni pritáneos, ni poedros, ni la tribu turnante en el gobierno.

Sólo queda á Atenas, según Esquino, un poder en los días de ruina que alcanza, y es: el derecho de perseguir al autor de toda proposición ilegal.

Renunciar á él es aniquilar la Constitución de la República:—es decretar su ruina.

Después de trazar tan fatídico cuadro, y de hacer consistir, por decirlo así, la salvación de la Patria en el castigo de Tesifonte, ó sea de Demóstenes, afírmase

en el campo que juzga más seguro para salir victorioso, á saber: en el estricto cumplimiento de leyes cuya interpretación fija con criterio sofístico.

Y cuando mira asegurada la victoria, lánzase sobre Demóstenes como can hidrófobo, cuyas presas, cubiertas de baba letal, son seguros instrumentos de muerte.

Es el eco de la escuela sofística, que pretende renovar con Demóstenes, en la propia Atenas, el sacrificio de Sócrates.

La cultura social de nuestra época y ciertos elementos especiales creados por la civilización moderna, nos impiden apreciar en lo que valían las libertades permitidas á los oradores antiguos.

Cicerón no se cansa de recomendar el respeto al decoro, hasta el punto de proscribir de la tribuna toda palabra ominosa; y sin embargo, ¿qué orador moderno, aun en los pueblos donde la libertad parlamentaria ha vestido desde su origen el sayo encarnado del insulto, ha igualado al Padre de la Patria romana en sus diatribas contra Verres ó en sus virulencias contra Catilina?

Esquino nos da á cada paso paradigmas de ello.

Hé aquí algunos de colérica elocuencia:

"Supo Demóstenes con anticipación, di-
"ce Plutarco, la muerte de Filipo; y pa-
"ra preparar á los atenienses á tener con-
"fianza de mejorar su suerte, se presentó
"alegre en el Consejo, significando haber
"tenido un sueño que le hacía pronosticar
"á los atenienses sucesos muy prósperos;
"y de allí á poco parecieron los que
"traían la noticia de la muerte de Fili-
"po. Sacrificaron, pues, inmediatamente por
"la buena nueva, y decretaron coronas á
"Pausanias. (*) Presentóse así mismo De-
"móstenes coronado, con un rico manto,
"sin embargo de que no hacía más que
"siete días que había muerto su hija,
"como lo dice Esquino, para motejarle por
"este motivo y censurarle de desnaturali-
"zado: acreditándose con esto él mismo de
"poco generoso y de abatido de espíritu,
"pues que tenía el llanto y el lamento
"por señales de un ánimo benigno y pia-
"doso, y desaprobaba en ótros el que lle-
"vasen los infortunios con entereza y re-
"signación.

"Porque en mi concepto es de un áni-

(*) **El matador de Filipo.**

"mo social y esforzado, atendiendo siempre
"al bién común y subordinando los inte-
"reses y sucesos particulares á los públi-
"cos, el saber guardar en todo la digni-
"dad y el decoro.".....

Dramatízase la sencilla narración del biógrafo en el discurso del orador, quien nos presenta á Demóstenes, no ya dolorido sino alegre, trocado el manto negro por otro de gala y ceñida la frente con festiva corona. No es sólo el orador quien habla en Esquino: es el pintor, que traza y colorea admirable cuadro; es el poeta, que entona dolorosa elegía sobre la memoria de la juventud, de la belleza y del candor segados á deshora por la muerte.

Ya antes, como para dar mayor solemnidad á su lenguaje, pónelo bajo la protección de los archivos públicos, memoria de los hombres, y de la piedad paterna, herencia de los dioses:

"Qué hermosa institución ¡oh atenien-
"ses! son los archivos del Estado"

"Inmutables por naturaleza, nada pa-
"decen en las metamorfosis políticas, y
"merced á ellos el pueblo puede leer cuan-
"do le place en el alma de esos hombres
"que, envejecidos en el crimen, se cubren

"el rostro con la máscara de la virtud.".....

.....

Y luégo, abalanzándose, como quien dice, sobre Demóstenes:

"Ese mismo adulador ¡oh atenienses! "ese cortesano, tiene el primero noticia de "la muerte de Filipo; noticia que le co- "munican los espías de Caridemo; y fin- "ge un sueño enviado por el cielo. No "fue de Caridemo de quien el impostor "recibió el aviso, sino de Júpiter y de Mi- "nerva. Estas divinidades, á quienes el em- "baucador ofende con sus perjurios, acuden "á revelarle en sueño los sucesos futuros."

"Era el séptimo día después de la muer- "te de su hija; y antes de llorarla, antes "de rendirle los últimos deberes, coronado "de flores y vestido de blanco, ofrece sa- "crificios con violación de todas las leyes.

"¡Y acababas de perder la primera, la "única crïatura que te daba el dulce nom- "bre de padre!

"No insulto tu infortunio; estudio tan "sólo en aquel trance tu carácter.

"¡Atenienses! el que no ama á sus hijos, el "mal padre, no podrá ser buen guía para "el pueblo. Sin entrañas para los seres más "queridos, que son su propia sangre, ¿os

"amaría á vosotros que le sois extraños? El "mal padre de familia no puede ser buen "magistrado."

"Perverso en su casa, no mostró Demós- "tenes en Macedonia ni honor ni virtud: "cambia de lugar, no de costumbres."

¿Cómo pudo el odio, grosero de suyo, expresar con tánta belleza tan delicados sentimientos?

La apelación á la piedad paterna traída á largo drama por Esquino, tiende en mi concepto, á romper la árida, analítica monotonía de la tesis legal, poniendo así de manifiesto la habilidad retórica del orador.

No satisfecho aún con exponer á Demóstenes al desprecio y al odio de los hombres, quiere condenarlo á la venganza de los dioses como violador de los mandatos promulgados por los genios tutelares de Atenas; y á fe que sin la defensa del Grande Orador; en vista de las contradicciones de la historia; quedaríamos indecisos al juzgar de tal causa si hubiéramos de atenernos á la palabra de Esquino, quien asume en este pasaje de su discurso el tono solemne, mejor dicho, hierático, no ya del augur griego, sino del antiguo sacerdote indio.

Servirále de tema la guerra sagrada promovida por la conducta de los locrios de Anfisa, tan funesta para la independencia griega como propicia á los ambiciosos planes de Filipo.

"Hay una llanura ¡atenienses! un puer-
"to conocido con el siniestro nombre de
"*Puerto de las Imprecaciones.*".....

"Estuvo éste en un tiempo habitado por
"los cirrheos y los cravalidas, razas sin
"freno, que forzaron el Templo de Delfos,
"mancharon las santas ofrendas y ultraja-
"ron á los anfictiones."

"Más indignados aún que los otros indi-
"viduos de esta Asamblea, nuestros antepa-
"sados preguntaron al Oráculo qué castigo
"debían sufrir los profanadores."

"¡Guerra á los cirrheos y á los cravali-
"das, respondió el Oráculo! ¡Guerra de día
"y de noche! Llevad á esos pueblos el hie-
"rro, el fuego, la esclavitud; consagrad á
"Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva,
"sus tierras completamente abandonadas:
"no trabajéis en ellas ni consintáis en que
"ótros trabajen."

"Conforme á esta respuesta, y según con-
"sejo del ateniense Solón, aquel hábil le-
"gislador y poeta filósofo, decidieron los

"anfictiones armar á los pueblos para lan-
"zarlos contra aquellos hombres proscritos
"por los oráculos. Reünidas en suficiente
"número las tropas, vencieron y desterra-
"ron á los habitantes, cegaron los puertos,
"arrasaron la ciudad, consagraron el suelo,
"según la orden del Oráculo, y juraron
"solemnemente prohibirse á sí mismos y
"á los demás hombres toda clase de tra-
"bajos en los campos consagrados; defender
"al dios y la tierra sagrada con armas,
"con manos, con pies: con todas sus po-
"tencias. Pero era poco aún el juramento,
"y lo afirmaron con esta imprecación.

"Si hubiese algún infractor de este jura-
"mento, así fuere particular, ciudad ó pue-
"blo, maldito sea por Apolo, y por Diana, y
"por Latona y por Minerva! ¡Rehúsele la
"tierra sus frutos! Paran monstruos sus mu-
"jeres; no engendren sus ganados confor-
"me á la naturaleza; sean vencidos en la
"guerra, en los tribunales, en las Asam-
"bleas. Queden exterminados ellos, sus ca-
"sas y su raza. Jamás sacrifiquen santa-
"mente á Apolo, ni á Latona, ni á Diana
"ni á Minerva; y sean rechazadas sus ofren-
"das."

"Va á leerse el oráculo. Escuchad la

"imprecación; acordáos del juramento de "los anfictiones: del juramento de vuestros "antepasados."

.....

.....

.....

"A pesar de estos juramentos, del ana-"tema, de los oráculos todavía escritos en "nuestras tablas, los locrios de Anfisa y "sus caudillos, hombres sin ley, cultiva-"ron la llanura; reconstruyeron y habi-"taron el *Puerto de las Imprecaciones*, exi-"gieron tributo á los navegantes, y compra-"ron algunos oradores enviados á Delfos, "entre ellos á Demóstenes. Sí: el orador "que elegisteis en el Consejo Anfictiónico, "vendió su silencio á los locrios por mil "dracmas. Prometiéronle, además, enviarle "á Atenas todos los años, veinte minas del "dinero maldito, para que fuese aquí el "celoso protector de los anfisios."

"Desde el día en que se consumó aquel "crimen, el particular, el príncipe ó la re-"pública que con él trató, fue víctima de "irreparables infortunios.

"Ved ahora cómo los Dioses y la Fortuna "triunfaron de la sacrílega Anfisa."

"Bajo el arconte Teofrasto, siendo hie-

"romenón (*) Diogneto de Anafliste, ele-
"gisteis por pilágoras al famoso Midias, (**)
"á Trasicles y á mí el tercero. Reuniéron-
"se los otros anfictiones. Los que querían
"mostrarse benévolos con nuestra Repú-
"blica, nos advirtieron que los anfisios,
"servilmente sometidos á sus amos los te-
"banos, proponían se decretase contra el
"pueblo ateniense una multa de cincuenta
"talentos por haber suspendido en el nue-
"vo Templo, antes de su consagración, es-
"cudos de oro con esta leyenda:—*Los ate-*
"*nienses sobre los medos y sobre los teba-*
"*nos, que combatían contra los helenos.*

"Envióme á llamar el hieromenón y
"me rogó fuese al Consejo á defender
"nuestra República: este era ya mi pro-
"pósito. Obligado por la ausencia de mis
"colegas, entro y hablo: de pronto, un
"insolente anfisio, hombre grosero, qui-
"zá inspirado por algún genio malo, lanza
"violentas vociferaciones.—"Ante todo ¡oh
"helenos! dice, si no estuvieseis locos, no
"pronunciaríais siquiera en estos sitios el
"nombre de los atenienses, sino los arroja-

(*) Guardián de los archivos sagrados.
(**) Orador en el Consejo Anfictiónico.

"ríais del Templo como á malditos."—Al pro-
"pio tiempo recuerda nuestra alianza con la
"Fócida; alianza que fue obra de Cobrilos, y
"prorrumpe contra Atenas en otras injurias
"que no pude oír sin indignación, y cuyo
"recuerdo me enardece aún. En mi vida he
"sentido cólera semejante. Suprimo gran
"parte de mi respuesta, pero tuve el pensa-
"miento de recordar las profanaciones de
"Anfisa; y desde el sitio en que me hallaba,
"señalando la llanura de Cirrha, domina-
"da por el Templo, de donde se la ve por
"completo:—"Representantes de Grecia, ex-
"clamé: ¿veis esos campos consagrados á
"los dioses? los locrios los cultivan. ¡Esas
"fábricas, esos establos, ellos los han cons-
"truído! ¡Ese puerto de maldición ellos lo
"han restablecido! ¿Son acaso necesarios
"otros testigos? Bien sabéis, por propia ex-
"periencia, que han levantado impuestos y
"percibido dinero sobre una comarca con-
"sagrada."—Y al propio tiempo hice leer
"el oráculo, el juramento de nuestros an-
"tepasados, el anatema, y protesté, diciendo:
"—Yo fiel á este juramento, por la salva-
"ción de Atenas, de mis hijos, de mi
"casa, de mí mismo, defenderé la tierra
"sagrada con mis manos, con mis pies,

"con mi voz, con todas mis fuerzas. Vos-
"otros ¡oh anfictiones! pensad en vosotros
"mismos. El sacrificio ha comenzado, las
"víctimas están en el altar; vais á invo-
"car el favor de los dioses sobre vosotros
"y sobre la Nación. Ahora bien: meditad en
"esto: ¿cómo osarán rogarles vuestra voz,
"vuestros ojos, vuestros corazones, si dejáis
"impunes los malditos á quienes ellos han
"rechazado? Porque la imprecación desig-
"na claramente y sin equívocos las penas
"que deben padecer los profanadores y cuan-
"tos consientan en la profanación."

"Después de mi discurso, del cual sólo
"cito este rasgo, salí de la Asamblea. Hu-
"bo gritos y tumultos entre los anfictiones.
"Ya no se trató de nuestros escudos, sino
"del castigo de los locrios; y como avanzara
"mucho el día, pregonó el heraldo que todos
"los habitantes de Delfos, de más de diez y
"seis años, libres ó esclavos, fueran, al salir
"el sol, á la plaza de las Víctimas, armados
"de hoces y de azadones; y añadió: que el
"hieromenón y los pilágoras acudirían tam-
"bién en ayuda del Dios y de la tierra sagra-
"da, bajo pena, contra la ciudad que no com-
"pareciese, de ser exclüída del Templo y
"envuelta en la imprecación."

"Al día siguiente, pues, desde la aurora "acúdese á la cita: descendemos á la lla- "nura de Cirrha; y una vez destrüído el "puerto y quemadas las casas, nos retira- "mos. Entre tanto los anfisios, que habi- "tan á sesenta estadios de Delfos, caen en "numerosos grupos, bien armados, sobre "nosotros; y á no haber ganado la ciu- "dad, nuestras vidas hubieran corrido pe- "ligro."

"Habiendo trascurrido un día más, Co- "tifo, encargado de contar los votos, con- "voca una Asamblea general; es decir: no "tan sólo á los hieromenones y á los pi- "lágoras, sino también á todos los que "participan de los sacrificios y consultan "al Oráculo. Levantáronse allí mil quejas "contra Anfisa; mil elogios se alzaron pa- "ra Atenas. Por último, decretóse que "antes de la sesión siguiente, los hiero- "menones acudieran en día fijo á las Ter- "mópilas, provistos de la sentencia de los "locrios por su crimen contra los dioses, "contra la tierra sagrada y contra los an- "fictiones."

"Presentamos un dictamen, primero al "Consejo, después al pueblo reünido; y "como fueran aprobados nuestros actos, Ate-

"nas entera proyectó una piadosa repara-
"ción."

"Fiel á sus compromisos con los de An-
"fisa, opúsose Demóstenes: yo lo confundí
"ante vosotros. No pudiendo, empero, enga-
"ñar abiertamente á la República, vase nues-
"tro hombre al Consejo, hace retirar á deter-
"minados particulares y lleva al pueblo un
"proyecto de Acuerdo redactado por algún
"ignorante seducido. ¡El intrigante convier-
"te este acto en decreto nacional con la san-
"ción del pueblo, y ello cuando ya se le-
"vantaba la sesión; cuando la muche-
"dumbre se retiraba; cuando yo había sa-
"lido: yo que jamás lo habría tolerado.
"Ese decreto dice, en resumen, que el hie-
"romenón de Atenas y todos los pilágo-
"ras irán á las Termópilas y á Delfos
"*en las épocas fijadas por nuestros antepasa-*
"*dos:* palabras especiosas que ocultaban
"un resultado abominable, cual era: nuestra
"exclusión de la Asamblea que la necesidad
"obligaba abrir antes del término ordinario.
"Otra cláusula del decreto, todavía más
"clara y perniciosa, prohibe á los represen-
"tantes atenienses tener en adelante nada de
"común con los miembros de la Dieta: ni
"debates, ni actos, ni determinaciones."

"¡Nada de común! ¿Qué quiere decir "esto?—¿Haré hablar á la Verdad ó á la "Adulación?—A la Verdad ¡atenienses! "porque la costumbre de adularos ha perdi- "do á Atenas."

"Pues bien: ello era imponeros el ol- "vido de vuestros paternos juramentos: ¡el "olvido del anatema, el olvido del orácu- "lo divino!"

"Quedamos, pues, encadenados por ese "decreto. Reüniéronse los otros anfictio- "nes en las Termópilas, excepto los de "una sola ciudad que no nombraré. (¡Así "su desastre no se renueve en ningún pue- "blo de Grecia!) (*) Decretó la Dieta "una expedición contra Anfisa y eligió "general á Cotifo de Farsalia, presidente "del escrutinio."

"Encontrábase Filipo, no en Macedonia "ni en Grecia, sino en el fondo de la Escitia. "Y ¡osará decir Demóstenes que yo lo lan- "zaba contra los helenos!"

"En esta primera campaña los ven- "cedores trataron á Anfisa con muchos "miramientos. No castigaron sus aten- "tados sino con una multa que debían

---

(*) Refiérese á Tebas destrüída por Alejandro.

"pagar al Dios en plazo indefinido.
"Desterraron á los anatematizados y á los
"autores de las profanaciones; pero como
"este pueblo, sobre no pagar la deuda sagra-
"da, repatriaba á los impíos del destierro
"y desterraba á los piadosos á quienes la
"Dieta había vuelto á la patria; tomá-
"ronse de nuevo las armas contra él an-
"tes de que Filipo hubiese salido de Es-
"citia, y cuando los Dioses nos ofrecían en
"esta guerra santa el mando que Demós-
"tenes había vendido."

"Pero los Dioses mismos ¿no nos lo
"advirtieron? ¿Podían envïarnos mayo-
"res prodigios, á menos de hablar el len-
"guaje humano? No: nunca he visto ciudad
"alguna más protegida por los Inmortales,
"ni más arruinada por algunos parlanchi-
"nes, ¿No era, acaso, aviso suficiente el pro-
"digio que se presenció en la celebración de
"los Misterios con la muerte de los inicia-
"dos? (*) ¿No nos aconsejó Aminiado que
"enviásemos emisarios á Delfos para con-
"sultar al Oráculo? ¿No fue Demóstenes
"quien se opuso con esta frase tan sabida:

(*) Refiérese que fueron devorados por monstruos marinos.

"*El Oráculo filipiza?* (*) No fue ese hom-
"bre, groseramente impío, harto de los li-
"bertinajes que le habéis dejado gozar? Y
"también osó decir: "Filipo no ha entra-
"do en el Atica porque los sacrificios le
"han sido contrarios."

.....

"¿Qué suplicio no mereces, destructor
"de Grecia? Si el vencedor es detenido
"por tristes presagios en la frontera de los
"vencidos; tú, que nada supiste prever; tú,
"que lanzaste nuestras tropas antes de que el
"Cielo hablase; ¿qué castigo no mereces por
"las calamidades que has acarreado sobre
"la Patria? ¿Una corona ó el destierro?"

"¡Ah! ¡cuántos sucesos extraños, ines-
"perados, en nuestros días! Nó: no hemos
"vivido la vida ordinaria de los hom-
"bres; hemos nacido para asombro de la
"posteridad."

"El monarca de los persas que abrió
"el monte Athos, que encadenó el He-
"lesponto, que pidió á los helenos la tierra
"y el agua, que en sus cartas se hacía
"apellidar dominador de todas las naciones

(*) Es decir: habla en favor de los intereses de Filipo.

"desde el Poniente hasta la Aurora, ¿com-
"batía sólo por el imperio del mundo? Nó:
"combatía, además, en defensa de su vida."

.....

.....

.....

"Y Tebas, Tebas, ciudad vecina nues-
"tra, ¿no fue un día barrida del sue-
"lo de Grecia? ¡Justo castigo del pue-
"blo que en la causa común había adop-
"tado el partido de nuestros enemigos, y
"á quien los dioses, sólo los dioses, des-
"truyeron, únicamente por haber tocado
"al botín sacrílego!"

"Los infortunados lacedemonios, que en
"otro tiempo aspiraban á la hegemonía de
"Grecia, arrástranse ahora en el séquito de
"Alejandro; muestran el espectáculo de sus
"miserias; entréganse á merced del tirano,
"ellos mismos junto con su patria; y espe-
"ran sentencia de la piedad de un vencedor
"ofendido!"

"Nuestra Atenas, en fin: el asilo co-
"mún de los helenos; Atenas, donde las
"embajadas de Grecia venían á implorar
"protección; Atenas ¡ay! no lucha ya por
"la preeminencia, sino tan sólo por la pose-
"sión del suelo de la patria!"

"Tales catástrofes datan desde la fecha en "que Demóstenes entró en la goberna- "ción de los intereres públicos."

"Gran sentido encierra el pensamiento "de Hesíodo en esta materia."

"Aconseja el poeta á los pueblos y á las "ciudades que rechacen los malos conse- "jeros."

"Citaré sus versos, porque si es de la "infancia aprender las máximas de la poe- "sía, el aplicarlas es de la edad madura:

—"*Toda una ciudad recoge á las veces los* "*amargos frutos producidos por los delirios* "*y por los perversos proyectos de un solo* "*hombre.*"

"—*Y el pueblo es devastado; y el hambre* "*y la peste acuden, secundando la justicia* "*de los cielos; y perece el ejército; y caen* "*por su propio peso las murallas; y las* "*olas del mar destrozan las armadas bajo* "*la colérica mirada de Júpiter.*"

"Romped el ritmo poético y buscad "tan sólo la idea. No oís á Hesíodo, sino "al Oráculo contra la política de De- "móstenes; política funesta que todo lo ha "devorado: armadas, ejércitos, República."

"¡Nó! ni Frinondas, ni Euríbates, ni "ninguno de los antiguos malvados le

"igualaron nunca en imposturas ni en
"truhanería! ¡Oh tierra! ¡Oh Dioses! ¡Oh
"genios! Y vosotros, mortales, amigos de la
"verdad..... ¿Por qué se osa hablar de la
"alianza con los tebanos y no de las circuns-
"tancias, y no de los temores que á aquéllos
"asediaban? ¿Por qué no se habla de
"nuestra gloria, sino de las arengas de
"Demóstenes? Y no obstante, ¡cuántos ótros
"antes que él, estrechamente unidos con
"aquel pueblo, habían sido embajadores
"en Tebas! Trasíbulo, cuyo crédito no tu-
"vo rival en esta ciudad; Leodamas de
"Arcania, cuya elocuencia tenía tanta fuer-
"za como la de Demóstenes y mayores be-
"llezas que ella; Archidemo de Pela, diplo-
"mático de poderosa palabra, cuyo celo por
"Tebas ha ocasionado tántas tempestades;
"el demagogo Aristofón de Atzenia, acu-
"sado de abrigar sentimientos beocios;
"y el orador Periando de Anaflisto, que
"vive aún. Pues bien: ninguno de éstos
"logró traernos la alianza de Tebas. Sé la
"causa; pero ese pueblo es desgraciado,
"y la callo. (*)

(*) La causa era que Tebas fue adicta á Persia y á Macedonia.

"Cuando Filipo les arrebató á Nicea pa-
"ra entregar esta plaza á los tesalios; cuan-
"do después de haber alejado la guerra de
"Beocia, llevóla de nuevo al través de
"la Fócida, á los muros de Tebas; cuan-
"do, en fin, dueño de Elatea, la fortificó
"y la guarneció con tropas; entonces, viendo
"á sus puertas el peligro, llamáronnos los
"tebanos; y vosotros os pusisteis en mar-
"cha, y entrasteis en Tebas, ginetes é infan-
"tes; armados, prontos á combatir, antes
"de que ese hombre hubiese escrito una
"palabra acerca de la alianza. ¿Quién os
"hizo penetrar en la ciudad? — ¡El es-
"panto público, la necesidad de una con-
"federación: no Demóstenes!"

"Demóstenes con sus negociaciones os ha
"causado tres enormes daños."

"Hé aquí el primero:"

"Filipo os llamaba sus enemigos, pero su
"rencor para con Tebas era real, aunque tá-
"cito: el suceso que lo había acarreado me
"dispensa de otras pruebas. Demóstenes os
"ocultó tan importante disposición de
"ánimo; y haciendo creer que la alian-
"za era obra, no de las circunstancias
"sino de sus embajadas: "No discutáis,
"decía al pueblo, las condiciones de este

"Tratado: harto dichosos seremos si lo
"terminamos."

"Entregró la Beocia entera á los Teba-
"nos, consignando en un decreto que si
"alguna ciudad se separaba de ellos, Ate-
"nas socorrería á los *beocios de Tebas.* Bella-
"quería en las palabras y en los hechos;
"alteraciones que le son familiares. ¡Co-
"mo si la Beocia, oprimida en realidad,
"debiérase aliviar con las palabras de un
"Demóstenes, y no irritarse con sus pro-
"pios dolores!"

"En seguida, os cargó con dos terce-
"ras partes de los gastos de guerra, aun-
"que alejados vosotros del peligro, no gra-
"vando sino con una tercera parte á los
"tebanos: repartición por la cual fue asa-
"lariado. En cuanto al mando, lo hizo
"común en el mar, no obstante que los
"gastos pesaban sólo sobre vosotros; y el
"de tierra lo entregó por completo á los
"tebanos, sin que durante toda la cam-
"paña, Estratocles, vuestro general, pu-
"diera proveer á la conservación de sus sol-
"dados. No soy yo sólo quien lo acusa, ni
"cae mi palabra sobre el silencio de los cir-
"cunstantes; lo que digo yo, todos lo
"sienten: ¿y vosotros que lo sabéis no

"os indignáis? Sí: tal es vuestro ánimo
"respecto de Demóstenes. La costumbre os
"hace mirar con indiferencia sus crí-
"menes."

"Preciso es cambiar de dictamen ¡ate-
"nienses! Preciso es que os indignéis y
"castiguéis á ese hombre, si deseáis salvar
"los restos de la República."

"El segundo daño que os ha causado,
"más grave aún, es el de haber establecido
"en Tebas, en la ciudadela, el asiento del
"Consejo y de la democracia ateniense,
"estipulando á favor de los jefes beocios
"la participación en todos los asuntos de
"Atenas. Con este engaño se hizo pode-
"rosísimo, pues de lo alto de la tribuna,
"aseguraba que aun sin concedérsele en-
"cargo alguno, iría por donde lo tuviese
"á bien en calidad de embajador vuestro."

"¿Osa contradecirle, acaso, algún general?
"Trátalo como esclavo; y sujetando en silen-
"cio á la oposición, amenaza con hacer decre-
"tar la preeminencia de la tribuna sobre la
"espada.—«Porque, añadía: yo os he pres-
"tado más servicios en la tribuna que los
"generales en los campamentos ó en los
"campos de batalla!"

"¡Y en las tropas extranjeras ha roba-

"do el sueldo de las plazas vacantes!
"¡Y ha saqueado una caja militar y ven-
"dido á los anfisios diez mil milicianos
"de las tropas auxiliares! A pesar de
"mis protestas, á pesar de mis vehemen-
"tes quejas en las Asambleas, nos arrebató
"aquellas tropas, y emprendió después cam-
"pañas mal concertadas, con lo cual quedó
"la República desguarnecida. ¡Ah! ¿cuáles
"podrían ser los deseos de Filipo, sino com-
"batir separadamente, aquí á las milicias
"atenienses, cerca de Anfisa las bandas ex-
"tranjeras, y caer en seguida sobre los
"helenos, desanimados por tan terrible gol-
"pe?"

"¡Y el autor de tántos males: Demós-
"tenes, no se dá por satisfecho con la impu-
"nidad; é indígnase si no se le ciñe la fren-
"te con áurea corona! Ni le basta ser
"proclamado entre vosotros: si su nom-
"bre no es saludado por Grecia entera,
"muéstrase descontento ¡Tan cierto es que el
"ánimo perverso convierte el poder usur-
"pado en instrumento de calamidades!"

"Pero su tercer atentado es el más ho-
"rroroso."

"Filipo no despreciaba á los griegos:
"sabía aquel príncipe insensato que iba

"á aventurar, en un momento, todo su
"poder con el trance de una batalla.
"Por otra parte: deseaba la paz y se dis-
"ponía á enviarnos una embajada, por-
"que al propio tiempo los magistrados de
"Tebas mostrábanse temerosos á causa de la
"expectativa del próximo peligro; temor
"bien fundado, pues se aconsejaban, no con
"algún charlatán, cobarde, desertor de su
"puésto, sino con la guerra de la Fócida;
"guerra de diez años y lección de perpetua
"memoria. Viendo Demóstenes esta dis-
"posición de ánimo, sospechó que los beo-
"tarcas iban á pactar solos la paz y á
"recibir, sin contar con él, el oro de
"Macedonia. Entonces, ese hombre, que
"se habría considerado reo de muer-
"te si no hubiese acudido al botín, co-
"rre de un salto al centro del pueblo
"reünido. Nadie se decidió allí ni por la
"guerra ni por la paz; pero él, esperan-
"do que los jefes beocios le trajeran al-
"guna parte del ignominioso salario, jura
"por Minerva (¡oh Fidias! ¿pudieras ha-
"cer cómplice á esta diosa de la rapaci-
"dad de un Demóstenes?), jura coger
"por los cabellos y arrastrar á una pri-
"sión á quien quiera hablase de paz con

"Filipo. Imitador fiel de aquel Cleofonte
"que en la guerra con Lacedemonia arrui-
"nó, según se dice, á la República."

"Sin embargo: los magistrados de Tebas
"no le prestan oído; y para que votaseis
"la paz, hacen revolverse á los soldados que
"habían partido ya. Entonces Demóstenes
"acaba de perder la razón; lánzase á la tri-
"buna; llama á los beotarcas traidores á la
"Nación; y declara él:—él, quien nunca vio
"cára á cára al enemigo, que os va á hacer
"decretar una embajada, para solicitar de
"Tebas el paso contra Filipo. Vencidos por
"la vergüenza de parecer traidores á Grecia,
"aquellos magistrados renuncian á la paz y
"apresuran los preparativos de la guerra."

"Y aquí es justo conceder un recuerdo á
"los valientes á quienes, no obstante el as-
"pecto amenazador de las víctimas inmo-
"ladas; con menosprecio de siniestros presa-
"gios, precipitó Demóstenes en peligro ma-
"nifiesto; y cuya tumba osó profanar ese
"desertor fugitivo, tributándoles el elo-
"gio del valor."

"¡Oh tú, el más incapaz de los hom-
"bres para una acción generosa, el más arris-
"cado en las palabras! ¿Te atreverás á afir-
"mar en faz de tus conciudadanos que

"te deben conceder una corona por los
"desastres causados á la República?"

"Y si lo dice ¡atenienses! ¿lo sufriréis vos-
"otros?

"¡Ah! trasportaos de este Tribunal al
"Teatro; ved cual se presenta el heraldo; oíd
"la proclamación que va á hacer en virtud
"del decreto; y preguntad después si los pa-
"rientes de tántos muertos verterán más
"lágrimas sobre los héroes infortunados,
"que sobre la ingratitud de la Patria.
"¿Hay un solo heleno, un solo hombre
"educado en la libertad, que no gima
"al recuerdo de la ceremonia de otros
"tiempos, verificada en el Teatro en idén-
"ticos días, antes de la representación de
"las tragedias; cuando Atenas tenía mejo-
"res caudillos y mejores leyes?"

"Adelantábase el heraldo; y presentando
"á los huérfanos, adolescentes adornados con
"armaduras completas, pronunciaba estas
"palabras tan hermosas cuanto admiradas:
"Hé aquí los hijos de los valientes que pere-
"cieron en el campo del honor. El pueblo
"los ha crïado hasta la pubertad; y ahora
"los arma, y los envía, bajo la protección
"de la Fortuna, á sus particulares tareas,
"prometiéndoles puéstos de honor."

"Así hablaba entonces el heraldo; pero
"hoy, cuando presente á aquél que ha sumido
"en la orfandad á tántos niños, ¿qué pa-
"labras pronunciará? En vano recitará to-
"das las disposiciones del Decreto; que no
"enmudecerá la verdad, y á la voz del
"heraldo opondrá su voz."

"¡Ese hombre (si eso es un hombre)
"exclamará, es coronado por el pueblo
"de Atenas en premio á la virtud: él, vicioso
"y mal ciudadano; en honra á la nobleza de-
"carácter, siendo como es un cobarde, un
"desertor!"

"¡Por Júpiter! ¡por todos los dioses!
"os conjuro ¡oh atenienses! que no le-
"vantéis sobre la escena de Baco el tro-
"feo de vuestra deshonra; ni mostréis á los
"griegos el pueblo de Minerva tocado de de-
"lirio; ni recordéis sus irreparables miserias
"á los tebanos, por causa de Demóstenes
"fugitivos, y amparados por vosotros. ¡In-
"felices! que han perdido sus templos, sus
"hijos y hasta las tumbas de sus mayo-
"res. . . . . Y todo por la venalidad de De-
"móstenes y por el oro del Gran Rey!"

"Puesto que no habéis visto su desastre,
"imagináoslo: representaos una ciudad asal-
"tada, muros derrüídos, casas incendiadas,

"madres y niños reducidos á la esclavi-
"tud; ancianos y ancianas, que pierden
"la libertad en los últimos días de su
"vida, bañados en lágrimas, implorando
"vuestro auxilio, exhalando su cólera, no
"contra los ejecutores, sino contra los au-
"tores de tan crüel venganza; suplicán-
"doos con moribunda voz, que no coro-
"néis al azote de Grecia y os libréis
"del genio fatídico que sigue á ese hombre
"funesto."

"Porque ninguna ciudad, ningún ciuda-
"dano se sometieron impunemente á los
"consejos de un Demóstenes."

"Cuando alguna nave de Salamina, sin
"culpa de su piloto, naufraga en el viaje,
"la ley prohibe á ese hombre el ejerci-
"cio de su profesión, con el fin de que
"nadie juegue con la vida de un heleno;
"y á Demóstenes, que ha hundido á Ate-
"nas y á Grecia entera en el abismo, ¿lo
"dejaréis empuñando el timón del Es-
"tado?"

Pocas veces rayó tan alto la elocuencia patética, ó sea: el arte de conmover; y acaso nunca hasta aquel momento (pues aun no había hablado Demóstenes) encontrara el odio más denigrantes expresiones.

La fealdad del perverso no satisface á Esquino cuando pinta al Demóstenes mal ciudadano; y llama en su auxilio á lo horrendo para ajusticiar al Demóstenes sacrílego, á quien arrastra con inauditos insultos desde el *Puerto de las Imprecaciones,* en la llanura de Cirrha, donde provoca, dice, la cólera de los dioses; hasta el campo de Queronea, donde avergüenza al heroísmo heleno, entre los rayos de Júpiter y los bastonazos de Ulises; híbrido engendro de la suprema arrogancia y de la máxima cobardía:—Encélado y Tersites á un tiempo.

Después de esta odisea trágico-ridícula, presenta Esquino el contraste más vivo entre Demóstenes y el verdadero demócrata, cuyo retrato pinta con pincel maestro y vívidos colores:

"Unánimes estaréis, á mi ver, acerca "de las cualidades que debe poseer el buen "demócrata."

"En primer lugar ha de ser hombre "libre por parte de padre y de madre, "pues la desgracia de su nacimiento le "haría enemigo de las leyes, que son la "salvaguardia del poder popular. Sus mayo-"res tienen que ser servidores del pue-

"blo, ó, cuando menos, será preciso que no "hayan sido enemigos, para que no se ven- "guen en el Estado odios de familia. Por "último, y sobre todo: el demócrata ha de ser "modesto y morigerado en su modo de "vivir, puesto que los excesivos gastos lo "arrastrarán á venderse traidoramente; co- "mo también ha de unir al espíritu de rec- "titud, ingenio gracioso en el ejercicio del "lenguaje. ¡Es tan hermoso saber optar por "el partido más útil, y persuadir con la cul- "tura del talento oratorio! Sin este concierto "de facultades, es preferible el buen sentido "á la elocuencia."

"Poseerá, además, el demócrata, alma "varonil, para que en los momentos con- "flictivos y en la guerra no abandone la "causa del pueblo."

"Las cualidades contrarias, propias son "de los partidarios de la oligarquía."

"Aplicad únas y ótras con imparciali- "dad á Demóstenes, y ya veréis cuán ex- "traño es á aquéllas."

"Tuvo por padre á Demóstenes de Pea- "nia, el cual, no he de ocultarlo, era hombre "ingenuo. Pero ¿quién fue su madre? "¿quién su abuelo materno?—Ahora lo "sabréis."

"Existió en otro tiempo un tal Gilón, "natural de Cerámica.—Este hombre en- "tregó á los enemigos nuestra fortaleza "del Ponto."

"Condenado á muerte, evitó el suplicio "con la hüída y se retiró al Bósforo, don- "de recibió de los tiranos de aquel pue- "blo, como recompensa, una posesión lla- "mada *Los Jardines.*"

"Casó con mujer rica, quien le llevó mu- "cho oro; pero..... era una escita!"

"Tuvo dos hijas, que envió aquí con "dotes considerables, y de las cuales casó á "una con quien no sabré nombrar, pues "no quiero atizar más rencores."

"Demóstenes el Peanio, con desprecio de "las leyes del Estado, casó con la otra, "que nos ha dado al embrollón Demós- "tenes: á Demóstenes el sicofanta. Así, "pues, por su abuelo materno es ya ene- "migo del pueblo, puesto que habéis con- "denado á muerte uno de sus antepa- "sados; por su madre es un escita, un "bárbaro: sólo por la lengua es griego, pero "indigno, á causa de su perversidad, de ser "ateniense."

"¿Cuál ha sido su vida? Después de "haber disipado locamente su patrimonio,

"de trierarca pasó á escritorzuelo. Perse-
"guido en este oficio con motivo de sus perfi-
"dias, y vendiendo sus arengas á los ban-
"dos contrarios, lanzóse á la tribuna."

"A pesar de sus enormes rapiñas en el
"Tesoro, le queda muy poco."

"El oro del rey de Persia afluye al
"abismo de sus prodigalidades, pero no
"lo cegará jamás; porque ¿cuáles riquezas
"serán bastantes para saciar á un alma de-
"pravada? Vive, no de sus rentas, sino de
"vuestros peligros."

"En cuanto á saber y á elocuencia, ha
"nacido para decir bien y proceder mal."

"Ha abusado de tal suerte de su cuerpo, y
"desde la infancia, que no quiero decir
"sus envilecimientos, pues tiempo há nos ha-
"cemos odiosos hablando con demasiada
"claridad de las torpezas ajenas."

"Por último: ¿que obtenéis de ese hombre?"
"—hermosos discursos y acciones infames."

"Respecto de su valor, permitidme dos
"palabras nada más."

"Si él negase su cobardía, si no la co-
"nocieseis como él se conoce á sí mismo,
"no me detendría en este punto. ¡Pero él la
"ha confesado ante la Asamblea del pue-
"blo, y vosotros estáis de ello convencidos."

"Réstame sólo recordar las leyes relati-
"vas á gente de esa ralea."

"Solón, nuestro antiguo legislador, creyó
"que debía someter al mismo castigo al
"desertor y al cobarde. Quizá esto os sor-
"prenda. ¡Procesar los impulsos naturales!
"¿Por qué? Pues á fin de que cada uno
"de nosotros, más temeroso de las penas
"legales que del enemigo, ofrezca á la Pa-
"tria un intrépido defensor. Ved ahí cómo
"el legislador priva de la aspersión lus-
"tral y excluye de la plaza pública á los
"que no quieren empuñar las armas, á
"los cobardes, á los desertores. Rehúsales
"todo premio: recházalos de los sacrificios
"ofrecidos por la Nación."

"¡Y tú, Tesifonte, intentas coronar á
"quien la ley le niega la corona! Tu decre-
"to llama á la escena, durante las tra-
"gedias en el Templo de Baco, á un in-
"digno cuya cobardía ha entregado al
"enemigo nuestros templos y los sepulcros
"de nuestros mayores."

"Temo apartaros del objeto de la dis-
"cusión; pero no puedo menos de presen-
"taros esta regla de conducta:—cuando
"Demóstenes se llame defensor del pue-
"blo, examinad, no sus arengas, sino su

"vida; no lo que dice ser, sino lo que
"es en realidad."

"Y supuesto que os he hablado de coro-
"nas y de recompensas, predígoos ¡ate-
"nienses! que si no reprimís esa profusión
"de honores prodigados al azar, no obten-
"dréis ni el reconocimiento de los que
"los reciben, ni ventaja alguna para los
"intereses públicos."

"Los malvados no se corregirán, y á
"los buenos los sumiréis en el mayor des-
"aliento. Si os preguntan:—¿qué época
"os parece más gloriosa para Atenas:—la
"de nuestros antepasados ó la actual? La
"de nuestros antepasados, responderéis unán-
"nimes. ¿Eran acaso mejores entonces los
"hombres que lo son hoy? Sí: entonces eran
"distinguidos, hoy degenerados."

"Las coronas, las recompensas, las procla-
"maciones, ¿eran tan frecuentes como hoy?
"Nó. Escaseaban entonces los honores y glori-
"ficábase el nombre de la virtud. Ahora has-
"ta la virtud se ha envilecido; y las coronas
"las prodiga la costumbre, no la reflexión."

"Según este paralelo ¡atenienses! no es
"extraño que las recompensas sean ahora
"más numerosas, y entonces estuviera la
"Patria más floreciente."

"Tratemos de explicar la causa."

"¿Creéis que para ganar la corona en "Olimpia ó en otros juegos, desearían los "atletas ejercitarse en la lucha y en el pu- "gilato, ó en diferentes peligrosos comba- "tes, si se concediese aquélla, no al más "digno, sino al más intrigante? Ni uno "solo la querría. Pero como el premio es "raro, de dificultosa y plausible conquista; "como la victoria inmortaliza al vencedor; "existen hombres que exponen la vida, "sufren mil trabajos, afróntanse con los "peligros."

"¡Pues bien! vosotros sois los jueces "del campo en que combate la virtud "cívica. Si dais las recompensas á cierto "número reducido, á los más dignos, se- "gún las leyes, abundarán los émulos del "patriotismo; si, por el contrario, premiáis "al primer ambicioso, corromperéis los más "nobles caracteres."

"¿Quién os parece hombre de mayor alien- "to: Temístocles, que comandaba vuestra "Armada cuando vencisteis á los persas "en Salamina, ó Demóstenes el desertor? "¿Milcíades, vencedor de los Bárbaros en "Maratón, ó ese cobarde?"

"Pero ¡oh Dioses del Olimpo! es pro-

"fanación el nombrar estos grandes hom-
"bres al lado de ese monstruo. Cítese uno
"solo de aquellos patriotas á quien se haya
"coronado. ¿Ha sido ingrata Atenas? Nó:
"ha sido magnánima; y sus ciudadanos,
"sin coronas, fueron dignos de ella, porque
"fundaban la propia gloria, no en la letra
"muerta de un decreto, sino en el recuerdo
"imperecedero de la Patria."

"¿Qué recompensas recibieron? Esto me-
"rece especial mención."

"Vivían en aquellos tiempos algunos ciu-
"dadanos, quienes, después de penosos tra-
"bajos, de grandes peligros, debelaron á los
"medos en las orillas del Estrimón. A
"su vuelta, cuando, ya vencedores, regresa-
"ron á la Patria, pidieron el premio; y el
"pueblo les concedió úno, magnífico pa-
"ra aquella época:—tres hermes de pie-
"dra en el pórtico de los Mercurios; pero
"con prohibición de poner en ellos nin-
"gún nombre, á fin de que la consagra-
"ción pareciera dirigida al pueblo y no á
"los generales."

"Juzgad de ello por las inscripciones."

"Grabóse al pie de la primera estatua:

"*Grande ánimo alentaba á los generosos*
"*guerreros que quebrantaron el imponente*

"*furor de los antiguos persas, con el hambre*
"*devoradora, con la espada y con el espanto.*

"En el de la segunda estatua:

"*A sus valientes generales, Atenas recono-*
"*cida.—Anímese la futura generación á defen-*
"*der la Patria cuando contemple esta recom-*
"*pensa.*"

"En el de la tercera estatua:

"*Menesteo en los campos frigios, digno*
"*compañero de los Atridas, educa y adiestra*
"*á los combatientes, y sus rápidas victorias*
"*enaltecen á los hijos de Atenas. Tú cantaste,*
"*Homero, su ingenio y su fama, y dotaste á*
"*tus conciudadanos con el arte que eterniza*
"*el triunfo.*"

"¿Dónde está aquí el nombre de los ge-
"nerales? En ninguna parte; y en todas
"el nombre del pueblo."

"Entrad en el pórtico de los Cuadros.
"(Porque los monumentos de nuestras altas
"acciones rodean la plaza pública)".

"Ahí está pintada la batalla de Maratón.
"¿Quién era el general? Milcíades. Y no
"obstante, su nombre no está allí. ¡Pues
"qué! ¿no pidió tal honor? Sí; pero negóselo
"el pueblo, y tan sólo le concedió el de que
"apareciese en primer término exhortando á
"sus soldados al cumplimiento del deber."

"Ved en el templo de Cibeles, cerca del "Consejo, la recompensa concedida á los que "devolvieron al pueblo sus hogares."

"Arquinos de Celo, uno de los liberta- "dores, propuso é hizo sancionar el decreto."

"Concediéronse mil dracmas para sacri- "ficios y ofrendas: menos de diez dracmas "por cabeza; y en vez de la corona de oro, "se les agració con una de olivo. Entonces "la corona de olivo era altísimo honor; "hoy la de oro ha caído en menosprecio."

"Y la distribución no se fió, por cierto, "á la casualidad. El Consejo inquirió cui- "dadosamente quiénes combatieron con "denuedo en File, sosteniendo el sitio "contra los lacedemonios y los trentinos; "quiénes no huyeron, como los cobardes "desertores de Queronea!"

IV

Bastan los pasajes transcritos para señalar, ya que no para exponerlo en toda su acción, el poder oratorio de Esquino, en cuanto la letra por sí sola puede hacerlo, despojada del timbre de la voz, de la acción y del gesto, que vienen á

constitüír la entidad del discurso, ó sea: la palabra hecha hombre.

Gracias al Proceso de la Corona conocemos inequívocamente el origen de la *Guerra Sagrada;* guerra que explicarán después los historiadores, aunque sin el calor con que pinta Esquino la destrucción del *Puerto de las Imprecaciones* en la ciudad de Anfisa, y la serie varia y azarosa de los acontecimientos que suscitaron el poderoso Imperio Macedónico.

Trozos tiene la acusación de Esquino en que la oratoria, sin dejar de ser tal, reviste, hasta cierto punto, el sagrado horror de la tragedia esquílica; pareciéndonos que el auditorio, incorporado al orador, asumiera el carácter del coro antiguo, y prorrumpiese, repitiéndola, en aquella exclamación solemne como el arrepentimiento, que renueva el espanto de pasadas calamidades: "*—¡ Nó: no hemos vivido la vida ordinaria de los hombres:—hemos nacido para asombro de la posteridad!*"

Tebas, barrida del suelo de Grecia por la cólera de los dioses en castigo de sus deslealtades; Atenas, que no lucha ya por el glorioso engrandecimiento de los helenos, sino sólo para poseer el solar que

sus progenitores consagraran; las víctimas de la guerra, los que osaron arrostrar, á sabiendas, estéril sacrificio, desoyendo el oráculo del Dios; y como profética sentencia salida del sepulcro, la voz del cantor sereno de *Los trabajos y los Días*, anunciadora de tremendas catástrofes, por desgracia cumplidas; son rasgos de inmarcesible belleza, que acaso podrán igualarse alguna vez, pero superarse, jamás.

Si cuando se esparce puede compararse Esquino á dilatado piélago concitado por borrascoso viento, abunda, si se concentra, en energías tan inesperadas como poderosas.

Así: para pintarnos á Demóstenes en la tribuna, llámalo *fabricante de palabras*, y añade que *arrancarle la lengua sería tapar los agujeros á una flauta;* para retratarlo en sus inconstancias, figúralo *más vario en vueltas y revueltas que su nativo río, el Euripo, cuyas orillas habita;* intenta exponer cómo *ha abusado* (Demóstenes) *de su cuerpo desde la infancia*, pero renuncia á ello, porque *se haría odioso hablando con demasiada claridad de tales torpezas;* y por último, contrapone la corona de oro con que se intenta premiar á Demóstenes roto y fugitivo en Queronea, á los hermes de piedra conmemora-

tivos de las victorias alcanzadas en las orillas del Estrimón:—trofeos que no ostentan ni el oro ni el marfil, atributos de los dioses, ni otra inscripción sino los versos del Ciego sublime cuyos cantos crearon el arte único: el arte que eterniza la fama de los héroes, exaltando su nombre á la par del nombre de los dioses.

Fue Esquino quien produjo la perfecta alabanza de la clemencia política, cuando dijo ser *la amnistía la palabra más hermosa que han pronunciado los hombres;* y también salió de sus labios aquel apóstrofe terrible, que se cumple aun hoy día como fatídica ley histórica:—"*¿Habéis olvidado ¡atenienses! que la opresión de la justicia ha sido siempre y en todas partes el preludio de la tiranía?*"

Al modo de hábil capitán, prevé Esquino las contingencias todas de la lucha; estrecha á su adversario; ciérrale las salidas á fin de no dejarle opción sino entre el rendimiento ó la muerte; y para ello trata de imponerle un plan de defensa subordinado á la acusación, siguiendo el cual, de seguro, todo estará contra Demóstenes, quien no logrará borrar los cargos, antes bien los afianzará, renovando

en la memoria de los jueces los afectos diestra y sagazmente movidos por su acusador.

Por donde llega Esquino á estas conclusiones:

"¿Que sucederá si no le escucháis así? "Entrará en la escena, como sutil trampo- "so, como malvado audaz, como verdu- "go de la República; porque el misera- "ble llora con mayor facilidad que otros "ríen, y comete perjurios sin escrúpulos."

"Ni me sorprendería de que, nó lágri- "mas, sino injurias derramase sobre los "ciudadanos reünidos en este recinto, y ex- "clamara:—Cerca de la tribuna del acusa- "dor veis á los partidarios de la oli- "garquía; á los demócratas cerca del acu- "sado."

No desdeña Esquino lo sarcástico; todo lo contrario: mézclalo con lo ridículo como para ponerlo más de resalto por el contraste entre lo uno y lo otro.

"¿Cuál es el objeto de tántos y tan pe- "nosos cuidados? ¡Coronas de oro, procla- "maciones en el Teatro, contra lo prescrito "por las leyes! Si el pueblo, viejo delirante, "olvidando sus infortunios, acordase conce- "der esa corona; él, Demóstenes, debería

"presentarse y decir:—¡Atenienses! acepto "la corona, pero por lo que hace al "modo de la proclamación, lo rechazo. "Nó: los mismos sucesos por los cuales la "Patria se cubre la frente, llorando, no "deben servir para colocar con ostenta-"ción una corona en la mía.—Esto di-"ría un hombre sinceramente virtuoso, "pero no tú; tú hablarás como el criminal "que finge virtudes."

"¡Por Hércules! No temáis ¡atenienses! "que Demóstenes, intrépido guerrero, hé-"roe magnánimo, frustrado el premio del "valor, se dé muerte al entrar en su "casa (*) Nó. El ríe de vuestra estima-"ción; con procesos se ha hecho pagar las "heridas que merecidamente recibiera; ha "valorado en oro las bofetadas que le dio "Midias y cuyas marcas muestra aún en "las mejillas. Porque ese hombre lleva "sobre los hombros, no una cabeza, sino un "capital (**)"

Si establece paralelo entre él y Demóstenes, hácelo con tal movimiento de con-

---

(*) Alusión á Ayax, que se dió muerte cuando los griegos adjudicaron á Ulises, su competidor, las armas de Aquiles.

(**) Juego de palabras malignamente donairoso en griego.

vicción y con tal arte; imita de modo tan magistral las cóleras suscitadas por la injusticia, que nos parece oír el acento de la verdad. Así falsifica el orfebre, hasta igualarlos en brillo y limpidez, el oro y el diamante; y á no ser por la conducta del pueblo de Atenas, que premia al acusado y condena al acusador, suspenso estaría aún el juicio de la historia.

"¡Atenienses! jamás he envidiado las "ocupaciones de Demóstenes, y nunca me "he avergonzado de las mías. Los discursos "que he pronunciado ante vosotros, míos "son, no los niego; pero si pudieran pare- "cerse á los de ese hombre, me creería reo "de muerte."

"El silencio ha sido regla de mi mo- "desta vida."

"Satisfecho con poco, no he deseado "enriquecerme á costa de deshonras. Hablo "y callo con reflexiva determinación; nun- "ca impulsado por el capricho de ávidas "concupiscencias."

"Pero tú, si se te paga, enmudeces; una "vez disipado el oro, gritas. Hablas, no por "propio impulso sino obedeciendo las órde- "nes de quien te compra. Hé ahí por qué

"aventuras sin pudor afirmaciones acerca
"de cuya impostura se te convence en se-
"guida."

"Así, pues: esta acusación, emprendida
"en tu sentir por complacer á Alejandro,
"la suspendí cuando vivía Filipo; antes
"del advenimiento de Alejandro, antes de
"tu sueño á propósito de Pausanias, an-
"tes de tus coloquios nocturnos con Mi-
"nerva y con Juno. ¿Cómo había de adu-
"lar con anticipación á Alejandro, yo que
"no sé soñar como Demóstenes?"

"Me criticas porque ocupo raras veces
"la tribuna; ¿y crees ignoremos que ese
"pensamiento te lo ha sugerido, no la
"libertad popular, sino un gobierno muy
"diferente? En la oligarquía no acusa
"quien quiere, sino quien domina; en la
"democracia acusa aquel que quiere acu-
"sar y cuando le place. Porque hablar
"de tiempo en tiempo caracteriza al ciuda-
"dano atento á las circunstancias y amigo
"del pueblo; al paso que hablar todos los
"días oficio es y tarea de mercenarios."

Terminaré estas inserciones con el pasaje en que Esquino, apurando la materia, considera la coronación de Demóstenes como ejemplo corruptor para la juventud.

"Si os piden los jovenes algún modelo que
"seguir, ¿cuál le daréis? Porque, ya lo
"sabéis: palestras, escuelas, ciencias, be-
"llas artes, contribuyen menos á la edu-
"cación que las proclamaciones públicas.
"¿Coronaréis en el Teatro por su virtud
"á algún malvado? Pues tal espectáculo
"corromperá á la juventud. ¿Castigáis al
"infame, al desenfrenado:—á un Tesifonte?
"Será para ella elocuente lección. Si al
"volver al hogar el autor de una deter-
"minación injusta y vergonzosa trata de
"aleccionar á su hijo, no será, y con razón,
"escuchado por éste. Decidid, pues, no tan
"sólo como jueces, sino como responsables
"ante todos los ciudadanos ausentes. ¡Ver-
"güenza para vosotros si se os compara, no
"con vuestros heroicos antepasados, sino
"con Demóstenes el cobarde!"

"Y ¿cómo escapar á tamaña ignominia?
"Desconfiando de esos hombres que ocul-
"tan la perfidia bajo el nombre de ami-
"gos. El título de celoso demócrata es al-
"to premio, que ordinariamente obtienen
"por medio de palabras aquellos que más
"lejos están de serlo por las acciones.
"Así: cuando os encontréis con algún ora-
"dor ambicioso de brillantes coronas, de pro-

"clamaciones hechas ante todos los hele-
"nos, aplicad al caso las leyes que exigen
"pruebas de lícita renta: que os pruebe la
"regularidad de su vida, la integridad de
"su carácter. A quien no lo hiciere no
"le ratifiquéis los elogios concedidos; y así
"velaréis sobre la mermada autoridad po-
"pular. ¡Ah! ¿no os parece extraño que
"con desprecio del Consejo y del pueblo,
"los particulares reciban cartas y emba-
"jadas de las primeras potencias de Eu-
"ropa y de Asia? Sí: lejos de negar tal
"crimen, castigado con la muerte por
"nuestras leyes, algunos ciudadanos se
"vanaglorian de cometerlo. Comunícanse
"sus despachos. Los unos os dicen:—fijad
"sobre nosotros los ojos; somos los guar-
"dianes de la democracia. Los otros: re-
"compensadnos, puesto que hemos salva-
"do la República."

"Entre tanto, encorvado bajo el peso de
"sus infortunios, el pueblo, viejo delirante,
"conténtase con un poder ficticio, y tras-
"pasa á ótros el ejercicio de su legítima,
"de su propia autoridad. Así, sin resolver
"nada, abandona la Asamblea, como se sale
"del festín costeado por todos, después de
"haberse repartido los despojos."

V

Creo firmemente que cada lector de esta pieza oratoria repetirá al terminar la lectura de ella la exclamación de los rodios discípulos de Esquino: *¿Cómo pudiste ser condenado con discurso tan elocuente?*

Porque, en efecto: nunca se demostró con lógica más rigorosa la ilegalidad de un asunto, que lo hace Esquino de la proposición de Tesifonte; ni las sanciones prohibitivas de la ley en un caso dado, se comprobaron de modo más tangible.

Como alegato, la primera parte de la acusación es irrefutable; y si en la segunda el arte retórico aparece casi siempre con los atributos de la elocuencia; si el acusador es no pocas veces patético, á menudo grandioso y alternativamente brillante; los argumentos que produce para acusar á Demóstenes carecen de fuerza, y por poco que se contrapesen con la defensa de éste, hállanse viciados de falsedad, como sugeridos, al fin, por el odio y la venganza.

De ahí, acaso, la precisa y gráfica expresión de Quintiliano á propósito de la

elocuencia de Esquino, *la cual*, dice, *tiene más carne que músculos.*

Orador alguno en ningún género trazó con mayor habilidad el plan de un discurso; pero la falta de trabazón en las partes, que comunica á aquéllos fuerza incontrastable hasta presentarlos en la integridad de un todo incompatible con la menor desmembración; la ausencia del aliento poderoso que ejercido en el campo del arte produce cierta impresión cuanto uniforme irresistible; tachan la obra de incompleta y aíslan, deslustrándolas, las bellezas en ella esparcidas.

Por lo demás: si la elocuencia de Esquino en esta acusación no puede decirse uniforme hasta formar un todo compacto, único, como el maderamen de la heráldica galera de Salamina, ¿quién no habrá de admirar en ella el ardor vehemente y la abundancia de expresiones ora sentenciosas, ora sarcásticas, tan atrevidas é inesperadas como las destrezas del atleta?

Si la retórica artificiosa hubiera podido triunfar de la elocuencia, Esquino habría vencido en el proceso de La Corona.

VI

Pero ello no era dable cuando se trataba de la causa del derecho y de la justicia defendida por Demóstenes y juzgada por la ciudad de Minerva; cuando la verdad, expuesta con hechos patentes, resplandecía en la belleza de las formas; cuando, en fin, la honradez y la elocuencia concurrían en Demóstenes para encarnar en su persona el verdadero, el perfecto orador:—*Vir bonus dicendi peritus.*

Y sin embargo: no se presenta el contendor de Esquino tan confiado en sus propias fuerzas, como para que se deje de adivinar, ó mejor: para que no se eche de ver en el exordio de su discurso la temerosa inquietud que interiormente lo conmueve en casos semejantes, al decir de algunos de sus biógrafos.

Acaso resonaba siniestramente en sus oídos aquella frase terrible por lo verdadera y atrevida por lo enérgica, con que retrata Esquino al pueblo de Atenas cuando lo apoda *Viejo delirante;* y acaso también más de una víctima de la volubi-

lidad ateniense presentábase á los ojos del acusado.

Ya sabemos por cuáles razones intentara Esquino imponer á Demóstenes el plan que debía seguir en la defensa, y cómo se había esforzado para traer á tal punto los jueces.

Así, pues, á este particular se dirige en primer término la energía de Demóstenes.

No bastaba, empero, la lógica legal para demostrar la malicia que tal imposición envolvía; necesario era poner el derecho del acusado no sólo bajo la protección de los fueros civiles, sino al amparo de lo que es más sagrado, más imponente aún: —bajo el patrocinio de la piedad, atributo supremo de los dioses, y bajo la égida de la justicia, virtud excelsa de los pueblos.

Porque los ingenios máximos son piadosos y justicieros, como mediadores, al fin, entre la conciencia de los hombres y la bondad de lo Alto, para mantener la paz social y el buen orden político, polos simpáticos de toda asociación humana constitüída en gobierno.

Admirable es el arte con que harmo-

niza Demóstenes los diversos afectos que trata de mover en el exordio de su discurso; y más admirables aún los medios de que se vale para hacer prevalecer la emoción sobre el raciocinio.

Invoca primero á los dioses inmortales; apela en seguida á la justicia humana; y establece, por último, un paralelo entre él y Esquino, es decir: entre el abogado del invasor extranjero y el defensor de la independencia patria.

Diríase que el orador no perora sino canta, inspirado por algún genio, un himno religioso en el cual alternan y se confunden lo solemne con lo patético; y que Júpiter y Minerva:—la omnipotencia del cielo y la sabiduría de la tierra, concurren como testigos mudos, pero imponentes, á aquel juicio en que contienden la cobarde utilidad y la abnegada justicia.

"Comienzo rogando á los Dioses Inmorta-
"les que os inspiren para conmigo ¡atenien-
"ses! las mismas disposiciones que siem-
"pre he sentido por vosotros y por la
"República; y al propio tiempo os persua-
"dan, puesto que así lo pide vuestro
"interés, vuestra equidad y vuestra glo-
"ria, á que no debéis obligarme siga en mi

"defensa el orden trazado por mi enemigo.
"Que nada sería más injusto ni más opuesto
"al juramento por vosotros prestado de es-
"cuchar imparcialmente á las dos partes;
"lo cual no sólo significa que debéis ser
"neutrales en vuestro juicio, sino también
"permitir al acusado la elección de los me-
"dios discernidos por él más oportunos con
"el fin de justificarse."

"Lleva Esquino en este litigio muchas
"ventajas sobre mí, de las cuales dos so-
"bre todo ¡oh atenienses! son harto im-
"portantes. Los peligros que corremos no
"son iguales; porque si él no gana su
"causa, nada pierde; y si yo me ena-
"jeno vuestra amistad..... Pero nó: no sal-
"drá de mis labios ninguna palabra acia-
"ga en los momentos en que comienzo
"á hablaros."

"La otra ventaja que lo favorece consiste
"en que hay natural inclinación á escuchar
"con agrado las acusaciones y las calumnias,
"y con disgusto la defensa de los que se ven
"obligados á hablar bien de sí propios."

"Esquino tiene, pues, en su favor cuan-
"to concilia la atención simpática de la
"mayor parte de los hombres:—yo sólo
"tengo lo que los enoja y ofende."

"Si guardo silencio sobre los actos de "mi vida pública, incompleta será mi jus- "tificación, y podréis creer que os habéis "engañado al considerarme digno de pre- "mio. Si me extiendo sobre lo que he "hecho en servicio del Estado, tendré ne- "cesidad de hablar frecuentemente de mi "persona."

"Procuraré, pues, hacerlo con la me- "sura que me sea posible; y lo que me "vea obligado á decir respecto de mí mis- "mo, atribüídlo ¡oh atenienses! al que me "ha reducido á tener que defenderme."

"Creo ¡oh jueces! que todos conven- "dréis en que este debate nos es común "á Tesifonte y á mí, y en que no debo "hacer por conseguir sentencia favorable "menos esfuerzos que él mismo. Triste cosa "es ser despojado de todo, y más aún "por el enemigo; pero perder vuestra "simpatía y vuestro afecto, desgracia es "tanto más sensible, cuanto nada hay para "mí tan precioso como vuestra estimación. "Y puesto que son tales las contingen- "cias del combate, creo justo, y os lo su- "plico, escuchéis mi defensa con la impar- "cialidad impuesta en las leyes que esta- "bleció Solón aconsejado de su amor por

"vosotros y por la democracia, cuyo imperio
"creyó deber perpetuar grabándolas en ta-
"blas de piedra y dándoles por guardián
"el juramento de vuestros Tribunales."

"No quiero decir con esto que el Legis-
"lador desconfiase de vosotros; pero acaso
"preveía que las inculpaciones y las calum-
"nias del acusador alcanzarían irremedia-
"blemente al acusado, si vosotros, atentos
"siempre á los deberes de jueces, no acogíais
"favorablemente al segundo orador; y es-
"cuchándolo con ánimo imparcial, llega-
"bais á pronunciar justa sentencia."

"Debiendo dar en este día cuenta de
"mi vida entera como particular y como
"hombre público, he invocado é invoco
"de nuevo á los Inmortales. Ante voso-
"tros les pido, sí, que os inspiren para
"conmigo en los ataques de que soy objeto,
"benevolencia tan completa como grande
"ha sido en todas ocasiones mi amor á
"la Patria y á mis conciudadanos. Y ¡ojalá
"os dicten también los Dioses el decreto
"que reclaman el honor nacional y la con-
"ciencia de los buenos!"

"Si se hubiese limitado Esquino al ob-
"jeto de su acusación, mi primer cuida-
"do sería justificar el decreto del Consejo;

"pero, puesto que la mitad de su dis-
"curso consiste en divagaciones y en falseda-
"des contra mí, creo necesario y justo
"¡atenienses! responder primero á ellas bre-
"vemente, á fin de que ninguno de vos-
"otros, extraviado por tales digresiones,
"pueda escucharme con desconfianza so-
"bre la acusación misma."

"Hé aquí la respuesta que á sus in-
"vectivas y calumnias contra mi persona
"doy: ved cuán sencilla, pero al propio
"tiempo, cuán sólida es."

"Si vosotros, entre quienes he vivido
"siempre, me consideráis tal como me ha
"pintado el acusador, imponedme silen-
"cio; y no dudéis en condenarme aun cuan-
"do los actos de mi gobierno os parecieren
"prodigiosos. Pero si me reputáis más digno
"y de mejor origen que él; si, dicho sea
"con modestia, sabéis que mi familia no
"cede en honradez á ninguna otra; no lo
"creáis en lo demás que ha manifestado;
"porque, indudablemente, todo ha sido obra
"de su invención."

"Sólo os pido, pues, para este proceso la
"bondad que siempre os dignasteis dispen-
"sarme en otros muchos."

Sea que la perspicacia del orador le-

yese en la fisonomía del concurso señales de asentimiento, lo que era fácil percibir en un pueblo como el ateniense que llevaba la franqueza hasta la imprudencia; sea que, como dice Platón el divino, la elocuencia perfecta obra es de *la razón apasionada;* sea, en fin, que en aquel momento la naturaleza del hombre sobrepujase al arte del orador, acaso para realzarlo; ello es que quien, hace poco, alzaba himno deprecatorio á la bondad de los dioses y á la justicia de los hombres, prorrumpe ahora en este apóstrofe en que hierven la venganza y la ira, entre los estridentes clamores de mal comprimida cólera.

"Insidioso Esquino: ¿has podido incu-
"rrir en la candidez de creer que, ponien-
"do á un lado mis actos políticos, aten-
"dería sólo á rechazar tus invectivas perso-
"nales? Nó: no esperes de mí semejan-
"te desvarío. Tus mentiras, tus calum-
"nias sobre mi magistratura serán, por
"el contrario, el primer objeto de mi
"examen. Cuanto á las injurias que me has
"prodigado, más adelante, si se me quiere
"escuchar, te las tomaré en cuenta."

Nunca se admirará lo bastante el rasgo característico de este apóstrofe; rasgo

que pone de manifiesto en Esquino la astuta sutileza del sofista, y en Demóstenes el dominio sobre sí mismo del perfecto orador.

Porque juzgó, y con razón, Esquino, que atacando á su contendor en la vida privada, obedecería éste á los impulsos de la naturaleza y pospondría cualquiera otra materia para dar rienda suelta á la venganza; pero Demóstenes, sujetando esta pasión generalmente indómita, justifícase primero como magistrado, para defenderse luégo en la vida social. Así lo pedía la gradación del asunto, porque lo que sobre todo importaba al pueblo de Atenas eran sus propios intereses, defraudados, según Esquino, por Demóstenes.

Justificado el hombre público, la defensa del hombre privado era fácil y expedita; que si la gloria alcanzada con acciones heroicas y magnánimas redime hasta del crimen, según el criterio extraviado de las muchedumbres, ¿cuánto más no realzará al ciudadano la vida honesta que tiene por norma el deber y por norte la justicia?

Y Demóstenes podía vanagloriarse de haber sido el defensor constante de la independencia griega; de haber levantado

con la palabra y con el ejemplo el decaído ánimo popular; y, por último: de haber permanecido impertérrito entre las ruinas de la patria, faz á faz de enemigas victorias.

Pero antes de exponer sus actos como patriota y como magistrado, y al intento de prevalecer en el ánimo de los jueces, entra á considerar los crímenes que gratuitamente le imputa Esquino; crímenes todos cuyo castigo sancionan las leyes de Atenas, con inflexible, con inexorable rigor.

¿Por qué no se aplicaron oportunamente estas leyes?

Ello equivalía á la complicidad de la República representada en sus magistrados; á la complicidad de todo el Atica, por no decir de Grecia toda, representada, por lo menos, en la ciudad de Atenas; á la complicidad, en fin, del propio Esquino.

Y luégo, prosiguiendo el discurso, sella este incidente del proceso con argumentos tan poderosamente lógicos, que lo ponen en posesión de la victoria.

Desde tal punto queda postergada la autoridad moral del acusador, y Demóstenes no tiene ya de frente al ministro de

la justicia nacional, sino al enemigo á quien mueven el odio y la venganza.

Había triunfado ya.

"Cuando Esquino me vio cometer los "enormes crímenes de Estado que con "voz teatral ha expuesto, debió en segui- "da acusarme legalmente. Si yo mere- "cía, en su concepto, ser perseguido co- "mo traidor, ¿por qué no me denunció "entonces? ¿Por qué no hizo que se me "formase proceso según la norma acostum- "brada en nuestros tribunales? Si las leyes "quedaban violadas por mis decretos, ¿por "qué no me acusó como violador de las "leyes? En verdad que el hombre capaz "de perseguir á Tesifonte por causarme "daño, no habría desperdiciado entonces "la ocasión, si hubiese creído le fuera propi- "cia para confundirme. ¿Me tenía por culpa- "ble ese calumniador de las prevaricaciones "que ha enumerado ó de cualquier otro "crimen? Pues bien: para todos los deli- "tos tenemos leyes, procedimientos, justi- "cia y severos castigos:—hé ahí las ar- "mas que debió esgrimir contra mí. Si "este hubiera sido el curso de las cosas, "la acusación actual correspondería á la "conducta pasada del acusador. Pero no

"fue así ¡atenienses!.—Esquino, lejos de "seguir la única senda recta y justa que "se le ofreciera, y largo tiempo después "de haber callado en faz de los hechos, "viene á amontonar cargos, ironías é in- "vectivas; viene á representar una come- "dia. Además: es á mí á quien acusa, y "á Tesifonte á quien denuncia ante el "tribunal.—Entre las muchas razones que "militan en pro de Tesifonte, constituye "ésta la que más lo favorece; porque "si Esquino y yo teníamos que ventilar "querellas personales, es el colmo de la in- "justicia comprometer á un tercero."

Plantear el problema en estos términos, era al propio tiempo resolverlo, pero resolverlo en su conjunto; y la naturaleza de la causa pedía ser examinada y juzgada hasta en sus más insignificantes minucias. De ahí el que de lo general pase ahora Demóstenes á exponer y discernir á la luz de la lógica más rigorosa los incidentes de aquél; de ahí que para ello examine la situación de Grecia en la época de los sucesos, á fin de que cada acontecimiento se considere en sus relaciones con las circunstancias de lugar y de tiempo en que forzosamente hubo de verificarse.

Bastará al intento sentar, antes de todo, como verdad previa, que el Orador era absolutamente extraño á los sucesos inmediatos de la guerra fócea, y pintar luégo el teatro de ésta, con los riesgos morales y materiales que en él concurrían para poner en peligro la vida de la República, ó cuando nó, deslustrar su honra.

"Encendida la guerra de la Fócida, no "por mí, puesto que aun no había toma- "do parte en el Gobierno, ¿cuáles eran "vuestras disposiciones? Deseabais la salud "de los fóceos, aunque culpables á vues- "tros ojos; cualquier revés de los tebanos "os hubiera alegrado, pues habían incu- "rrido en vuestro resentimiento por el abuso "que brutalmente hicieron de su victoria de "Leuctra; todo el Peloponeso estaba dividi- "do; los enemigos de los lacedemonios eran "allí muy débiles para que pudiesen ven- "cerlos; y los caudillos puestos al frente de "las ciudades, carecían de autoridad. Aque- "llos pueblos, como los demás helenos, esta- "ban agitados por interminables discor- "dias."

"Filipo, testigo de estos males, que eran "públicos, prodiga el oro á los traidores "de cada comarca; fomenta el odio entre

"los pueblos; lánzalos únos contra ótros,
"para servirse luégo de las faltas comunes
"y de las rivalidades despertadas, á fin de
"acrecentar el poder macedónico y avasa-
"llarlo todo. Debilitados por larguísima
"guerra, los tebanos, entonces tan altivos
"cuanto hoy desventurados, íbanse á ver
"forzosamente en la necesidad de recurrir á
"vosotros. Filipo, para impedir la alianza,
"ofrece á los tebanos un refuerzo y á vos-
"otros la paz. ¿Qué lo ayudó á haceros
"caer, casi voluntariamente, en el lazo?
"¿La cobardía ó la ignorancia de los de-
"más helenos? Quizá ambas cosas juntas.
"Os veían sostener la guerra: guerra sin
"término promovida en beneficio de los
"intereses de todos, como los hechos lo
"han demostrado; y sin embargo, ni se
"acudía con el contingente en hombres,
"ni con dinero, ni con ninguna clase de
"socorros."

"Justamente irritados, prestasteis oídos á
"las proposiciones de Filipo."

"La paz fue, pues, impuesta por las cir-
"cunstancias y no por mí, como ha di-
"cho ese calumniador. Inquirid la causa
"verdadera de nuestras desgracias presen-
"tes y la hallaréis en las iniquidades de

"los hombres vendidos para ajustar aquel
"pacto ignominioso."

"Si entonces se cometieron faltas graves,
"yo soy completamente extraño á ellas."

"El primero que habló de paz fue el
"cómico Aristodemo. Apareció en seguida
"el que redactó el decreto; el hombre que
"mereció tántas alabanzas por su obra:—y
"ese hombre fue Filócrates de Agnonto,
"tu cómplice, Esquino; no el mío."

"¡Ah! ¡Tú debiste ahogarte antes de
"proferir tamaña mentira! Los que apoya-
"ron la proposición (y cuenta que no exa-
"mino aquí el motivo que los indujo á
"hacerlo) fueron Eúbulo y Cefisonte."

"Demóstenes no intervino en ello ab-
"solutamente para nada."

Narrar circunstanciadamente los sucesos ante los mismos que fueron actores en ellos, valía tanto como sellarlos con el timbre de la verdad.

Aprovecha Demóstenes tal circunstancia para confundir á su acusador, lo que hace magistralmente en estos términos:

"No obstante los hechos tan bien es-
"tablecidos, tan resplandecientes de ver-
"dad, lleva Esquino la impudencia has-
"ta atreverse á asegurar que la paz fue

"obra mía; que yo impedí á la Repú-
"blica el ponerse de acuerdo con los de-
"más helenos. ¡Oh el más,... pero ¿dón-
"de encontraré palabra bastante expresi-
"va para calificarte? Cuando, presente en
"Atenas, me veías perjudicarla tánto, apar-
"tándola de la alianza cuyas ventajas
"acabas de ensalzar teatralmente, ¿por
"qué no estalló tu indignación? ¿Por
"qué no corriste á ilustrar al pueblo, á
"denunciarle los crímenes de que hoy me
"acusas? Si para exclüír á Grecia del
"Tratado me vendí á Filipo, debiste rom-
"per el silencio, gritar, protestar y pro-
"bar mi traición. Nada hiciste, sin em-
"bargo; nadie te oyó tartamudear siquiera
"una palabra. Pero, ¿qué habría dicho
"¡atenienses! aunque hubiese hablado? En-
"tonces no mandasteis ninguna embajada
"á los helenos, quienes hacía mucho tiem-
"po habían manifestado sus intenciones;
"y, por consiguiente, cuanto el acusador
"dice sobre este punto es un tejido de men-
"tiras. Y además de mentir, ofende á la Re-
"pública con sus calumnias. Habla de
"haber llamado á los helenos á la guerra,
"cuando enviabais comisionados á Filipo
"para concertar la paz..... ¡Esto habría

"sido convertiros en Euríbates, (*) dejando
"de ser republicanos y hombres de honor!
"Ni ¿con qué designio habrías enviado en-
"tonces embajadores? ¿Con el de proponer
"la paz? Todo Grecia gozaba de ella. ¿Con
"el de apellidar guerra? Vosotros mismos
"deliberabais para terminarla. Es, pues,
"evidente, que no fui yo el instigador ni
"la causa de la primera paz, y que las de-
"más imputaciones de Esquino, de ello de-
"pendientes, son falsas."

Ajustada la paz en las circunstancias y en los términos expuestos por Demóstenes, importaba sobremanera que Filipo jurase cuanto antes el Tratado para quedar constreñido á cumplirlo; lo cual, señalado por el Orador, hizo que se proveyese á ello sin pérdida de tiempo. Pero el oro del Macedón, que todo lo corrompía ya, impidió el cumplimiento de lo acordado; de manera que cuando Filipo vino á obligarse á los pactos pacíficos, los tracios, aliados de Atenas, habían perdido sus fortalezas de Serrio, de Miscio y de Egisque; y adueñádose aquél

---

(*) Heraldo de Agamenón, á quien encargó éste se robase á Briseida, esclava de Aquiles; robo que ocasionó

La venganza fatal que á los aquivos
Motivo fue de numerosos duelos.

de toda la comarca, aumentando así rentas y ejército para facilidades de sus demás empresas.

No se habría, empero, consumado la ruina de Atenas, y ésta hubiera podido auxiliar oportuna y ventajosamente á los fóceos, sin una nueva infidencia de Esquino, quien, calmando el natural alarma producido por la presencia de Filipo en las Termópilas, persuade á sus compatriotas de que el invasor es aliado de la Fócida y de Atenas, y de que los intereses de estas dos repúblicas y los de Filipo, concurren de consuno á unirlos en perpetua y provechosa paz.

Entre tanto la caída de Tebas, celebrada por el odio ateniense, anunciaba la ruina de la ciudad de Minerva.

Ni era, por otra parte, Esquino, el único aliado de Filipo; el único mal ciudadano, para decir lo menos. Otro había más temido; á fuero de anónimo irresponsable, y á fuero de poderoso invencible; á saber: la corrupción general que todo lo había invadido y dominado; que había convertido á Grecia toda en campo de mezquinas rivalidades, si no de odios impíos.

Esquino era el gestor de aquel comer-

cio asqueroso en que se vendía y se compraba honra con oro é infamias con honores.

Describe Demóstenes el cuadro que presenta esta peste moral, con la misma vivacidad de colores con que lo hiciera Tucídides al describir la *peste negra* que desoló á Atenas en los principios de la guerra del Peloponeso.

"Pero las Repúblicas estaban invadidas "por general pestilencia; y comprábanse "y vendíanse ministros y magistrados; y "los ciudadanos y los pueblos carecían de "previsión ó se dejaban engañar á la luz "del día, por no sacudir un reposo indo-"lente; y extraño contagio lo penetraba "todo; y cada cual imaginaba que por sí "solo podría salvarse de la tormenta, y "que en el peligro común encontraría puer-"to de refugio."

"En castigo de esta profunda é intem-"pestiva incuria, los pueblos han caído en "servidumbre; y los caudillos, que creye-"ron venderlo todo, han conocido al fin "que fueron los primeros en venderse á sí "propios..... En vez de los títulos de hués-"pedes y amigos que recibían con el dine-"ro, resuenan hoy en sus oídos los de adu-

"ladores é impíos, y otros muchos no me-
"nos dignos de sus maldades."

"Porque nunca se enriquece al traidor
"sólo por servir sus intereses. Sucede lo
"contrario:—una vez aprovechada la des-
"lealtad, se le olvida, se le desprecia; y,
"ciertamente, si las cosas no sucedieran de
"este modo, nadie sería tan afortunado
"como los traidores."

"Pero no: no se hizo para los traidores
"la estimación; antes bien, el ambicioso
"que llega á dominar apoyado por ellos,
"conviértese en tirano de los que le pres-
"taron apoyo; y conociendo entonces la
"perversidad de tales hombres, sólo tiene
"para ellos odio, desconfianza y castigos."

"Consultad los hechos que, conserva-
"dos por el tiempo, pueden siempre ofrecer
"enseñanza á los sabios."

"Lastenes fue llamado amigo de Fi-
"lipo mientras no le entregó á Olin-
"to; Timolao hasta la ruina de Tebas;
"Eudicos y Simos de Larisa hasta el se-
"metimiento de Tesalia. Y pronto, muy
"pronto, perseguidos, infamados, agobia-
"dos de males, fuéronse errantes por to-
"da la tierra. ¿Qué ha encontrado Aris-
"trato en Siciona? ¿Qué Perilao en Me-

"gara? ¡Sólo aborrecimiento y desprecio!"

"De todo esto se deduce que tú, Es-
"quino, y tus infames cómplices, debéis
"vuestros suntuosos banquetes al ciuda-
"dano celoso por la Patria; al más elo-
"cuente en combatir la traición; y que si
"todavía vivís, si todavía se os paga, es á
"causa del propio Pueblo, que lucha contra
"vuestras maquinaciones. Abandonados á
"vosotros mismos, estaríais perdidos hace
"mucho tiempo."

Sabedor Demóstenes de que la envidia corroe las entrañas de las democracias, porque nada detesta tánto el ciudadano como la inmaculada grandeza de su igual según la ley; grandeza que convierte en superior al que ha sabido conquistarla; apresúrase á justificar el hecho de ser su propio apologista, achacándolo á Esquino: — á Esquino *que derrama sobre él la repugnante hez de ajenas traiciones y de ajenos crímenes;* á Esquino, quien lo *obliga á defenderse ante jueces en su mayor parte más jóvenes que los sucesos* motivo de la acusación.

Ello era defenderse sin humillar á nadie, excepto al acusador, contra quien descarga en seguida un sarcasmo más ponderoso que la clava de Hércules.

"Quizá harto os habré fatigado, continúa, "puesto que antes de pronunciar una pala- "bra ya conocíais hasta dónde llegó entonces "la venalidad de Esquino. ¡El miserable con- "funde la hospitalidad con la amistad! Y "dice que le vitupero el ser huésped de "Alejandro....."

"¡Yo vituperarte la amistad de Alejan- "dro! ¿Cuándo la adquiriste? ¿Con qué "títulos? Nó: yo no puedo llamarte ni "amigo de Filipo, ni huésped de Alejan- "dro: no soy tan insensato."

"¿Cuándo has visto que los segadores y "las demás gentes que ganan salario se lla- "men amigos y huéspedes de quienes los "pagan? ¡Nó! estos nombres no te con- "vienen, ni pueden convenirte!"

"Mercenario de Filipo antes, mercenario "de Alejandro ahora: así es como yo te "designo y como te designan todos los que "nos escuchan. ¿Lo pones en duda? Pues "pregúntales;... ó más bien, yo les pregun- "taré por tí."

"Decidme, ciudadanos de Atenas: ¿ha "sido Esquino el huésped ó el mercenario de "Alejandro?..... ¿Oíste la respuesta?" (*)

(*) Salta á la vista que este pasaje pide explicación; y como no la trae ninguno de los autores que he

VII

Labor inútil sería la de buscar elementos retóricos en el discurso de La Corona, ni aun la distribución de las partes que, según los maestros, han de tener aquéllos; pero esto lejos de ser un defecto, constituye cierta belleza excepcional é imponente.

Por otra parte: la dilatada amplitud del discurso opónese á cualquier plan simétrico desde luégo perceptible.

No se trata de la belleza de algún lago sereno cuyo marco forman harmoniosas colinas de apacible verdor, sino del piélago conturbado por tempetuoso viento, al que limitan, de una parte, montes gigantescos vecinos del cielo, y de otra el vacío infinito del horizonte.

El orador pasa de lo particular á lo general más arrebatado por la pasión que

---

consultado, doy la del sabio profesor Herbert, de quien la oyó mi ilustrado amigo el señor doctor Juan Pietri.

Designaban los griegos al *mercenario*, propiamente hablando, con el vocablo *Mistódotes;* y como Demóstenes, de propósito, pronunciara *Mistodotes*, haciendo grave el esdrújulo, el pueblo corrigió al Orador. Este entonces, dirigiéndose á Esquino, le dice:—*¿ Oíste la respuesta ?*

por la lógica, ó para decirlo todo de una vez: llevado de *la razón apasionada.*

Si habla de sí mismo, es para confundir á Esquino; si de Atenas, para fulminar la tiranía macedónica; si de la democracia, para presentarla tal cual debe ser:—libre por justiciera y ordenada por libre. Habla siempre, siempre en reivindicación de los derechos patrios ó de los fueros del ciudadano, y con el fin de hacer amables la justicia y la libertad, únicas generadoras del buen orden.

Ha vencido ya á Esquino, lo ha anonadado, y aun no cree satisfecha la vindicta pública; ha puesto de resalto su propia inocencia, y aun no se considera justificado. Poseído del fuego sacro de la dignidad de la Patria y del de su propia dignidad, que hace correr parejas con aquélla, sólo tiene delante, como anhelada recompensa:—para Esquino la corona de acebo del esclavo, y para sí mismo, la corona de oro del triunfador.

Por eso vuelve á cada instante sobre sus pasos, y relacionando los hechos con los términos del decreto propuesto por Tesifonte, hunde más y más á Esquino en el abismo del desprecio público, mientras se

enaltece él más y más en el amor de los buenos.

Después de haber dicho cómo el oro corruptor de Filipo había enervado el patriotismo griego y convertido á casi todas las Repúblicas en mercados de siervos ó en arena de estériles, fratricidas luchas; después de castigar con infamia la memoria de los tesalios y de los dolopos, aliados de Filipo contra Grecia; después de haber retratado la cobarde espectativa de los arcadios, de los argivos y de los mesenios; después de haber mostrado el sepulcro de las libertades griegas sobre las ruinas de la democracia ateniense; pregunta á su confundido adversario: qué hubiera podido aconsejar él, Demóstenes, Consejero del Pueblo de Atenas, sino triunfar con la independencia de la Patria ó sucumbir con ella.

"Dí, Esquino: ¿qué debía hacer la Re-
"pública al ver que Filipo se abría an-
"cho camino para posesionarse de la so-
"beranía de Grecia? ¿Qué proposiciones,
"qué decretos debí presentar yo, Conse-
"jero del Pueblo, y, sobre todo, Consejero
"del Pueblo de Atenas? ¿Qué conducta
"debí seguir, convencido como estaba de

"que siempre mi Patria había luchado por
"la preeminencia, por el honor y por la
"gloria; y de que con noble abnegación
"había sacrificado en beneficio de Grecia
"más hombres y más dinero que Grecia
"toda junta, para atender á la común
"defensa? ¿Qué debí hacer cuando veía
"á Filipo, nuestro enemigo, animado por
"el afán de dominar, hasta el punto de
"que, después de haber perdido un ojo,
"de tener rota una clavícula, y una
"mano y una pierna estropeadas, toda-
"vía ofrecía voluntariamente á la For-
"tuna la parte que prefiriese de su cuer-
"po, siempre que lo dejara vivir glorio-
"samente con el resto? ¿Quién se habría
"atrevido á decir que un bárbaro, naci-
"do en Pella, pueblo entonces sojuzgado
"y oscuro, debía tener alma tan gran-
"de que aspirase al imperio de Grecia?
¿Quién había de creerlo capaz de conce-
"bir tal pensamiento? Ni ¿quién se habría
"atrevido á creer que vosotros ¡atenienses!
"vosotros, á quienes cada día se ofrecen
"en la tribuna y en el teatro recuerdos
"de las virtudes de vuestros mayores, ha-
"bíais de ser tan pusilánimes que corrie-
"seis á entregar á Filipo la Patria enca-

"denada? Nó: semejante pensamiento no
"podía suponerse siquiera. Sólo quedaba,
"pues, oponer vuestra justa resistencia á
"las injustas empresas del invasor. Así lo
"hicisteis desde el principio por vuestro
"interés y por vuestra honra; y yo declaro
"hoy que á ello os induje con mis decretos y
"con mis consejos mientras tomé parte en el
"gobierno."

"¿Debí proceder de otra manera? Te
"lo pregunto de nuevo, Esquino."

"Imposible era olvidar á Anfípolis, á
"Pidna, á Potidea sometidas; imposible
"olvidarnos de Haloneso, de Serrio y de
"Dorisco conquistadas; de Pepareté sa-
"queada; y de otros muchos atentados
"cometidos contra la República. Pero quie-
"ro suponer que los olvidase. Decías al
"hablar de estos hechos, que mis pala-
"bras habían atraído sobre Atenas la ene-
"miga de Filipo, cuando todos los decretos
"de entonces fueron presentados por Eúbulo,
"por Aristofón, por Diofito, y no por mí.
"¿Escuchas, hablador deslenguado, lo que
"estoy diciendo?"

"Prescindiré por ahora de este asunto.
"Pero quiero se me diga:—el que se apro-
"piaba la Eubea y la convertía en ba-

"luarte para inquietar al Atica; el que ponía
"mano usurpadora en Megara, arrasaba á
"Pormos, tomaba á Oreos, instalaba como
"tirano, en este último punto á Filísti-
"des y en Eretria á Clitarco; el que do-
"minaba el Helesponto, asediaba á Bizan-
"cio y destrüía las ciudades griegas ó se
"llevaba cautivos á sus habitantes; el au-
"tor de estas agresiones, repito, ¿no atro-
"pellaba la justicia y los tratados? ¿No
"alteraba la paz convenida? Y ¿no era
"necesario que algún pueblo de Grecia se
"levantase á detenerlo? Si se niega esta
"necesidad; si Grecia debía ser, como se
"ha dicho, presa abandonada sin defensa
"á la rapiña del invasor, existiendo todavía
"dignos atenienses; concedo que nos he-
"mos arriesgado inútilmente, yo al daros
"consejos y vosotros al seguirlos; y pido
"que todas las faltas, que todas las culpas
"recaigan sobre mí. Pero si por el con-
"trario, era preciso oponer alguna barrera,
"¿á qué otro pueblo sino á Atenas corres-
"pondía hacer frente el primero? A con-
"seguir esto dirigí entonces todos mis co-
"natos; y viendo que Filipo corrompía á
"los hombres influyentes, me hice de ellos
"adversario: me ocupé siempre en descubrir

"sus propósitos y en aconsejar á los pue-
"blos que no se sometiesen al yugo del
"macedón."

".....
".....
".....
"..... Porque el hom-
"bre de corazón entero debe siempre aco-
"meter arduas empresas; debe armarse de
"esperanza y sufrir con fortaleza lo que
"los Dioses quieran depararle."

"Vuestros padres así lo hicieron, y los
"más ancianos de entre vosotros han pro-
"cedido de igual suerte."

"Esparta no era vuestra amiga ni vuestra
"bienhechora, y más de una vez Atenas
"había recibido de ella graves injurias. Esto
"no obstante, cuando los vencedores de
"Leuctra se empeñaron en arrasarla, vos-
"otros os opusisteis sin temer el poder y
"la gloria de los tebanos, y sin recordar
"los justos cargos que podríais hacer á
"aquellos por quienes ibais á exponer vues-
"tra existencia."

"De este modo enseñasteis á los pueblos
"de Grecia que cuando alguno de ellos
"os ofende sabéis contener vuestra cólera,
"y que cuando el peligro amenaza su exis-

"tencia ó su libertad, olvidáis vuestros "agravios."

VIII

Al defenderse, al justificarse á sí mismo, confunde de tal manera Demóstenes su propia causa con la causa de Atenas, que la Patria y el Orador constituyen un sólo sér, una sola entidad, si ya no aparece aquélla como ejecutora de los consejos de éste.

El Quersoneso y Bizancio salvados; el Helesponto puesto fuéra de la tiránica ambición de Filipo; Corinto perdonado por Atenas y por ella amparado contra la venganza de los lacedemonios; la Eubea socorrida contra los tebanos, en todas partes victoriosos excepto en el Atica; la marina de guerra, nervio de la República, restaurada en virtud de una ley tan sabia como oportunamente propuesta por el Orador; fueron otros tantos trofeos que le merecieron una corona en recompensa de sus servicios.

Y en él se coronó á sí misma la República.

"Nadie ignora, afirma, que á más de "un gobernante ha coronado la Repúbli- "ca antes de coronarme á mí; pero ¿dón- "de está, excepto yo, el ateniense que, "siendo Orador ó Consejero del Pueblo, "haya hecho coronar á la República?"

El que tal dice en presencia de un pueblo erigido en juez, y cuando este pueblo es nada menos que el ateniense, está, por cima de toda sospecha; puro como la Patria, ileso como la Justicia.

Sólo Pericles, antes que Demóstenes, había hablado en términos semejantes respecto de sí mismo: después de ambos no se encuentra nada igual en los anales de la verdadera elocuencia, es decir: de la elocuencia honrada.

Y luégo, como temeroso de haberse equiparado con Atenas, con la ciudad pensante; apresúrase á borrarse del cuadro y desaparece, por decirlo así, entre la gloria resplandeciente de la República, levantando á ésta hasta las alturas de la apoteosis.

"¡Pues bien! Yo, que en tan arduas "y numerosas ocasiones había contemplado "á Atenas pronta siempre á combatir en "defensa de otros pueblos; yo, al ver "que su propia existencia era objeto de las

"deliberaciones públicas; ¿qué debía pro-
"poner? ¿qué debía aconsejar? ¿El vil
"rencor ¡oh Dioses! contra pueblos que
"la llamaban en su socorro? ¿Pretextos
"fútiles para perder la causa común? ¡Ah!
"¿Quién no tendría hoy derecho de ex-
"terminarme si hubiese intentado man-
"char con una sola palabra la gloria de
"Atenas? Sé, por otra parte, perfectamen-
"te, que jamás habríais procedido en men-
"gua de vuestra honra. Si lo hubiéseis
"deseado, ¿quién os detenía? ¿No erais
"libres? ¿No estaban á vuestro lado pa-
"ra aconsejaros los mismos miserables que
"hoy me acusan?

IX

Si Demóstenes hubiera seguido en la defensa el orden que tratara de imponerle su acusador, habría emprendido aquélla bajo impresiones adversas, pues que el punto de la rendición de cuentas, sobre ser de naturaleza ingrata, no le era muy propicio que digamos, dada la fría claridad de la ley, contra la cual no quedaba otro recurso

sino la práctica, tántas veces repetida, violatoria de ella.

Fuera ó no la referida ley expresión estricta de la justicia, ello es que el Pueblo de Atenas se atuvo en este caso, no al derecho escrito en papel, sino á esotro que lleva en la conciencia todo hombre de buena voluntad.

Así lo comprendió Demóstenes; é invocando nuevamente los servicios prestados por él á la República y á Grecia toda, fía en la memoria popular el hacer justicia á tales merecimientos, puesto que insistir sobre ellos sería renovar su propia apología.

Había, empero, en la acusación de Esquino un punto débil por lo sofístico y odioso por lo artero, como que denunciaba la envidia del acusador; y este punto era el de imponer á Demóstenes la rendición de cuentas sobre una suma por él donada á la República. Confiésase Demóstenes responsable, y no como quiera, sino por toda la vida, de los asuntos confïados á su administración; pero á renglón seguido de este dicho, que lleva el respeto á la voluutad popular más allá de las imposiciones legales, opone á la humildad para con la Patria el orgullo legítimo para con Esquino; y faz á faz del

Jurado que iba á juzgarlo y á sentenciarlo, sostiene que no está obligado á responder ante nadie, ni aun ante los representantes de la República, de los donativos que á ésta hiciera. Porque ¿ cuándo se trajo á juicio la generosidad? Ni ¿ quién puso límites al patriotismo? Y si aquélla y éste sólo tienen en mira la abnegación ó el deber, la ley que los supusiese litigiosos, no sólo sería crüel é inicua, sino infamante para la gratitud pública, que viene á ser en este caso el derecho no escrito, pero máximo é imprescriptible del género humano.

Ni era ésta, por otra parte, como se ha dicho, la única vez que obtuviera Demóstenes los honores de la coronación en igualdad de circunstancias, y con él otros distinguidos patriotas; porque, como lo hace notar él mismo, los aplausos así tributados no ceden tanto en loor del que los recibe, como en gloria de quien los otorga y noble emulación de los testigos presenciales, menos atentos á la recompensa que á la justiciera generosidad de la República.

Hé ahí la única gerarquía compatible con la democracia, porque se funda en la virtud cívica; la única que desarma la en-

vidia porque sólo pide el propio esfuerzo en el propósito de realizar el bién común; la única, asequible, aunque máxima, que á nadie humilla, porque invita á todos á alcanzarla.

X

Los hábitos sociales de la época; la naturaleza del proceso; su trascendencia en la historia; el pasado, el presente y el porvenir de la República puestos con tal motivo en tela de juicio, ya que se trataba de inquirir si alguna vez el derecho debe ceder voluntariamente á la fuerza sin protesta y sin lucha; todo este cúmulo de circunstancias hicieron que Demóstenes ejerciese *el derecho de insulto:*—talión horrible aceptado en la tribuna antigua, que no mutila el cuerpo ni lo mata, pero degrada el alma y la ennegrece con verdades crüeles, ó la asombra con viles calumnias.

¡Lástima que los mismos elocuentes labios, defensores de la justicia, rebajasen á ésta hasta convertirla en venganza; ni respetasen los fueros de quien, vencido ya, estaba de hecho amparado por la misericordia!

Pero antes de devolver á su contrario la infamia con la infamia, y acaso para justificar en este punto sus procederes, presenta Demóstenes un paralelo entre la acusación y la invectiva, no sin pintar primero á Esquino vociferando desde la ambulante carreta del cómico de la legua.

"Hay gran diferencia, dice, entre la acu-
"sación y la invectiva. La una denuncia crí-
"menes cuyo castigo previenen las leyes;
"la otra profiere palabras ultrajantes con
"que se ofenden los enemigos, según el grado
"de furor que los anima."

"Vuestros antepasados establecieron los
"tribunales, no para que ante vosotros reüni-
"dos nos lanzáramos insultos hijos de nues-
"tras querellas privadas, sino para conven-
"cer de su delito á cualquiera que hubiese
"defraudado los intereses de la Patria."

"Esquino sabía esto lo mismo que yo; y
"sin embargo, ha preferido la invectiva á la
"acusación. Así, pues, no sería justo que
"abandonase yo este recinto sin haberle he-
"cho conocer cuanto merece."

"Pero antes quiero dirigirle una pre-
"gunta.—Dime, Esquino: ¿te presentas aquí
"como enemigo de la República ó como
"enemigo mío? Sin duda con este último

"carácter. Y sin embargo: cuando en nom-
"bre de la ley podías, si había algún
"responsable, hacerlo castigar, dejaste tran-
"quilo á Demóstenes que rindiese sus cuen-
"tas, sin tomar parte en la actuación de
"que era objeto; y cuando todo confiesa
"su inocencia: las leyes, el tiempo, el
"plazo espirado, los numerosos juicios so-
"bre esta materia, su conducta irreprocha-
"ble y sus servicios más ó menos gloriosos
"para el Estado, según los decretos de la fa-
"talidad;..... ¡entonces es cuando lo atacas!
"Mira bien lo que haces:—bajo la máscara
"del enemigo mío, veo en tí el enemigo de
"Atenas."

"Habiéndoos mostrado cuál es el dicta-
"men que debéis formular conforme á la re-
"ligión y á la justicia, debo, no obstante mi
"repugnancia á la invectiva, decir sobre Es-
"quino algunas verdades indispensables, en
"cambio de tántos ultrajes y calumnias co-
"mo ha vomitado su boca. Debo descu-
"brir su origen y lo que actualmente es ese
"hombre de lengua atrevida y envenenada,
"que profiere frases amargas y punzantes,
"después de haber asegurado que ningún
"ciudadano digno debía pronunciarlas. Si
"tuviese yo por acusadores á Eaco, á Ra-

"damanto ó á Minos, y no á un charlatán, "á un tuno de tribuna, á un miserable "escribiente, creo que no habrían hablado en "el tono que hemos oído, amontonando tér- "minos tan irritantes, y exclamando como "en una tragedia:—"¡ Oh tierra! ¡ Oh sol! "¡ Oh virtud....." Y creo que tampoco ha- "brían apostrofado á la inteligencia y al "saber, para que nos permitiesen discer- "nir el bién del mal; pues tal es, ciuda- "danos, lo que habéis oído de los labios "de ese hombre. ¡ Infame! ¿ qué tiene de co- "mún la virtud contigo y con los tuyos? "¿Cómo podrías distinguir lo bueno de lo "malo? ¿ Dónde has adquirido la luz que "para esto se necesita? Y ¿ te corresponde á "tí el hablar de ciencia? Aun los mismos "que realmente la poseen, no se atreven á "vanagloriarse de ello; y hasta las alaban- "zas que ótros les dan parécenles inmereci- "das."

"El sér ignorante como tú, el torpe, el "ridículo, el jactancioso, indigna al audito- "rio en vez de persuadirlo."

"Nada me embaraza para hablar de tí y de "los tuyos, pero mucho me cuesta el comen- "zar á hacerlo."

"¿ Citaré á Tromes, tu padre, primero es-

"clavo de Elpias y maestro de escuela "después, junto al templo de Teseo, con "sus fuertes trabas y su argolla? ¿Ha-"blaré de tu madre, que cambiaba de ma-"rido cotidianamente, y te educaba entre "vicios y liviandades para cómico de la "legua? Todo el mundo sabe esto sin "que yo lo diga. ¿Recordaré que un tal "Formión, músico de la murga, esclavo "de Dïón de Frearres, la sacó de tan "honesta vida? ¡Por Júpiter! ¡Por to-"dos los Inmortales! Temo que estos por-"menores, dignos de tu persona, puedan "mancharme los labios.".....

"Los abandono, pues, para comenzar tu "historia."

"No era Esquino hombre vulgar, pues "salió de la clase de esos miserables que "están señalados por la execración pública."

"Hasta muy tarde, casi hasta ayer mis-"mo, no fue ni ateniense ni orador."

"'Añadió dos sílabas al nombre de su pa-"dre, y de Tromes lo convirtió en Atró-"metos." (*)

"Cambió magníficamente el de su madre "llamándola *Glaucotea*, cuando todos saben

(*) *Tromes*, El Medroso; *Atrómetos*, El Intrépido.

"que se la conocía por *La Duende*, eviden-
"temente á causa de su lubricidad activa
"é incansable: esto nadie puede negarlo.
"Pero son tales tu ingratitud y tu perver-
"sidad, que habiéndote hecho los atenienses
"rico y libre, de pobre y esclavo que eras,
"lejos, muy lejos de mostrarte reconocido, te
"vendes para perderlos."

XI

Aquí termina el combate personal de estos dos atletas de la tribuna ateniense, quienes, á la vez, precipítanse el uno sobre el otro armados del insulto, en aquella ocasión más hiriente que la espada, y principia el verdadero proceso filosófico-político, de tan alta enseñanza en la historia de los pueblos libres.

Hay un punto culminante, que sirve al propio tiempo de centro en esta obra maestra de la oratoria, cual es:—el acierto de Demóstenes y su perfecta razón cuando aconseja á la República la resistencia contra Filipo; y ello, ratificado aun después del desastre de Queronea.

En torno de esta idea, decorosa por lo patriótica y recta por lo justa, gira toda la

máquina del discurso, como el sistema planetario al rededor del astro que lo gobierna y le sirve de centro.

Ni en la defensa de Tesifonte, que es la suya propia, ni cuando devuelve á Esquino injuria por injuria, pierde de vista, ni mucho menos olvida Demóstenes, aquella verdad toral, sobre la cual descansa todo el edificio social y político de una nación culta. ¿Qué es la justificación de Tesifonte sino la apoteosis del vencido en Queronea? ¿Qué las acusaciones contra Esquino sino la más perfecta alabanza del patriota griego? Si alguna vez brillaron con luz inmarcesible los fueros de la justicia nacional; si alguna vez se ostentó en toda su grandeza la dignidad del ciudadano; fue, sin duda, cuando el repúblico ateniense, reivindicó, vencido, una corona, ofrenda exclusiva hasta entonces del triunfador; corona que negaba la victoria al derecho, á título de fuerte.

No fue, por otra parte, Demóstenes quien provocó la guerra: suscitáronla, sí, la ambición de Filipo y las complicidades de Esquino y sus conjurados contra la República; y cuando no quedó á Atenas otro arbitrio sino volver por sus propias libertades y por las libertades de Grecia, sólo pensó el Orador

en salvar lo único que redime del olvido así á las naciones como á los individuos; lo único que los engrandece en la historia y les atrae las alabanzas de la posteridad:—el cumplimiento del deber.

Al cuadro retóricamente trazado por Esquino de la guerra de Anfisa, punto de partida de las calamidades de Grecia, opone Demóstenes estotro: si en el primero lucen á trechos los relámpagos del ingenio, reverberan en el segundo las serenas claridades de la razón, oportunamente avivadas por el aliento de la virtud, fortaleza del alma.

Hermana Demóstenes en este pasaje la emoción con la lógica.

"Sí: él es el autor de la guerra de An-
"fisa: de la guerra que abrió á Filipo las
"puertas de Elatea, que lo puso á la cabeza
"de los anfictiones, que precipitó la caída
"total de Grecia. ¡Un solo hombre fue la
"causa de tántas catástrofes! En vano me
"apresuré á protestar y á gritar en la
"Asamblea:—¡La guerra, Esquino, es lo que
"traes al Atica: la guerra de los anfictio-
"nes!—Algunos mercenarios anónimos, apos-
"tados para sostenerlo, no me dejaban ha-
"blar; ótros, acaso sorprendidos, se imagina-
"ban que por odio personal le atribüía ima-

"ginario crimen. Y ¿cuáles fueron el carác-
"ter, el objeto y el desenlace de esta intri-
"ga? Escuchadlo y sabedlo hoy, ya que
"entonces no se os permitió que los cono-
"cieseis. Veréis un plan bien concertado;
"encontraréis claras luces para vuestra his-
"toria; conoceréis, en fin, á Filipo y la natu-
"raleza de sus ardides."

"No podía el Macedón salir avante en la
"guerra que sostenía contra vosotros, sino
"convirtiendo á los tebanos y á los tesalios
"en enemigos de Atenas."

"Aunque vencedor de nuestros generales,
"quienes lo habían combatido sin talento y
"sin buen resultado, la guerra, por sí misma,
"y los piratas, le hacían padecer muchos da-
"ños. Nada entraba en Macedonia, nada sa-
"lía de allí, ni aun las cosas más indispensa-
"bles. Por mar no era entonces Filipo más
"poderoso que nosotros; ni podía penetrar
"en el Atica sin que lo persiguiesen los tesa-
"lios y sin que los tebanos le franquearan el
"paso de las Termópilas."

"No obstante, pues, de haber salido ven-
"cedor en varios trances, acerca de lo cual
"no quiero juzgar ahora, la situación y
"los recursos de dos Repúblicas poníanlo en
"conflicto. ¿Aconsejaría á los tesalios y á

"los tebanos marchasen contra vosotros para "vengar el odio que él os profesaba? Na- "die lo habría escuchado. O valiéndose del "pretexto de la causa común, ¿preferiría el "medio de hacerse elegir Generalísimo de los "ejércitos? Pues de este modo podría más "fácilmente engañar á únos y persuadir á "ótros."

"¡Ved aquí cómo lo hizo, y admirad su "destreza!"

"Propónese, en primer lugar, suscitar una "guerra á los anfictiones y turbar sus tareas, "presumiendo que no tardarían en recurrir á "él. Mas, ¿debería ser propuesta esta guerra "por un hieromenón (*) de Filipo ó por el de "alguno de sus aliados? Nó: Tebas y Tesalia "podrían penetrar sus designios y apercibirse "para no secundarlos. Pero si un ateniense, si "un diputado de sus enemigos se encargaba "del asunto, Filipo ocultaría fácilmente sus "manejos; y esto fue lo que sucedió."

"¿Cómo, empero, llegó á conseguirlo? "Comprando á ese hombre. Aprovechándose "de que nadie tenía los ojos abiertos (hacía

---

(*) El *hieromenón* ó, propiamente: *hieromnema*, además de tener á su cargo la guarda de los archivos secretos, ejercía en la Asamblea de los Anfictiones la función de escribano sagrado. Eran dos, y uno de ellos presidía la Asamblea.

"mucho tiempo que en Atenas ninguno veía),
"Esquino fue propuesto como pilágora: tres
"ó cuatro de sus amigos dan la señal alzando
"la diestra, y en seguida queda hecha y pro-
"clamada la elección. Investido con la auto-
"ridad de Atenas, vase á los anfictiones, y
"consuma el crimen que había contratado.
"Por medio de brillantes declamaciones y
"de fábulas inventadas sobre el origen de
"la consagración de la llanura de Cirra,
"persuade á los hieromenones novicios de
"que deben decretar el examen de la pro-
"piedad de dicho paraje. Anfisa lo culti-
"vaba como pertenencia territorial, y el acu-
"sador poseía una parte del suelo sagrado.
"Los locrios no nos habían impuesto mul-
"ta alguna, ni imaginaban ninguna de
"las persecuciones con que este malvado
"quiere ahora disculpar su perfidia. Sin
"citarnos en justicia, el referido pueblo no
"podía hacer condenar á la República.
"¿Quién, pues, nos citó? ¿Bajo qué arcon-
"te? ¡Que lo diga quien lo sepa! ¡Pero
"ello es imposible!"

"¡Esquino! tú empleaste un pretexto falso!
"¡tú mentiste!"

"Instigados por este embrollón, encamí-
"nanse los anfictiones á aquella comarca;

"caen, en seguida, sobre ellos los locrios; re-
"cházanlos á casi todos con sus dardos; y
"aun llegan á apoderarse de algunos hiero-
"menones. De aquí el ruidoso tumulto,
"las quejas contra Anfisa, y por último la
"guerra."

"Pónese Cotifos, el primero, al frente del
"ejército anfictiónico; pero parte de sus
"soldados no llegan, y los presentes son
"incapaces para todo. En las siguientes
"juntas confíase el mando á Filipo, por
"iniciativa de auxiliares suyos envejecidos
"en el crimen, todos los cuales eran te-
"salios ó gentes de otras Repúblicas."

"Para conseguirlo valiéronse de vanos
"pretextos. Era necesario, según asegura-
"ban, contribüír en común; costear tropas
"extranjeras y castigar á los contumaces,
"ó elegir á Filipo. Tales intrigas propor-
"cionáronle en breve á éste el cargo de
"General. Inmediatamente reüne las fuer-
"zas, simula una marcha sobre Cirra, deja
"á un lado á los locrios y á los cirrences,
"y se apodera de Elatea".....

"Si entonces los tebanos desengañados no
"se hubiesen unido á nosotros, la guerra se
"habría precipitado como un torrente so-
"bre Atenas."

"Detúvose á tiempo, gracias ¡oh atenien-
"ses! á la bondad de los dioses, y, en cuan-
"to es posible, á un solo hombre..... Gra-
"cias también á mí."

Con los subterfugios y las malas artes de Esquino, salió avante Filipo, en sus planes de ambición.

El fracaso de la expedición de Cotifos, Estratega nombrado por los Anfictiones, dio al Macedonio el mando del ejército griego, y junto con esto el ejercicio omnímodo de la tiranía; no como que él la asumiera *motu proprio*, sino por decreto suplicatorio de la Asamblea.

Aparentemente era Filipo el vengador de los Dioses contra los anfisios, profanadores de la tierra sagrada; pero en realidad su propósito fue siempre sojuzgar la Gran Patria griega, cuyo baluarte principal :—el Atica, habían de allanarle pacíficamente los tebanos. Así, pues, al atraerlos Demóstenes á la alianza con Atenas, relegando al olvido las antiguas querellas de ambos pueblos, resguardó á la República de subitánea cuanto desastrosa invasión.

Fïado, entretanto, Filipo si no en la amistad de los tebanos, en el odio de éstos por los atenienses, y juzgando imposible toda

alianza entre las dos Repúblicas, apodérase desatentadamente de Elatea.

Hé aquí cómo pinta Demóstenes los efectos causados en Atenas por este hecho insólito, en contraposición del pasaje con que dramatiza Esquino la escena de la llanura de Cirra:

"Caía la tarde, cuando un correo expreso "participa á los pritáneos que Elatea ha sido "ocupada por Filipo."

"Hallábanse á la sazón comiendo, y al "instante abandonan la mesa: los unos "echan á los vendedores de sus tiendas y "las entregan á las llamas; los otros dan "aviso á los estrategas y hacen resonar "el toque de alarma: — agítase la ciudad "en el mayor tumulto. Al rayar la auro-"ra, convocan los pritáneos el Consejo en "el lugar acostumbrado: todos comparecéis "allí, y antes de que nada se haya discutido, "ni de que se presente ningún decreto, el "Pueblo entero ocupa el recinto. Entra el "Consejo, los pritáneos dan de nuevo la "noticia, introducen al mensajero para que "se explique, impónense todos de lo ocurri-"do y el heraldo grita:—"¿Quién quiere ha-"blar!"—Nadie se presenta. Repítese el lla-"mamiento, y tampoco responde nadie."

"Encontrábanse allí todos los estrategas, "todos los oradores. La voz de la Patria "reclamaba palabras de salvación. Porque "el heraldo, al pronunciar los dictados de "la ley, habla por la República, y es su "voz la voz de la Patria. ¿Qué debió ex-"ponerse para que fuese por vosotros con-"siderado? ¿El deseo de salvar á Atenas? "Vosotros y los demás ciudadanos habríais "corrido á la tribuna, porque todos desea-"bais ver la Ciudad asegurada contra aquel "peligro. ¿Era preciso contarse entre los "más ricos? Los trescientos habrían habla-"do. (*) ¿Reünir patriotismo y riquezas? "Habríanse levantado los que después han "hecho á la República donativos considera-"bles, obra del patriotismo y de la opu-"lencia. Aquel día y aquel conflicto recla-"maban un ciudadano, no tan sólo rico y "patriota, sino además, que hubiese estu-"diado los asuntos públicos desde su ori-"gen y reflexionado con acierto sobre la "política y los designios de Filipo."

"El que no se encontrase en este caso, "por mucho celo y riquezas que tuviera, no

---

(*) Clase de Atenas compuesta de los trescientos ciudadanos más ricos.

"podía indicar el partido más conveniente, "ni adelantarse á dar opinión."

"Pues bien:—el hombre de aquella ocasión fui yo:—yo fui quien ocupó la tribuna."

"Lo que os dije entonces, escuchadlo aten-"tamente ahora; y ello, por dos razones: la "primera, á fin de recordaros haber sido yo "el único entre todos los oradores y gober-"nantes que no abandonó, durante la tem-"pestad, el puésto señalado al patriotismo, "sino pugnó de veras con palabras y con "obras, por salvaros en aquellas conflicti-"vas circunstancias. La segunda, porque "los consejos que os di derramarán mucha "luz sobre el resto de mi conducta pública."

"Oíd lo que decía:—Aquellos que creyendo "á los tebanos amigos de Filipo se alarman "tan vivamente, desconocen el estado de las "cosas. Tengo seguridad de que si existiera "tal alianza, en vez de encontrarse el Prínci-"pe en Elatea, nos habría llegado la noticia de "que estaba en nuestras fronteras; y no sien-"do así, cierto estoy de que sólo avanza por "ver si puede conseguir el apoyo de Tebas."

"Os manifestaré el fundamento de esta "opinión."

"Todos los tebanos á quienes Filipo ha po-"dido corromper ó engañar, están á sus ór-

"denes; pero no puede destrüír los obstácu-
"los que le oponen sus antiguos adversarios,
"y éstos le resisten todavía.

"¿Con qué fin, pues, creéis se haya apode-
"rado de Elatea? Lo que persigue al llevar
"sus armas tan cerca de Tebas, no es otra cosa
"sino inspirar á sus parciales confianza y osa-
"día; amedrentar á sus enemigos, para que la
"violencia les arranque por el temor lo que
"hasta ahora se niegan á concederle por odio.
"Si hoy despertamos el recuerdo de las ofen-
"sas que de los tebanos recibimos; si les mani-
"festamos desconfianza como á enemigos,
"desde luégo satisfaremos los deseos de Fili-
"po; y, en tal caso, no sólo temo la de-
"fección de los adversarios del Príncipe, sino
"también que uniéndose á él se precipiten
"ambos partidos sobre el Atica. Pero si
"queréis escucharme, si venís á reflexionar
"y no á disputar sobre mis consejos, con-
"fío en que parecerán oportunos y en que
"disiparé el peligro que nos amenaza."

"¿Qué se requiere para ello? Ante todo:
"deponed el temor que os embarga y echad-
"lo por hoy sobre los tebanos, quienes mucho
"más expuestos que vosotros, tendrán que
"afrontarse los primeros con la tempestad.
"Envïad en seguida á Eleusis vuestra caba-

"llería y todos los ciudadanos en edad de ser-
"vir, á fin de que todo Grecia os vea armas en
"mano. De este modo los amigos que tenéis
"en Tebas podrán con la misma libertad con
"que sus contrarios sostienen la mala causa,
"sostener la buena; pues si los traidores ven-
"den la Patria á Filipo apoyándose en las tro-
"pas de Elatea, vosotros os encontráis dis-
"puestos para socorrer oportunamente á los
"que quieran combatir por la independencia.
"Propongo también se nombren diez diputa-
"dos, investidos de autoridad bastante, para
"concertar con los estrategas el día de la par-
"tida y los pormenores de la expedición á
"Tebas."

"¿De qué modo manejarán vuestros repre-
"sentantes este asunto? Prestadme atención."

"No exijáis nada á los tebanos, porque
"esto sería mengua para vosotros. Lejos de
"hacerlo, prometedles socorros si los piden;
"y no olvidéis que su peligro es inmi-
"nente, y que penetramos mejor que ellos
"en lo porvenir. Si aceptan nuestros ofre-
"cimientos y nuestros consejos, habremos
"logrado el objeto que nos proponíamos,
"sin que la República haya abandonado su
"noble actitud; si los rechazan, Tebas, y
"sólo Tebas podrá acusarse á sí misma de

"sus propias desgracias, y nosotros no ten-
"dremos que echarnos en cára ningún acto
"bajo ni vergonzoso."

XII

Adoptado el concepto de Demóstenes por el Consejo y por el Pueblo, y negociada por él mismo la alianza con los tebanos, cúpole también la gloria de proponer el decreto en que se declaró la guerra al ambicioso Macedón.

La piedad para con los Dioses, el amor á la Patria ateniense y la fraternidad helénica, resplandecen en aquel documento y nos lo presentan como expresión de las más altas virtudes políticas, civiles, sociales y religiosas, que, confundidas en una sola:—el valor cívico, han levantado el culto del deber sobre la idolatría de la victoria, y puesto el decoro de los vencidos sobre la soberbia del vencedor.

"Bajo el Arconte Nausiclao," reza el inmortal Decreto, que merece grabarse en la memoria de todo hombre libre y virtuoso, "el 16 del mes Sciroforión" (mes ateniense que correspondía poco más ó menos á nues-

tro junio, y durante el cual se celebraban las Sciroforias), " Demóstenes el peanio, hijo "de Demóstenes, propuso:"

"Visto que hasta ahora Filipo, Rey de "los macedonios, ha violado los juramentos "y conculcado los derechos consuetudinarios "de todos los pueblos helenos; pospuesto el "Tratado de paz conclüído entre él y el Pue-"blo ateniense; usurpado ciudades que por "ningún título le pertenecían; y sometido "á sus armas muchas plazas, sin ninguna "provocación por nuestra parte:—visto que "no satisfecho con esto y llevando más lejos "la violencia y la crüeldad, ocupa con guar-"niciones ciudades griegas y destruye en "ellas el gobierno democrático; que arrasa "ótras y vende á sus habitantes; que en al-"gunas los reemplaza con gentes extranje-"ras y hace hollar por los bárbaros nues-"tros templos y los sepulcros de nuestros "mayores:—vista, en fin, esta impiedad, pro-"pia de su país y de su carácter, y el abu-"so insolente que hace de la próspera fortuna, "olvidando lo humilde y oscuro que fue su "origen antes de esta su inesperada grandeza; "y atendiendo también á que si la Repú-"blica ha podido considerar poco graves las "ofensas inferidas á ella en particular, hoy

"que ve muchas ciudades griegas destrüí-
"das y cubiertas de ignominia, se creería
"culpable é indigna de nuestros gloriosos an-
"tepasados si dejase avasallar á los helenos;"

"El Consejo y el Pueblo de Atenas decre-
"tan:"

"Después de haber dirigido oraciones y
"ofrecido sacrificios á los Dioses y á los hé-
"roes protectores de Atenas y de su terri-
"torio; con el corazón poseído de la virtud
"de nuestros padres, quienes preferían la
"defensa de la libertad griega á la de su
"propia Patria; lanzaremos al mar doscien-
"tas naves."

"El Almirante de esta escuadra hará rumbo
"hasta la altura de las Termópilas; y el Es-
"tratega (*) y el Hiparca (**) dirigirán la
"infantería hacia Eleusis."

"Se enviarán embajadores á todo Grecia
"y especialmente á Tebas, que se ve amena-
"zada más de cerca por Filipo.—Exhorta-
"rán á no temerlo y á defender heroica-
"mente la libertad de cada pueblo y la de
"todos los helenos.—Dirán que Atenas, olvi-
"dando los resentimientos que han podido

(*) General en jefe de las milicias de la antigua Grecia.

(**) General de las caballerías.

"dividir á las dos Repúblicas, enviará so-
"corros en dinero, y armas ofensivas y de-
"fensivas; persuadida de que, si es honroso
"para los pueblos griegos disputarse entre sí
"la preeminencia, el sufrir que un bárbaro
"los despoje de ella, es insulto á la propia,
"antigua gloria y al heroísmo de sus abue-
"los.—Los atenienses, añadirán los emba-
"jadores, se consideran unidos á los tebanos
"por los lazos de la Familia y de la Patria.
"Recuerdan los beneficios que sus antepasa-
"dos dispensaron á Tebas, cuando los heracli-
"das fueron despojados de sus reinos hereditá-
"rios por los del Peloponeso; reinos que volvie-
"ron á recobrar con las armas de los ate-
"nienses, vencedores del enemigo común. Re-
"cuerdan á Edipo y á sus compañeros de des-
"tierro acogidos en nuestra ciudad; recuer-
"dan, en fin, otros muchos servicios impor-
"tantes prestados por los atenienses á los te-
"banos. Así: en esta ocasión el Pueblo de
"Atenas no divorciará su causa de la causa
"de Grecia."

"Los embajadores estipularán alianzas so-
"bre la manera de sostener la guerra y sobre
"el derecho de matrimonio; y prestarán y
"recibirán los juramentos."

"Embajadores elegidos:—Demóstenes, Hi-

pérides, Menesítides, Demócrates y Calleschros."

Tal fue la causa, tal el fundamento de la reconciliación de Atenas con Tebas; reconciliación hija al propio tiempo del deber y de la conveniencia pública, y que sirvió de núcleo á la coalición del patriotismo griego contra la invasión macedónica.

Con la noble actitud asumida por Atenas quedaron vencidos los traidores y conjurado el inminente peligro que amenazaba á la República.

Razón, pues, tuvo Demóstenes en preguntar á Esquino si algún ciudadano, el mejor inspirado por el patriotismo y por la justicia, pudo proponer medida más acertada, ni que mejor correspondiese al glorioso pasado de Atenas, á su conflicto presente y á sus futuras aspiraciones. Razón tuvo en afirmar que el silencio de ayer fue tan criminal, como eran odiosas las acusaciones de hoy; por donde llega á estas conclusiones, incontestables como los hechos, irresistibles como la verdad, cabales é imperativas como el triunfo de la justicia.

"Entre el consejero y el sicofanta existe "radical diferencia: el uno declara su opi-"nión antes de que se hayan realizado los

"acontecimientos y se ofrece responsable para "con el tiempo, para con la fortuna y para "con aquellos á quienes persuade; el otro "calla cuando se necesita hablar, y al primer "revés que sobreviene prorrumpe en gritos "de envidia."

"Aquella era la ocasión propicia:—la oca-"sión de los buenos ciudadanos, la de los "acertados consejos. Me atreveré á decir que "si hoy mismo se puede indicar un partido "mejor que el que propuse; algún partido ha "cedero; desde luégo me confieso culpa-"ble. Sí: expóngase al presente algún pro-"yecto de útil ejecución para aquellas cir-"cunstancias, y declararé que debía haberlo "discurrido; pero si no se presenta ninguno, "si no es posible alcanzarlo aun hoy mismo, "conociendo como conocemos el resultado de "los sucesos, ¿qué otra cosa sino lo que se "hizo debió proponer el Consejero del Pueblo? "Entre las medidas practicables que podían "adoptarse, ¿no era su obligación escoger "las mejores? Hé aquí, pues, Esquino, lo "que hice yo cuando el heraldo dijo:"—¿Quién "quiere hablar?"—Sí: esto fue lo que pre-"guntó y no: "¿Quién quiere censurar lo "pasado? ¿Quién quiere salir fiador de lo por-"venir?"

"Encontrábaste en aquellos momentos en "la Asamblea, y permaneciste mudo, mien- "tras yo me levanté y hablé. Ya que entonces "nada dijiste, habla á lo menos hoy y díme "el lenguaje que debía haber usado; las oca- "siones favorables que hice desperdiciar á la "República; las empresas, las alianzas que "debí aconsejar á los atenienses."

"Lo pasado, Esquino, se relega siempre á "ello mismo, y nadie formula el programa "de una deliberación sobre lo ya acaecido. "Sólo para lo porvenir y para lo presente se "han menester consejos."

"En aquella época nos amenazaban des- "gracias inminentes, y ótras habían caído "ya sobre nosotros. Examina mi goberna- "ción durante aquel conflicto y no calum- "nies los resultados; porque éstos depen- "den siempre de la ciega Fortuna, cuando "la intención del que aconseja se manifiesta "por el consejo mismo. Ni me acuses por la "victoria que fue concedida á Filipo; antes "bien, piensa que el trance de los combates lo "deciden los Dioses y no ningún hombre. De- "cir que no hice adoptar las medidas to- "das compatibles con la prudencia huma- "na; que no desplegué en la ejecución de "ellas interés, destreza y también ardor su-

"perior á mis fuerzas; que mis proyectos "no fueron necesarios, gloriosos y dignos "de la República; son cosas que debes pro- "bar antes de acusarme. Si arcana tempestad "más fuerte que Atenas, más poderosa que "todos los helenos, fulminó nuestras frentes, "¿qué pude hacer? El buen marino se "provee de cuanto puede contribüír á la se- "guridad de la nave; pero si estalla la borras- "ca y destroza el árbol, las jarcias y los apare- "jos, ¿se acusará á este hombre del nau- "fragio? No soy yo, dirá, quien empuñaba "el timón..... ¡Pues bien!—yo no tenía el "mando del ejército; ni era, por otra parte, "dueño de la suerte:—al contrario, la suerte "era árbitra de todo."

XIII

Seguir á Demóstenes en sus justas y formidables represalias contra Esquino, equivaldría á estimular la admiración por ilimitados espacios.

Cierra contra su adversario, derríbalo; y una vez que lo mira atierrado, agóbialo bajo el formidable peso de verdades cuyas con-

secuencias dictan con anticipación el fallo de los jueces.

Si los discursos de Esquino son lazos tendidos contra la República, su silencio, según Demóstenes, es crimen de lesa-patria: de todas maneras es el malvado que enferma, removiéndolo, el cuerpo social, al modo que la peste remueve y enferma el cuerpo físico.

Puede decirse que la defensa no obedece ya á los dictados de la justicia sino á los arrebatos de la venganza.

"Quien espera triunfos de las calamidades "de Grecia merece la muerte y no tiene de-"recho de acusar á nadie; quien contribuye "á la prosperidad de nuestros enemigos ja-"más será otra cosa sino un traidor."

"Y todo atestigua que lo eres: tu vida, tus "actos, tus discursos y hasta tu silencio....¿Se "ejecuta algún proyecto útil? Esquino perma-"nece mudo. ¿Sobreviene algún desastre? "Esquino habla. De igual modo cuando "alguna enfermedad ataca al cuerpo huma-"no, reprodúcense las antiguas dolencias."

XIV

No se limita Demóstenes á sustentar el cumplimiento del deber con esperanzas de buen éxito, sino, además, sostiene la aceptación anticipada del sacrificio, siempre que aquél lo imponga; y el sacrificio ha de ser proporcionado á la representación de quien lo obra y á la magnitud del asunto.

Así, pues: aun cuando los arcanos de la suerte se hubiesen revelado á la ciudad de Minerva; aun sabedora ésta del desastre que le reservaba el destino; aun viéndose de antemano traicionada por la ciega Fortuna:—ella, alma, inteligencia y nervio de Grecia; ella, patrona de la victoria sobre el persa y el medo; ella que había llevado con sus triunfos la civilización helénica al hogar de sus bárbaros enemigos; no podía, nó, degradarse á sí misma tendiendo cobardemente el cuello á extraño yugo.

La gloria de sus antepasados, la suya propia y su legado histórico, le imponían el sacrificio.

Aceptarlo así, era convertir el desastre en victoria y la victoria en triunfo, proclamando al propio tiempo y para siempre, el

culto del derecho y su imperio definitivo sobre la fuerza.

Quedaría vencida en un momento del tiempo, pero vencedora del tiempo mismo en la posteridad:—superior á la desgracia, superior á la victoria, superior al destino.

Que no habían nacido los atenienses para sufrirse esclavos:—engendrados libres por padres libres, educados en la escuela del deber, vendimiadores de gloria en las guerras de la independencia patria; eran de cuerpo y de alma incompatibles con la deshonra.

Porque el éxito feliz de las empresas arduas procede de causas imprevisibles por misteriosas; ni está, por tanto, en manos de los hombres la victoria y el triunfo, pero sí la aceptación del sacrificio en aras del deber:—del deber, divinidad de las almas fuertes y de los corazones abnegados.

Fundado en estas consideraciones, alcanzó Demóstenes el punto culminante de la elocuencia en el discurso de La Corona, preparando así la más cumplida alabanza que pueda tributarse á un pueblo libre, para luégo referirla á sí mismo, sin que vaya en ello torpe vanidad, pero sí legítimo orgullo.

"Nó: ni jamás ha consentido Atenas en so-

"meterse á ningún dominador, ni reposó nun-
"ca en vergonzosa esclavitud. Combatir por
"el primer puésto, despreciar los peligros
"por la gloria:—hé ahí la conducta que ha
"seguido en todos tiempos: noble ejemplo
"tanto más digno de vosotros cuanto pro-
"digáis elogios, y elogios justos, á aquellos
"de vuestros antepasados que imitarlo su-
"pieron."

"¿Cómo no aplaudir á los grandes ciuda-
"danos que se retiraron á las naves, aban-
"donando su Ciudad y su Patria por no verse
"obligados á servil obediencia? Pusieron
"á su frente á Temístocles, autor de este
"consejo, mientras Cirsilo, que quería some-
"terse, fue apedreado por los hombres, y su
"mujer lo fue por las mujeres."

"Porque los atenienses no buscaban enton-
"ces algún orador ó algún general que los hi-
"ciese esclavos felices; y la vida misma habría
"sido insoportable para ellos sin la libertad.
"Porque cada cual se creía hijo, no solamente
"de su padre y de su madre, sino también
"de la Patria."

"El hombre que se cree nacido sólo de
"sus padres, aguarda la muerte del destino
"ó de la naturaleza; pero si medita en que
"también debe la vida á su Patria, preferirá

"morir mil veces á verla esclavizada. Sí: "la muerte le parecerá menos temible que la "deshonra y los ultrajes, siempre insepara-"bles de la servidumbre."

"Si osase alabarme de haberos inspirado "ideas dignas de vuestros mayores, deberíais "levantaros todos contra mí, ya que vues-"tras magnas resoluciones proceden de vos-"otros mismos, y que iguales y anteriores "á los míos habían sido los nobles pro-"pósitos de la República: sólo puedo aña-"dir que algo se debió también á mis ser-"vicios."

"Sin embargo: Esquino acusa por com-"pleto mi gobernación, y os incita con-"tra mí presentándome como el causante "de vuestras desgracias. ¿Y para qué? ¡Para "privarme del honor fugitivo de una coro-"na, sin ver que no puede conseguirlo á no "arrebataros los elogios de los siglos futu-"ros! Porque si condenando á Tesifonte no "podéis menos de condenar mi conducta, "se juzgará, y con razón, que os equivocas-"teis al seguirla, y que vuestras desgracias "dependen de vosotros y no de la incons-"tancia de la suerte."

"No ¡atenienses!:—vosotros no claudicasteis "al arrostrar toda clase de riesgos por la

"salud y la libertad de Grecia, como no "claudicaron los combatientes de Sala- "mina y de Platea.—¡ Lo juro por las víctimas de Maratón, por los combatientes de "Artemisa, por la memoria de los valientes ciudadanos cuyas cenizas yacen en los "monumentos públicos!"

"A todos, Esquino les concedió indistintamente Atenas los mismos honores y la misma "sepultura, sin limitarse á los que habían alcanzado la fortuna de vencer. Esto fue obrar "justamente, porque todos habían cumplido "con los deberes de buenos ciudadanos, siendo la suerte próspera ó contraria decreto de "los Dioses."

Cuando presenta Demóstenes el argumento supremo, en defensa de su conducta política, observa Longino, citado por Pierrón, ¿cuál es la forma que al caso se ofrece por sí misma? Héla aquí:—"Nó ¡ atenienses! no claudicasteis al arrostrar toda "clase de riesgos por la salud y la libertad "de Grecia, como no claudicaron los combatientes de Salamina y de Platea..... ¡ Lo "juro por las víctimas de Maratón!....."

El orador traspasa en este pasaje los límites de lo sublime y se posesiona, por decirlo así, de lo patético.

Divinizar los héroes de la Patria para invocar su irrecusable testimonio en defensa de la Patria misma; suscitar en los jueces el recuerdo de sus beneméritos antepasados, vencedores ó vencidos, pero siempre heroicos; subyugar la convicción por medio de formas deprecatorias tan inusitadas como terribles; penetrar en lo íntimo del alma para imponer, como verdades evidentes, las inspiraciones de la fe en el deber; y todo esto dicho, no bajo la comba del arco triunfal, símbolo de la fuerza victoriosa, sino desde la arena ensangrentada de la catástrofe, donde cayó vencido el derecho; vale tanto como equiparar á las víctimas de Queronea con los triunfadores de Salamina:—á Temístocles, vencedor, con el propio Demóstenes, vencido.

¿Qué digo vencido, cuando él se proclama, faz á faz de los jueces, vencedor de Filipo?

Porque después de haber dicho cómo combatiera en todos los campos las miras ambiciosas del Príncipe, desde la tribuna hasta las embajadas, y hasta el campo de batalla:—en Tesalia, en Ambrasia, en Tracia, en Bizancio, ¿qué más podía hacer? ¿Morir en Queronea? No lo quisieron así

los Dioses, quienes lo reservaban para que fuese el defensor de la honra helénica en oposición á los traidores:—para que reivindicase, vencido, la prez del vencedor.

"En cuanto ha dependido de mis fuerzas, "me atreveré á aseverar que he vencido "siempre á Filipo.—¿Sabéis cómo?—Recha-"zando sus dádivas y resistiendo á sus ofer-"tas seductoras."

"Cuando un hombre se deja comprar, el "comprador puede decir que ha triunfado de "él; pero el incorruptible puede vanaglo-"riarse de haber triunfado del corruptor."

"Así, pues: en cuanto ha dependido de De-"móstenes, Atenas salió siempre invencible y "victoriosa."

XV

A la pintura del demócrata hecha por Esquino, opone Demóstenes el retrato del orador tal como lo imponían las leyes de la República y lo consagraban las tradiciones del pueblo ateniense; que así como el poeta:—el *vate*, era sacerdote de los dioses y cantor de los héroes, era el orador ministro de la República, defensor austero del

derecho, campeón de la justicia y alumno constante de la libertad.

El lenguaje que no procede del alma y se endereza á la consecución ó al afianzamiento de aquellos ideales, es como mefítica exhalación de tumba, que da frutos de muerte.

Predicar la virtud y practicar el crimen; tronar contra la tiranía y lamerle los pies al tirano; condenar con los labios el servilismo y el robo, y dar testimonio de lo uno con los callos de las rodillas y de lo otro con infames riquezas; es atentar contra la verdad, único vínculo que une á la crïatura con el Creador; es convertirse en el sepulcro blanqueado de que habla el Evangelio.

Hermosas, irresistibles, arrebatadoras son las formas artísticas, cuando, según la admirable frase de Platón, sirven de auréola á la verdad; y al contrario baratijas y oropeles cuando se trata de realzar la mentira.

Porque, como asienta Demóstenes: "No "es la belleza del lenguaje ni el estrépito "de la voz lo que se estima en los orado- "res, sino el amor á la justicia y la volun- "tad de obrar siempre conforme á los inte- "reses de la Patria. Con estos sentimientos,

"las palabras serán siempre sinceras y lea-
"les. Mas, el que se inclina servilmente
"hacia el punto donde la República oye
"el bramido de las tempestades, no se ase-
"gura, nó, en la misma áncora que sus
"conciudadanos, ni espera la salvación del
"mismo lado que ellos".....
.....
...."Y ¿quién engaña á la
"República? ¿No es el ciudadano que ha-
"bla de distinta manera que piensa? ¿No
"recaen sobre él las justas imprecaciones del
"heraldo? ¿Puede vituperarse á un orador
"algo más grave que el hablar contra sus
"propios sentimientos?"

Nada hay, en efecto, más degradante que la falsía en los labios del consejero público, quien, mentiroso, conduce al pueblo, á sabiendas, por florido sendero á un abismo; y si la mentira se vende á precio de oro, cae la infamia sobre la iniquidad y la esclavitud sobre el inicuo.

El mercenario de la tribuna prostituye la palabra, que, órgano divino de la verdad, fue concedida al hombre para establecer la comunión de la familia humana, fundada en el amor.

XVI

Muchas y muy honrosas distinciones había obtenido Demóstenes del Pueblo y del Senado de Atenas, desde la tribuna oficial, hasta la coronación pública. Pero ninguna, á mi entender, más señalada que la de habérsele designado para pronunciar el panegírico de los que cayeron por la República en el campo de Queronea; porque ello era la aprobación de su conducta, el premio de sus esfuerzos en pro de la independencia nacional, ya que la misma voz suscitadora ayer en todas partes de guerra contra el Macedón, era hoy la que por ministerio de la gratitud pública, consagraba con el óleo de la elocuencia los héroes y los mártires, y les daba posesión de la inmortalidad.

Ni Esquino con su talento oratorio al que realzaban voz sonora y gallarda presencia; ni Démades, que acababa de asegurar la paz bajo las dificultosas condiciones de adversa fortuna; ni Egenón, cuya influëncia con el vencedor era bien conocida; ninguno de ellos alcanzó la altísima honra de que la Patria hablara por sus labios en el solemne caso, sino aquel bata-

llador indómito en quien, para decirlo todo, el valor cívico superaba á la elocuencia misma.

Con razón blasona de ello el Orador, cuando, para confundir irremisiblemente á su adversario, grítale, faz á faz del pueblo, desde la tribuna:

"Grandes obras ha emprendido y ejecu-
"tado la República por mi consejo; y voy
"á presentarte la prueba de que no ha olvi-
"dado mis servicios."

"Cuando, después del desastre de Que-
"ronea, fue necesario elegir el orador que
"debía tributar los últimos honores á los
"mártires de la Patria, no fuiste tú el ele-
"gido, á pesar de tu voz sonora y de tus
"intrigas; ni Démades, que acababa de con-
"seguirnos la paz; ni Egenón; ni ningún
"otro de tus amigos."

"Esta honra me fue concedida á mí en-
"tre todos."

"Entonces se os vio á Pitocles y á tí, po-
"seídos de tanto furor como impudencia, vo-
"mitar contra mí las mismas invectivas que
"acabas de reproducir; lo cual fue un mo-
"tivo más para que los atenienses insistie-
"sen en mi elección."

"Aunque no lo ignoras, voy á manifes-

"tar las causas que á ello los movieron."

"Ellos conocían mi constante amor á la "Patria, así como todos los crímenes con que "la habéis ofendido vosotros; sabían que "nuestros reveses aseguraban vuestra im-"punidad; y que si vuestros sentimientos "antipatrióticos no se manifestaron sino "cuando arreció la tormenta, probábase con "eso que en todas épocas habíais sido enemi-"gos encubiertos de la República. ¿Cómo "confiar el panegírico de aquellas víctimas "heroicas á los que se habían visto mezcla-"dos con los vencedores, participando del "placer insultante de sus festines y alegrán-"dose de nuestras desgracias? ¿Era digno, "era decoroso que la lengua falaz pronun-"ciase las alabanzas y deplorase el infortunio "de tan ilustres muertos? La Patria reclama-"ba para esto, no quejas ni lágrimas fingidas, "sino un alma pura penetrada del sentimien-"to público. El dolor de este sentimiento lo "encontraban los atenienses en su corazón y "en el mío, más no en el vuestro; y por esta "causa me prefirieron para encargo tan hon-"roso. Y no sólo ellos, sino también los "padres y los hermanos, encargados de las "exequias, obraron del mismo modo; pues "la comida fúnebre, que se da de ordinario

"en la casa de cualquiera de los más próximos "parientes, la dieron en mi casa."

"No se engañaron al hacerlo así, porque "si ellos, como deudos, estaban ligados con "los muertos por los vínculos de la sangre, "como ciudadano nadie lo estaba en el grado "que yo. Sí: los más interesados en la con-"servación y en el triunfo de aquéllos, de-"bían ser, después de su desgracia para siem-"pre irreparable, los que mayor parte to-"masen en el duelo general."

Como se ve, la idea capital de Demóstenes al defender á Tesifonte, ó por mejor decir: al defenderse á sí propio, era la consagración del deber con abnegado cumplimiento, aun en la previa certeza del sacrificio. Todo concurre en el Discurso de la Corona á realzar esta idea; á formar, por decirlo así, aura de convicción en torno de ella, de manera que sirviese de mira á los jueces, de espejo al pueblo, de numen al orador, de legado á la historia, y pesase sobre el acusador con ominosa pesadumbre.

Y ¿dónde hallar, además de las consideraciones de todo linaje por Demóstenes producidas, del testimonio de la historia de Atenas, de los hechos consumados anticipada-

mente al desastre de las libertades patrias; dónde hallar el voto público en favor de los vencidos; voto que no sólo aprobase sus procederes, sino también declarase triunfal su vencimiento en fuerza de benemérita conducta?

Hállalo Demóstenes en la inscripción que hizo grabar el pueblo de Atenas para rememorar el sacrificio de los héroes de Queronea.

¿Cuál fue el mortal que expresó en el lenguaje de los inmortales aquel epitafio heroico como la hazaña que consagra; voz de un pueblo que se honra á sí mismo cuando honra á los defensores de sus derechos; monumento imperecedero de gloria que encumbra el deber hasta por sobre la voluntad de lo Alto, cuya injusticia acusa?

La historia no ha conservado el nombre del nuevo Simónides, pero sí sus versos, que esparcen olor de verde fama al través de los siglos.

Hé aquí el sentido de ellos: (*)

"Los que guarda esta tumba, armados en

(*) Doy la traducción en prosa de la que del original griego y en alejandrinos franceses trae el eclesiástico AUGER, en sus OBRAS COMPLETAS DE DEMÓSTENES Y DE ESQUINO, revisada y corregida por J. PLANCHE.—(París, 1820.)

"defensa de la Patria, ofrendaron la vida
"en aras del interés común."

"Combatieron por Grecia toda y por sus
"libertades, para salvarla del yugo afren-
"toso de la esclavitud, oponiéndose con va-
"lor no domado á esfuerzo injusto."

"Y sucumbieron en el noble propósito
"traicionados por pérfida Fortuna."

"Así lo quiso Júpiter".....

"Pero cayeron como buenos en defensa
"del derecho."

"Porque el privilegio único de no claudi-
"car en ningún tiempo, de alcanzar siem-
"pre la victoria, sólo fue concedido á los
"Dioses.

"Ni ¿quién pudo someter al destino?".....

Simónides había preconizado el sacrificio de las Termópilas, celebrando la conducta de los héroes que allí sucumbieron en homenaje á las leyes, fórmula de la voluntad justiciera de una nación; el cantor de los mártires de Queronea finca la inmortalidad de éstos sobre su inmolación en aras del deber, que ha de ser el alma de la humanidad.

Así, pues:—el desastre de Atenas, inspira el primer canon del progreso humano; proclama el triunfo de la eternidad sobre la

victoria del tiempo; celebra la gloria del vencido sin mirar á la fortuna del vencedor; en una palabra:—consagra el culto del deber como el mejor título de inmortalidad.

Atenas vencida prevalece sobre Macedonia vencedora.

Tal fue el último argumento de Demóstenes:—"¿Lo oyes Esquino?—PORQUE EL PRI-"VILEGIO ÚNICO DE NO CLAUDICAR EN NIN-"GUN TIEMPO, DE ALCANZAR SIEMPRE LA VIC-"TORIA, SÓLO FUE CONCEDIDO Á LOS DIOSES."

"NI ¿QUIÉN PUDO SOMETER AL DESTINO?"

"No es, pues, el orador, nó algún otro "mortal el árbitro de la victoria, cuya po-"sesión pertenece á los Dioses; y son los "dioses quienes la donan ó la niegan."

Y como temeroso de no reconocerse infalible sino ante los inmortales, y de haberse proclamado superior aun á la Patria misma, añade:

"No fueron mis consejos ¡oh atenienses! "la fuerza que os llevó desde el principio "á defender la independencia griega. Si me "atribüís el honor de cuanto habéis reali-"zado para reprimir un poder que se le-"vantaba contra los helenos, me habréis "concedido más que el Pueblo ha conce-"dido hasta ahora á ningún griego. Atri-

"büírme semejante honra, sería, pues, infe-
"riros grave injuria; y si Esquino, si ese
"hombre fuese justo, tampoco buscaría en
"el odio que me profesa pretexto para ca-
"lumniar vuestra gloria."

Todo estaba ya dicho, pero faltaba algo que pusiese á Demóstenes aun á cubierto de la envidia, achaque endémico de las democracias; y como Esquino, para deslustrar las glorias de su contrario, lo parangonase con los genitores de la Patria:—"Con-
"tigo, Esquino, rebátele Demóstenes, y con
"aquéllos que prefieras entre nuestros con-
"temporáneos, es con quienes debe compa-
"rárseme. ¿No es sabido, acaso, que la en-
"vidia aborrece á los vivos y se enamora de
"los muertos!"

XVII

En más de un pasaje del discurso de La Corona pone de manifiesto Demóstenes la piedad religiosa que anima su espíritu, y su confianza en la acción protectora de los Dioses.

A ellos implora antes que á los jueces, cuando da principio á la defensa; bajo su

protección se coloca; de ellos espera la inspiración que ha de darle victoria; y á ellos invoca en la sentida plegaria con que cierra la peroración; plegaria á un tiempo simple como el ruego del niño, patética como la súplica del anciano.

"No escuchéis ¡oh dioses inmortales! los "execrables votos de los malvados. Corre-"gid su alma y su corazón. Y si tánta mal-"dad es incorregible, haced que abandona-"dos de las gentes, perezcan así en la tierra "como en el mar....."

"Para nosotros, última esperanza de la "Patria, sólo pedimos que os apresuréis á "disipar los peligros suspendidos sobre nues-"tra frente, y á acordarnos la salud y la tran-"quilidad de la República."

La piedad es contemporánea del hombre social, y sella, como quien dice, las obras maestras de los ingenios esclarecidos, quienes no se avergüenzan, antes lo tienen á orgullo, de inclinar la frente en los altares de la Divinidad.

Como es sabido, fuele impuesta á Esquino la pena de destierro por no haber podido salir avante en su acusación.

Demóstenes, depuesto el odio contra su acusador, acudió á asistirlo con recursos para hacerle llevadera la desgracia.

No se desdeñó Esquino de aceptarlos; y poseído de doloroso afecto exclamó:—"¡*Cuán-*
"*do lamentaré lo bastante el separarme de la*
"*Patria donde queda un enemigo tan generoso*
"*que no me deja esperanza de encontrar fuéra*
"*de ella amigos que lo igualen.....*"

ERRATAS

Página 19—línea 16—Dice: hilos pupúreos.—Léase: hilos purpúreos.

" 25—línea 15—Dice: ritmo.—Léase: número.

" 98—En la nota final—Dice: Frases de Cicerón.—Léase: Frases de Platón.

" 158—línea 4—Dice: á causa.—Léase: á causa de.

INDICE

Advertencia.....Pág. v
Introducción..... " 5
Atenas..... " 11
El Orador..... " 25
Pericles..... " 33
Esquino..... " 81
Demóstenes..... " 93
El proceso de la Corona..... " 155